

# JERARQVIA

LA REVISTA NEGRA DE LA  
FALANGE



## SONETO IMPERIAL

Yo soy el mundo, yo soy el mundo  
De la tierra y del cielo y del mar  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero  
Yo soy el mundo y el mundo entero

EN NAVARRA ~ NUMERO CVARTO  
MCMXXXVIII

# JERARQVIA

GVIA  
NACIONALSINDICALISTA  
DEL IMPERIO  
DE LA SABIDVRIA  
DE LOS OFICIOS

DIRECTOR ↪ FERMIN YZVRDIAGA LORCA

EDICION DE ANGEL MARIA PASCVAL





## SONETO IMPERIAL

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada  
La Edad gloriosa en que proclama el cielo  
Un Pastor y una Grey sola en el suelo  
Por suerte a vuestros tiempos reservada.  
Ya tan alto principio en tal jornada  
Os muestra el fin de vuestro santo celo  
Y anuncia al Mundo para más consuelo  
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada.  
Ya el orbe de la Tierra siente en parte  
Y espera en todo vuestra Monarchia  
Conquistado por Vos en justa guerra.  
Que a quien ha dado Christo su estandarte  
Dará el segundo, más dichoso día  
En que vencido el Mar, venza la Tierra.

Hernando de Acuña.



# T A B L A

EN LAS CVMBRES DE LA CIVDADANIA,  
por Bruno Ybeas, O. S. A.



TRATADO SEGVNDO DE LA RAZON DE  
IMPERIO, por Angel María Pascual.



LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPVBLICA  
LITERARIA», por Joaquín de Entrambasaguas.



RETORNO A LO MISTICO, por Augusto Andrés Ortega.



POESIA: Dolor de Primavera, por Manuel Díez Crespo.



TEXTOS: Discurso de la Vnidad en el heroísmo  
de España, por el Generalísimo Franco.



NOTAS: El Hombre en Roma, por Armando Lodolini.

Puesto del Dolor en la Vida del Hombre,  
por Teófilo Ortega.

El Artesanado en el «Fuero del Trabajo»,  
por Angel B. Sanz.





# PARA DIOS Y EL CESAR

por

BRVNO YBEAS, O. S. A.



T. A. B. I. A.  
PARA DIOS  
EN LAS CUMBRES DE LA CIUDAD  
Y EL CÉSAR

TRATADO SEGUNDO DE LA RAZON DE  
IMPERIO por Abel María Ansel

491

LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPUBLICA  
LITERARIA» por Joaquín de Estrambasaga

492

RETORNO A LO MISTICO por Augusto Andrés Ortega

493

POESIA: Dolor de Primavera por Manuel Díez Greco

494

TEXTOS: Discurso de la Verdad en el hemisferio  
de España por A. Generalísimo Franco

495

NOTAS: El Hombre en Roma por Aracando Ledesma

Punto del Dolor en la Vida del Hombre  
por Jesús Ortega

El Amor en el Fero del Trabajo  
por Angel B. Sarr

496 497 498 499 500 501 502 503



EN LAS CVMBRES  
DE LA CIVDADANIA.  
PATRIA Y PATRIOTISMO

por

BRVNO YBEAS, O. S. A.



EN LAS CUMBRES  
DE LA CIDADANIA.  
PATRIA Y PATRIOTISMO

por

BRUNO YBEAS, O. S. A.



# EN LAS CVMBRES DE LA CIVDADANIA. PATRIA Y PATRIOTISMO

**P**OR centenares mueren o dejan retazos de vida palpitante en las trincheras nuestros jóvenes. En los que a retaguardia quedamos, minoritas de la vida o del esfuerzo, las abdicaciones egoístas o los sacrificios en pro del bien común se suceden de manera interrumpida o ejemplar. Para



unos es cruento, para otros incruento el holocausto. Pero en todos arde intensa la misma llama de amor, que es el patriotismo y todos deponen fervorosos su ofrenda sobre la misma ara, que es la de la patria, jamás se vió ésta más coreada y querida, que en los actuales momentos históricos de su trágica resurrección. Jamás vibró aquél con tonalidades tan firmes y acendradas en los espíritus. Ahora o nunca puede realizarse en España el milagro de que habla Pedro Mártir de Angleria, al decir de la de su época, "desde el estado de mayor desorden pasó al de mayor seguridad, que había en el orbe cristiano".

Y ahora, también, parece oportuna la ocasión para discurrir, en forma cañida, sobre esos dos conexos temas, que sólo al desgaire o mediando tensión reflexiva escasa se suelen rozar. Ocurre con las nociones generales, que, siendo de percepción instintiva e inmediata y de aplicación continua en la vida del espíritu, se poseen de manera tan imprecisa o vaga y se usan con adherentes tan extraños y deformadores, que, más que de norte o encauce, sirven de encrucijada o hilo falso en la investigación de la verdad. No son las dos indicadas, de las que menos se han prestado y se prestan a la confusión y al desvarío.

Decir Patria equivale a decir tierra de los padres o antepasados. Es la significación invariable, que al término se otorga lo mismo en los idiomas clásicos que en los modernos. Patria es para cada hombre el suelo natal y no tanto porque en él haya visto la luz, cuanto porque en él han vivido sus ascen-



dientes y vivirán sus sucesores. Resulta imposible segregar de esa noción la continuidad de un mismo espíritu y de unas mismas costumbres. La idea de un territorio, limitado o no, y la de tradición o Historia son sus elementos constitutivos.

Por ellos se distingue de sus homólogos, las de nación y Estado. En la de nación no interviene la idea de territorio; lo típico de ella es la de generación o descendencia. En la de Estado no entra para nada la idea de tradición o Historia; lo formal de ella es la de soberanía. Refiriendo las tres a su género común de sociedades y definiendo a la sociedad como agremiación permanente de hombres en acción y para fin comunes, diríamos que patria es el país, que sirve de asiento vital a sucesivas generaciones mantenidas en unidad de entronque y de espíritu a lo largo del tiempo; nación, toda sociedad importante o numerosa de individuos y grupos del mismo origen o cuna, que tiende a conseguir el bien natural del conjunto en vida solidaria y duradera, y Estado, la sociedad independiente o soberana que congrega individuos y colectividades para el bien común de ellos sobre territorio definido y por tiempo más o menos prolongado.

Una nación puede, así, comprender varios Estados (América sajona), como un Estado abarcar varias naciones (Imperio inglés); una nación y una patria pueden persistir desapareciendo el Estado respectivo (Austria actual) o mantenerse disgregada en Estados diversos (Polonia antigua); y una nación puede subsistir no escaso tiempo sin formar patria, ni Estado (pue-



blo *nómados y bábaros*) o *careciendo en absoluto de patria (nación judía)*. (Esto último explica el hecho, de que los más *audaces y cálidos proselitistas del internacionalismo y del pacifismo antipatrióticos pertenezcan a la judería*). Y entre *patria, nación y Estado lo más permanente, por ser lo más natural, es la patria*.

**N**ADA menos arbitrario, en efecto, que la adhesión que en nosotros provocan el ambiente físico y el espiritual, en los que nos formamos y desenvolvemos. Instintiva e inexorablemente nos sentimos *connexionados con ellos, como con algo que nos pertenece, que es expansión complementaria de nuestra personalidad*. Hasta cierto punto somos hijos de una *geografía y un clima histórico y moral* porque somos *moldeados accesoriamente por uno y otra*. No es indiferente, para el modo de ser fisiológico y psíquico de cada uno, haber nacido en una *meseta o en tierra baja y frondosa*. Mucho menos pertenecer a este *pueblo de reciente o incompleta formación o al otro de ayer secular y literatura relevante*. A ese *influjo directo o mediato y débil o vigoroso, pero real e innegable del mundo exterior, responde en nosotros un sentimiento de compenetración con él y con los que, a semejanza nuestra, conforma, haciendo de ellos y nosotros lo que los demás no son*. Simple derivado del amor que a nosotros mismos nos profesamos, porque es natural que amemos, con nuestro propio yo, a lo que con él se armoniza o de algún modo le per-



fecciona, adquiere en el caso profundización y tonicidad singulares estimulado por los dos factores de la herencia y la convivencia, inherentes al mundo exterior dicho. Precisar los contornos y medir la tensión de esa vivencia complicada, más que sentimiento, es, sin duda, difícil. Desconocer, en cambio, su raigambre objetiva resulta imposible. Equivaldría a desconocer que el hombre, como terreno y sociable que es, se une por impulso necesario de su naturaleza a la tierra sobre que vive y a los hombres con quienes vive.

Yerran, por esto, quienes sostienen o afirman, contagiados de evolucionismo, que la noción de patria se muda o se transforma en el decurso del tiempo. Idéntico valor al que hoy se le atribuye en los escritos oficiales o privados, se le otorgaba en los versos del Romancero o los artículos del Fuero Juzgo. Cuando San Isidoro de Sevilla, encabezando su *Historia de los Godos*, prorrumpía en su conocido apóstrofe: "*pulcherrima es ¡oh sacra semperque felix, principium gentiumque mater Spania!*", ¿qué idea de patria expresaba sustancialmente en él sino la nuestra? Y cuando el Pacense elogia el acto ANTICONSTITUCIONAL de Witiza diciendo que "*toda España se goza frenética de que lo haya realizado*", no hace sino convertirse en eco de una legitimación patriótica colectiva, semejante a la que sostiene y refrenda la llamada sublevación de Franco. Las patrias no cambian porque carecen de formas. Son una noción y un hecho naturales, como la familia. Los que cambian son los Estados adquiriendo modalidades sucesivas, al compás de la variación de relaciones, que el



desarrollo de la vida colectiva ocasiona. Si en un mañana muy lejano llegase a cristalizar el ensueño de los paneuropeístas y los distintos pueblos del continente se fundiesen en la conciencia de un mismo espíritu, de unas mismas tradiciones, nuestros sucedáneos de la época podrían hablar de su patria engrandecida con la misma razón, con que la Ifigenia de Eurípides, nacida en Micenas, invocaba el trágico recuerdo de su Gran Grecia, o Virgilio, ciudadano de Roma, cantaba ardoroso con el pensamiento fijo en Italia: "Salve magna parens frugum Saturnia tellus!"... Ensanchada o reducida, íntegra o desmembrada, la patria supone siempre espíritu heredado en territorio heredado. Eso y nada más que eso.

**C**ONFUNDIR, según hacen muchos, con la comunidad de espíritu en cuestión las de lengua, religión y raza no está justificado. Confundirla, sobre todo, con la última que, en su fase o significado biológico, no es más que puro mito. Sin las segundas puede existir o darse la primera, aunque ellas la preparen y entonen. Todos los factores de cohesión ideológica, sentimental y voluntaria contribuyen a formar y robustecer la unidad viviente de las patrias. Pero esa unidad dista mucho de ser síntesis, de constituir un producto parcial o colectivo de aquellos. Lo que de manera íntima trabaja a unos patriotas con otros en el conjunto que forman es el acto de voluntad permanente de perseverar mancomunados en la posesión y en el legado de un tesoro espiritual recibido. Por



él subsiste y se explica su convivencia, a prueba de adversidades y peligros, y con él, relajado o deshecho, se quebranta y anula. Pensad si hay o puede haber otra razón suficiente, otra ley física de la existencia y la diversificación de las patrias.

Ello sólo pone ya de relieve la inexactitud en que, al definir el patriotismo, se incurre, diciendo en frase simplicista que es: amor a la patria. ¿Acaso se da idea cumplida de la filiación calificándola de amor a los padres? En todo acto o moción del hombre hay multiplicidad de elementos psicológicos entreverados. Mucho más en el de referencias, que, por absorber en ocasiones nuestra vitalidad y aun rebasarla, es de los más complejos que en nosotros se registran. En su apariencia o manifestación predomina sin duda el *PATHOS*, lo pasional o efusivo. Casi en totalidad y para la mayoría de las gentes no tiene más valor, que el de una simple sacudida nerviosa. Penetrad, sin embargo, en ese fondo de cobertura irracional o mística.

A seguida aparecen los integrantes ideológicos y volitivos, que componen su urdimbre: representaciones intencionales y aptitudes de reafirmación y defensa. En cada patriota hay, informe o plasmada, latente o expresa, una convicción de solidaridad semidoméstica con los otros y una decisión firme de conservar o mantener ese lazo a trueque de los mayores sacrificios. Lo afectivo no es en él sino expresión y medida de lo reflejo en sus dos formas de cognoscente y deliberante. Con razón dice Romagnosi en su "*DELLA VITA DEGLI STATI*" que patriotismo es "la voluntad resuelta y permanente de servir y ayudar con todas las energías a la sociedad civil de que se es



miembro". Antes que nada y sobre todo, repercusión en la esfera del sentimiento y hasta en la del instinto, del concepto de justicia general, básico en todo orden y expresión de las relaciones societarias. Plásticamente lo representa a maravilla Arturo Dresco encarnando a la patria en un altar elevado a las alturas por el esfuerzo colectivo.

**D**ESPOJADO de base racional no se explica fácilmente, cómo el patriotismo puede dar curso a deberes ásperos e ineludibles. Pues el amor "lleva la carga sin carga", como dice el Kempis, o ayuda e impele al cumplimiento de lo imperado; pero no engendra de por sí imperativo alguno, categórico o condicional. Se comprende que por amor al país soporten nuestros soldados las penalidades abrumadoras de la lucha a muerte y la inmólación generosa de la vida y que los componentes de la retaguardia emulemos su altruismo abnegado prodigando en su favor las privaciones y los esfuerzos. Amor no es al fin sino un vivir en otros y para otros. Pero ¿por qué nuestros soldados han de sentirse y hemos de sentirnos nosotros obligados a vivir o morir de esa suerte? No hay deber sin norma y el amor, floración espontánea del espíritu, no tiene nada de norma. De modo que el patriotismo es algo más que amor a la patria o los deberes, que hacia ésta impone, resultan tan inexplicables, como lo es el deber en general por la ineptia kantiana del deber por el deber.

Para fundamentación de la deontología patriótica se ha



fraguado una teoría, que aun boga por ahí valedera, a pesar de que es muy adelantada en años y de que la moral positivista o solidarista, que la respalda, solicita desde ha tiempo los honores del sepulcro. Cada uno de nosotros, según ella, es deudor a la patria en que ha nacido de cuanto es, puede y vale. Así nuestra vida orgánica, como la de relación: intelectual, moral y estética, son obra del ambiente, antes y más que efecto obligado de nuestras energías individuales. Sin los recursos inmensos que la labor de cien generaciones nos suministra los resultados de nuestra actividad multiforme serían insignificantes o nulos. Nacemos con un crédito pasivo, que jamás podremos extinguir porque representa un ahorro o un sobrerrendimiento colectivo y secular frente a una producción pasajera y aislada. Todos los sacrificios que, en consecuencia, nos exija la patria, incluso el supremo de la vida, la son debidos en rigor de derecho, como parcial y justo reembolso del capital incalculable, que al hacernos miembros de ella nos ha adelantado.

Si la trama conceptiva no fuese de mala estopa, sería inapreciable y perfecta. Puesto que la noción de deuda es en ella capital, sujetémosla a análisis ligero. ¿Qué es en realidad lo que yo debo a la patria? ¿La vida física? No es a mi patria sino a mis padres a quienes se la debo, una vez que, sin mis padres, yo no existiría. Si me decís que, en caso necesario, debo sacrificar o poner en peligro la vida por mis padres, convengo con vosotros; pero ¿en nombre de qué he de conducirme de igual modo con mi patria? Por lo menos, me replicaréis, no es posible negar, que a ésta debemos cada uno, la vida cultural, que



*es más importante que la física u orgánica. ¿Estáis seguros de ello? Porque todos los principios de la cultura —no hay más que una, como no hay más que una especie humana; aunque los hiper o hipo pensadores las multipliquen y subdividan— proceden de Asiria, Grecia, Roma, Palestina, etc., etc. Según esto yo, español, estoy más en deuda, desde el punto de vista cultural, con esas naciones o países que con el mío y debo sacrificarme antes y más por ellos que por el mío. En rigor yo no debo a mi patria sino influencias accesorias en la formación de mi personalidad y en el desarrollo de mi vida. Exigirme que en nombre de ellas me sacrifique por mi patria equivale a decir que yo, realidad sustancial, debo anegarme y destruirme en aras de un accidente. Es más; si eso de que yo soy deudor a mi patria por el patrimonio de ideas y bienes, que ha puesto a mi servicio, quiere decir algo, significa que lo soy de mis antecesores, pues ellos lo crearon, y, como estos ya no existen, que lo soy de sus herederos, entre los cuales me cuento yo. De lo que resulta que yo soy deudor y acreedor de ellos a la vez y con el mismo título. ¡A derivaciones lógicas tan pintorescas conduce la famosa teoría de la deuda social!...*

**C**OINCIDENTES, en parte, con ésta son las no menos famosas de los historicistas y organicistas, radicadas de modo directo o mediato en el panteísmo espiritualista del genial mixtificador de ideas: Hegel. Sirveles de punto de partida la personificación de la colectividad o de la patria,



a base de la reducción entitativa del individuo. Porque no es que la colectividad o la patria forme una realidad de orden, una entidad moral con derechos y deberes análogos a los de la única persona sustantiva o real que en el mundo de las cosas tangibles conocemos. La patria es un gran todo de naturaleza semejante a la del hombre; pero superior a él, un supra-ser colectivo al que el hombre está totalmente subordinado. Los deberes del ciudadano para con su patria resultan, así, necesidades físicas más que exigencias morales. A esta racionalización absurda de los deberes patrióticos han contribuido no poco los escolásticos con el silogismo, tan manoseado a redropelo en las *Éticas de Seminario*, para demostrar que, en ocasiones, debemos a nuestro país el sacrificio de la vida: "el hombre es, con respecto a la comunidad, lo que la parte con respecto al todo. Toda parte está ordenada al todo, como lo imperfecto a lo perfecto. La parte existe para el todo".

En el embrollo no hay, como en el anteriormente expuesto, sino una noción defectuosa e inadmisible de la idea de comunidad. Se concibe a ésta como realidad subsistente de por sí, cuando nada es ni vale, sino en los que la componen y por los que la componen. La única realidad subsistente, la sola categoría absoluta de la sociedad y de la Historia es el hombre. Nada hay sobre la tierra superior al hombre, nada a lo que tenga que someterse como a fin adecuado. Dios sólo está por encima de la cúspide ontológica del mundo, que es el hombre. Cuando se dice que el hombre es a la comunidad lo que la parte al todo y que la parte es menos que el todo, se comete



*un error o se esgrime un equívoco. Si se considera a la comunidad como algo distinto de los que la forman, cada uno de ellos es más perfecto que la comunidad porque es más ontológico o real. Parte de la actividad de los individuos, la que consagran al bien del conjunto, es la que forma, por convergencia o coordinación, la actividad específica de la comunidad. Ni existe el individuo para el todo, la comunidad, sino viceversa, porque existe la comunidad para el desarrollo acabado del individuo. ¡Sobre confusiones de este género se quiere alzar racionalmente la deontología patriótica, que implica nada menos que el donadio heroico de la vida!...*

**E**N algo más sólido y resistente al corrosivo destructor de la crítica se cimentan nuestros deberes para con la patria. Es el terreno berroqueño y primordial de la metafísica, sin la que nada se explica, ni basa en firme. El hombre, como los demás seres del mundo, es inacabado por naturaleza y tiende, como ellos, a completarse, a realizar sus potencialidades en plenitud. Cognoscente y libre, a diferencia de los otros, no se desenvuelve y acaba por necesidad, al modo del cuerpo inerte o del organismo, sino por determinación espontánea, conociendo y amando. Conocer el fin que le corresponde en el concierto de las cosas y realizarlo, he aquí su cometido sobre la tierra. Pero el hombre es, también, social por naturaleza, ya que, en aislamiento, no le es posible desarrollarse física ni espiritualmente con holgura. Quiere ello



decir que la vida social es condición indispensable para que aquel cometido se cumpla, para que nuestra perfección se realice. Por el mero hecho de nacer tenemos todos asignado el mismo fin, nos vemos sometidos a la misma ley natural y estamos unidos por idéntico vínculo de afección recíproca, que nos impone ayudarnos los unos a los otros para el bien de todos. Imposible es sustraernos a este deber social, sin infringir *IPSO FACTO* nuestra misión personal en el mundo. Inútil pretender la consecución de nuestro bien propio sin contribuir al bien de los demás. Por lo mismo, sacrificarme por éste es lograr mi perfeccionamiento, cumplir mi misión de hombre. Hombre entre hombres, vivo para mí, viviendo para mis semejantes.

Esa norma de justicia general que me encuadra en el orden del universo poniéndome al servicio del bien humano en unión con los otros hombres está por encima de las sociedades organizadas y de sus códigos; pero se realiza primaria y sustancialmente en ellas. Las relaciones humanas que regula son, antes que ninguna otra, las de mi contorno, por ser las más inmediatas, las casi subsistentes para mí. El bien común humano es el del país en que he nacido o al que pertenezco. Laborando por éste contribuyo a incrementar aquél. Ni hay otra manera de hacerlo con eficacia. Dejad a los humanistas de relumbrón que cumplan sus deberes de hombres con los cochinchinos o los tities, mientras se excusan de practicarlos con sus compatriotas. Para mí, español, servir a la Humanidad es servirla en España y a la española desarrollando las cualida-



*des humanas de la civilización, que es bien común de España, y desenvolviéndolas en unión de quienes, por ser de igual espíritu y carácter que los míos, pueden mejor contribuir a efectuarlo. Ese servicio me exigirá a veces sacrificios dolorosos, incluso el de la vida. Realizando el último no haré sino adaptarme a mi condición de ser, perfectible y social, cumplir mi cometido humano de colaborador del bien común. Con ello mi vida temporal se trunca; pero mi personalidad moral se redondea y acaba. Y ese truncamiento tendrá su contrapartida plena en la expansión holgada de mi ser, que mi inquietud espiritual perenne, mi insatisfacción mundana, me hacen preveer en el transmundo.*

**M**ORIR por la patria no es, pues, morir por una idea o un sentimiento sino morir por los hombres que constituyen actualmente mi patria. Los antepasados no existen, los sucesores tampoco. Morir por lo que no existe no es heroísmo sino tontería. La vida sólo puede y debe sacrificarse en aras de la vida. A ejemplo del Cristo los que mueren por la patria mueren para que los que con ella la constituyen "tengan vida y la tengan en abundancia". Por tu vida física y moral, lector, y por la mía del mismo orden, mueren nuestros soldados en las trincheras. Y por las de ellos soportamos los de la retaguardia restricciones y gravámenes. Unos por otros en la medida de lo posible, como lo requieren la vida social de todos y la vida personal de cada uno. Como lo requiere, en último



*término Dios, autor y dueño de nuestra naturaleza. Si os parece forzada la invocación de Dios en el caso, ensayad, explicar el deber más rudimentario del hombre sin acudir a algo superior al hombre. Dios y el hombre son en realidades que siempre se encuentran en conexión. No es extraño que se den así en el lema de la actual Cruzada española: "¡Por Dios y por la Patria!..." Aun muriendo por la patria a secas se moriría también por Dios, porque El ha hecho dependientes entre sí a los hombres en la consecución de su fin terreno y último. Ascendiendo a las cumbres de la ciudadanía se asciende a las cimas de la caridad.*







# TRATADO SEGVNDO DE LA RAZON DE IMPERIO

por

ANGEL MARIA PASCVAL



TRATADO SEGUNDO  
DE LA RAZON DE IMPERIO

por

ANGEL MARIA PASCUAL



## CAPITULO PRIMERO

### «YA TAN ALTO PRINCIPIO EN TAL JORNADA»

**L**A jornada del Imperio, grabándose ya en los cielos con estrellas para nueva guía de tiempos peregrinos, exige un alto principio, que está ya entre nosotros y tiene un gloriosísimo nombre. Se llama el Fascismo. Y sería aquí también necesario mirar atrás veinte años, terminando aquella guerra que inició la agonía de una edad y consagró la edad nuestra presentida. Entonces empezaban a no encontrarse solos los llamados a unión, a cruzada, a empresa de ecuménico alcance. Antes de la Guerra Grande no cabían en la estructura decrepita y compacta de la civilización, los solitarios "por osar rumbos fuera del trillado camino". Cuatro años descoyuntaron la consumida máquina y con la paz tres fenómenos ocurrieron. Venían del mismo origen, pero produjeron opuestos resultados. El primer fenómeno se llamó nueva exaltación de la democracia. Surgieron más repúblicas, más derechos del hombre, constituciones más avanzadas y, cuando convino, el principio de las nacionalidades erigió los Estados. El segundo fenómeno fué más adelante. Se llamó el comunismo y tocó el sistema de gobierno, pero sobre todo, puso las leyes y el orden económico acordes. El tercer fenómeno se llamó el Fas-



cismo. Es la última consecuencia y como en todo proceso la extrema deducción encuentra los orígenes.

La lucha contra el Fascismo simboliza la pelea incansable —el duelo entre la Vida y la Muerte— de nuestro tiempo, nuestra diaria angustia de cada día. Nunca se vió como ahora tan visible, esencial y extremada, la lucha de los viejos contra los jóvenes, de las viejas ideas y de las ideas nuevas, despiertas intransigentes, alegres y fuertes llevadas a la guerra, por su necesidad. Le combaten —sobre todo porque ellos involucran toda decrepitud— los otros dos fenómenos de la postguerra: el orden liberal y el comunismo, aliados en este odio muchas veces.

En el orden liberal se mantienen vecíos de fuerza, pero constantes de apariencia, todos los restos de la edad media revividos en el Ochocientos antes de acabar definitivamente. Son fuertes enemigos porque combaten en sus trincheras de inercia, de costumbre y de prejuicios. Pero nosotros tenemos ahora la alianza del tiempo, y él cuartea las invencibles fortalezas. Cada año trae nuevas promociones, tensos enlaces y mejor estrategia y cobrando su diezmo cada año deja en las filas enemigas imborrables huellas. ¿Pero cuándo llegará, alada, la Victoria?

Como un David ágil, desnudo, pastoril y hondero, pelea el Fascismo, contra espantosos gigantes, inédita aventura de Caballerías. De ellos se dirán ahora el poder y los nombres.

El Fascismo tiene que destruir el viejo orden social y económico, última forma del sistema feudal. El feudalismo se llama capitalismo en el salto atrás del Ochocientos y en el



nuevo nombre encubre con usuales figuras, la tiranía, las prestaciones de vasallaje y los malos usos. Existen los mismos grados de rebeldía y aprovechamiento ante la debilidad del Estado, y ante la función de las ciudades. El sistema capitalista desmorona o incorpora —el resultado es igual— la aristocracia de la sangre. Convierte en romántico turismo los palacios de las oligarquías mercantiles. Y desprecia o encadena a cortesana servidumbre la aristocracia de la sabiduría y de los oficios. Cuando se lee que un noble por hacerse moderno cubre con su ducado, condado o marca la extensión de una fábrica o de una banca hay ocasión para el dolor. Pero aún es mayor el dolor de la luna en los hollados canales de las ciudades muertas. Y todavía mayor ante ese modo de esclavitud que llaman mecenazgo. Contra el sistema capitalista el Fascismo dispara su más ardiente flecha: la corporación, la economía dirigida, las empresas del Estado.

Contra el Fascismo se yergue el gigante de la vieja política. Siempre la misma, bajo nombres diferentes. Díganla absolutismo, democracia, monarquía liberal, centrismo o frente popular, será la corte de los milagros con oros o mandiles, elegancias o regueldos, libreas o harapos. Será paraíso de las gentes que tienen algo de todo sin rigor de aprendizaje. Ensayistas, publicistas, comediógrafos y universitarios, a todas horas y entera la vida paseantes en corte. La adulación, la espera y el elogio mutuo dan los altos puestos, como relieves de un festín. Contra ellos avanza una tropa avezada, férrea y segura en haces prietos y disciplina exacta, escuadrón de enhiestas armas. Ante



la amenaza, la Corte de los milagros intenta el engaño disfrazándose de juventud, o bien emplea el veneno de los halagos, de las próximas esperanzas y hasta franquea los subsuelos del poder. Y si faltan estos recursos queda la fuerza. Pero está por verse que la Historia se haya detenido ante las leyes de orden público. Contra la vieja política dispara el Fascismo su dardo más fuerte: se llama milicia, técnica, austeridad.

Tropieza el Fascismo con la sorpresa de muchos malos hábitos crecidos a la sombra de las fuerzas que guían al espíritu hacia su último fin: las fuerzas políticas que encubren su mercancía de ambiciones terrenas bajo altísimos nombres; las prácticas caprichosas, las artes espantables, fronda espesa cubriendo la augusta y entrañable sencillez de los ritos. Esa innoble limosna del liberalismo llamada "religión oficial" que da al culto frialdades cívicas y destruye el apostolado bajo especies de burocracia oficial y de comercial competencia, y esos definidores laicos que burlan la jerarquía y aquella fiebre de obras sociales, de fríos estudios, de benévolos comercios. Y aquella manera de olvidar la teología entre las palpitaciones de los tiempos, y de confundir lo temporal y lo eterno. Contra ese gigante el Fascismo dispara su saeta más alta y filial; una saeta de liturgia, de sencillez, de santidad.

El cuarto enemigo es quien da fuerza plena al símbolo de David que poníamos al principio como una figura del Fascismo adolescente. El cuarto enemigo son todos los filisteos. Filisteos de la ciencia, estudiantes con vocación de oficina, maestros sin el sacerdocio de profesar la cultura, sabios



de impuras ambiciones, que hacen escabel, y no corona, de la sabiduría. Filisteos de las profesiones, gentes que están descontentas con su oficio, sin propósito de mejora, sin el amor que hace de la jornada cotidiana escala y ruta de rumbos nuevos, sin un gesto gallardo que rompa las cadenas de la espiritual servidumbre. Filisteos de las Artes. Una multitud de gustos horrendos, de artistas sin escuela, sin virtud, sin bondad, fabricantes del arte al por mayor, inventores de materias que no son los cuatro elementos de la honradez tradicional, grande coche de chalán en ferias. Filisteos de la vida, gentes negativas derribadas entre las pulgas de los cafés, con toda la amargura íntima hecha veneno rencoroso, chisme soez, femenina melindre, espantosa envidia y el dolor de ver pasar sin remedio los años estériles. Filisteos que corren tras el vencedor, los que ponen zancadilla por necesidad patológica al que eleva su obra bien hecha, los que dejan por una gloria efímera la honradez y la serenidad, los que juegan a dos caras de falsía como el diablo de aquella antiquísima danza de las montañas, los que quieren hacer de su pobreza de espíritu, canon invencible. Contra todos los filisteos y su gigante el ágil pastor lanza su honda muchas veces, y en su honda pone aprendizaje, sencillez, revolución del buen gusto.

Todos estos enemigos forman parte del orden liberal, pero el Fascismo paciente y militante espera otra nueva y durísima batalla. El enemigo se llama ahora el Comunismo y es un error creerle antagónico del sistema capitalista. Al implantarse, destruye bruscamente muchos ejemplos de bienestar,



pero también el sistema capitalista con su industrialismo y sus aglomeraciones urbanas destruye muchas maneras humildes y sosegadas de vivir. De pueblos libres y alegres hizo manadas grises, torvas, en diaria esclavitud de máquinas de humo y de sirenas. Si el Comunismo viene con violencia es porque hasta ahora triunfó sólo en su país cuyo genio está hecho para anular todas las experiencias comunes a los demás pueblos. El Comunismo es la única forma lógica del sistema capitalista, ya maduro, en nuestro tiempo. Trae consigo la negación religiosa y por consiguiente la desaparición de las normas morales, y de la libertad, porque solamente la religión es la libertad. Pero ya la religión, la moral y la libertad se olvidaron antes en los últimos tiempos y en los lugares álgidos del sistema capitalista; grandes industrias, grandes ciudades, grandes muchedumbres, donde no existe ya la fe, ni la familia, ni el hogar, ni la excelencia del oficio, ni el aire limpio, ni el alegre descanso, ni el freno de la contienda, ni la gloria difícil. Es un país así dispuesto, el comunismo, lógica deducción del orden liberal, viene sin esfuerzo y sin ajenos temores. El comunismo proviene del orden liberal y es una perfección de sus formas y tendencias. Tiende el capitalismo a definirse en pocas empresas que abarquen toda la producción del Estado. De su renacimiento feudal, inverso al primer feudalismo, va sacando entre la nueva nobleza los máximos "capitanes de industria", los nuevos "*doce pares*", la nueva "*Tabla Redonda*". Cuando esa Tabla Redonda con todo el poder económico asume el poder civil hay que señalar el principio de un nuevo estado comunista en



el mundo. Conviene observar que los fenómenos de vejez son semejantes e inversos a los de infancia; así lo que en los orígenes del ciclo histórico cuyo final estamos contemplando llevó esta ordenación: monarquía electiva, feudalismo y gobierno de clases, ahora, en el acabamiento largo y doloroso, con sucesión de gobierno de clases, feudalismo, monarquía electiva, se va presentando. El régimen de Rusia es ahora una monarquía electiva y absoluta con Oficio Palatino, favoritos o caídos en desgracia, ocultos crímenes y fiestas sutiles y trágicas; con una nobleza ambiciosa e inquieta nacida en la conquista, y con banderías por derrocar un monarca y poner en su lugar aquel que dirija el bando descontento o parezca a sus designios favorable. ¿Acaso no es esta la situación de Rusia por encima de la letra y del aspecto de las leyes? Pues eso es el comunismo, la última vivencia real de la segunda edad media. Por ser última y real vivencia, no moda o capricho, pudo implantarse en los Estados Unidos de la "*prosperity*"; y la civilización, libre, ordenada, próspera y socialista de los tres reinos escandinavos parece una víspera. Solamente no lo entienden los rusos medio civilizados bajo la sombra exótica de Catalina II como no lo entenderían los rusos del príncipe Sviatoslao, remero de su nave, aquel que solía bajar a Bizancio para aprender cosas refinadas, enervantes y deslumbradoras. Luego su proa oscura volvía hacia el tenebroso norte y en un cielo opaco apenas brillaban pesadamente las doradas cúpulas de Kiev la Santa.

Hay Estados cuya historia bajo forma de derrotas está re-



doblando tambores de feliz augurio, eco castrense de triunfales destinos. Solamente fueron hechos para la mayor grandeza o para la más oscura vulgaridad. En ellos después del orden liberal, madurándose en amenaza de lógico cambio, viene un leve ensayo de comunismo. Pero rápida una sacudida violenta y alegre supera esas deducciones intermedias y lleva la Revolución a sus últimas consecuencias; aquellas en que, superándose, es a la vez norma y arma, serenidad y violencia conjuntamente. En cambio, los países que conocieron bajo el orden liberal su apogeo, arrastran lánguidamente una lenta pendiente hacia el caos y en ellos las tentativas de Fascismo mueren como una flor de otros climas. Porque el Fascismo está predestinado y en el relato de los años muertos hablan los augurios. Necesita el aire transparente y fino y la dura gente de las tierras imperiales allí donde vuelan en piedra entre baluartes, águilas triunfales.

El Fascismo es la Revolución llegada a la cima y extremo, y el Comunismo no lo combate por creerle rezagado o reaccionario sino por verse ante el Fascismo superado y viejo como un álbum amarillento de recuerdos. El Comunismo y su sistema capitalista ya no llevan el ritmo gozoso de nuestros tiempos sino el lúgubre son de la Danza Mortal que fué la más loca y amarga fiesta en la cumbre de su tiempo. El dolor del Comunismo es que anduvo galleándose de moderno, y ahora tiene que ceder ante otro rival más nuevo y próximo a puerto. Las banderas, los discursos, las consignas y el estilo del Fascismo no son revolucionarios por disfraz sino por una exigen-



cia de estirpe, de genio fatal y originario; pero hay un momento en que de tanto avanzar se llega a sacar de su caos arquitectura, de su empirismo teoría, de su derecho milicia, de su excepticismo doctrina, de su nacionalismo Imperio. Este es aquel alto principio en tal jornada. Y se llama ir a Roma por todo.



## CAPITVLO SEGVNDO

### OSMVESTRAELFINDEVVESTRO SANTO CELO

**T**ODAS las edades empiezan con una marcha sobre Roma y según su manera es el carácter de la edad que empieza. Rómulo marchó para fundarla, César para darle universales títulos de poder; y para destruirla Alarico, Rey de los godos occidentales. Aquí empieza la edad bárbara hasta la noche de Navidad en que nuevamente el Pontífice corona emperador de romanos al gran Carlos de la Barba Florida. Marchó sobre Roma y el que era Rey de los francos, jefe de una tribu emigrante, cabeza universal devino. Marchó sobre Roma nuestro César Carlos, pío y felice vencedor de bárbaros. Llevaba enhiesto y tenso el azote de la guerra para castigar a quienes vendían el poder espiritual en ruines y temporales alianzas. Y fué allí para poseerla ásperamente, violentamente, porque la plenitud solamente se alcanza por conquista. Y Napoleón, otra vez jefe de bárbaros, marchó sobre Roma, como Alarico, para hacer provincia, de la que era cabeza del orbe desde sus fluviales y legendarios orígenes. La última marcha sobre Roma fué la del Fascismo. Como en las más grandes tuvo armado y militar carácter. La empujaron poetas y genios, trajo sueños imperiales y el espíritu que recogía tantos atis-



bos lejanos, semejantes y esperando. En aquella tarde romana pasaban las mismas nubes—blancas, ligeras, transparentes—de hacía mil años cuando un son de olifantes sacudió las recientes y dolorosas ruinas y con pompa de hierros y pieles salvajes fué consagrado el Sacro Imperio. Las mismas nubes —blancas, ligeras, transparentes— de hacía casi tres mil años. Entonces un alegre viento ecuestre venía saltando en aquella primera tarde romana sobre un surco, un límite y un soplo del espíritu como el que cuentan algunos viajeros volviendo de Delfos. Marchó sobre Roma una multitud de gentes italas para salvar su patria del peligro inminente. Pero ellos eran al mismo tiempo embajadores de otra maravillosa y grandísima multitud creciente, inquieta, desordenada, de los que esperaban la nueva edad. Sólo se veía la cadena de Lenín como única suerte futura de la inteligencia y un mundo gris de casas baratas y trajes de cuero como la más clara fórmula de la revolución del buen gusto. Entonces, cuando todo eran voces angustiadas, subió un piloto. Venía sin ruido desde el fondo de las tinieblas.

Aquel alto principió en la tarde romana con el cielo largo y dorado bajo un rumbo de pinos nos muestra el fin del santo celo que empezó a fundar la nueva edad en la ruina del viejo. El Fascismo es una doctrina universal para todos los órdenes de la inteligencia, y de la obra, y entre ellos el Imperio para una mejor arquitectura del orden temporal donde la política del mundo se contiene.

Este fin de santo celo es triple, siendo uno en su carácter



y en su nombre. Primeramente busca el lugar donde residirá con justicia la cabeza del Imperio, en un rotundo y latino verso:

*Te regere Imperio populos romane memento*

En el regir los pueblos con imperio se halla la razón de la fuerza, de la guerra contra los bárbaros. El "buen salvaje" debe sustituirse por el "bárbaro enemigo". Hay que conquistar a los bárbaros, meter su rudeza bajo especies de eternidad; para darles lo primero caminos de tierra y agua y después inolvidables normas: lengua común, fe verdadera y unidad de patria, leyes de bronce y disciplina de armas. Gentes lejanísimas y diversas tienen comunión entrañable en el nombre de unánimes ideas y por orgullo de patria única. Sienten además compasión por todos los que están allende esa comunión y esa unidad. En todo eso Roma tiene la más antigua y excelente maestría. Muertas sus armas, todavía están su espíritu y sus leyes vigentes y viva su esperanza.

Ahora bien; regir los pueblos con Imperio es sujetarlos todos a común empresa, pero es sobre todo darles común historia. Para nosotros el curso de las edades y de los ciclos, el cómputo de los años, la relación de las crónicas de pueblos e idiomas diferentes se hacen todavía alrededor de aquel mar interior que llamaron Nuestro Mar, cuyo centro espiritual es Roma. Otros Estados descubrieron tierras firmes y grandes y solitarias islas, y un día encontraron opuestas riberas al grande Océano. Pues todos esos pueblos tuvieron que ser puestos bajo la historia que existía ya, la crónica imperial y cesárea de Roma.



La prehistoria es la historia de los pueblos que no la tienen o de los que teniéndola no caben dentro de los cánones de la historia de Roma. Con el mito de la Loba la prehistoria se hace historia, pero fuera de los términos imperiales en las tierras bárbaras, nunca sometidas sigue la prehistoria renovando sus ajenas edades.

Lo primero es hacer conquistas, limitar fronteras y reunir en una las historias, pero todo será el fundamento de una segunda jornada en el camino de perfección imperial. Esto ya es la mística del Imperio, con sus tres vías: la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva. En vencer a todas las gentes, en regirlas con el gobierno o con las armas está la vía purgativa. La vía iluminativa la hallaremos en otro verso:

*Fecit Urbem quod prius Orbis erat*

En regir el mundo está la fuerza, pero la ley, el derecho del Imperio, estará en darle proporción y virtudes de ciudad. En un Estado caben diferentes lenguas, origen y ritos diversos aunque sienta una común y provechosa disciplina. Vemos en nuestro tiempo Estados de esa condición; y aunque sean fuertes y lleven siglos de unión, siempre existe, sorda o clarísima en ellos, una permanente discordia. Lo contrario sucede en la ciudad. Enseña la experiencia que nunca deben reunirse en la ciudad o suburbios de ella a pobladores de orígenes diferentes, porque entonces empiezan las facciones espantosas y hay muertes, incendios y pérdida de casas, oficios y ganados y los daños del mal gobierno. Tenemos el ejemplo en nuestra ciudad de



Pamplona donde tres siglos duraron las guerras y al cabo hizo paces un buen rey. Por todo eso conviene que los vecinos de una ciudad o sean del mismo origen, o no siéndolo olviden con una larga convivencia y el cauce de una ley superior las primeras diferencias y funden después con las virtudes del buen gobierno, una vida suave y ordenada. En una ciudad son todas las cosas comunes: las fiestas y los acontecimientos, las devociones y los gustos, los modos de lenguaje y un aire inconfundible de hermandad. Son conocidos e invariables sobre las mudables y oficiosas circunstancias los nombres de vías y términos y a todo el que llegue de fuera le sabrán enseguida extraño porque le faltará el gesto inconfundible de los que viven en cierto aire de familia, un modismo en el lenguaje y una expresión común. La ciudad es una muchedumbre de cosas mínimas, ordenadas y entrañables. Pues aquí está la segunda misión del Imperio. Regir todos los pueblos para hacer de ellos una universal, ordenada y entrañable ciudad donde las cosas del espíritu, las fiestas, los dolores, las empresas y el espíritu sean comunes. Así el Orbe inmenso será recogida Urbe en que se habrán confundido, los pueblos dispares a imagen de la santa y eterna Ciudad de Dios.

Nos queda por recorrer la vía unitiva, la tercera jornada en este largo y hondo camino de perfección mística del Imperio. Fué necesario al principio fundar una ciudad destinada a sede de universal Imperio. Después esta ciudad llena toda la tierra y mete a los pueblos en una teoría invariable de la Historia con su propia ley; como las distancias se miden desde un



hito común. Reciben las provincias formas de unidad y todos de extranjeros, de sometidos, en ciudadanos se convierten. Pues todo esto que es unidad de razón se justifica por la unidad de fe que es la más alta razón de Estado. Nos lo dirá mejor que nadie el verso maravilloso:

*Hoc destinatum quo magis  
Ius christiani nominis  
Quodcumque terrarum jacet  
Uno inligaret vínculo*

Este es el fin más alto del santo celo de Imperio. Unir a todos los cristianos ya ligados con la fe dentro de una patria común para que estén más unidos, más seguros como rebaño del Buen Pastor. Toda la cristiandad formará el Imperio y otra vez serán posibles clamores universales, cruzadas y navegaciones, treguas de Dios, grandes peregrinajes, juegos ecuménicos y lenguas sonoras y enfáticas. La grey queda derramada y junta, esparcida y sujeta bajo un poder unico. Religión y Estado, Iglesia e Imperio harán un vínculo sólo como espíritu y carne. El alma tiene un fin sobrenatural, pero necesita el apoyo del cuerpo. El cual siendo caduco se hará glorioso cuando suenen las trompetas del acabamiento. La Iglesia tiene el supremo fin espiritual y el Imperio el temporal fin. Pero éste será lícito por ayudar al fin más alto que es el reinado del Fuerte, de Cristo Rey.

Estas cosas fueron diálogo de la tarde romana. Hacia Ostia un mar invisible recogía los últimos fuegos del sol. Estába-



mos en lo alto de una pendiente con huertos e interior soledad de cipreses. Aquí había una basílica y nuestro acuerdo tácito empujó la puerta y nos acogió una frescura con olor del Bajo Imperio. Venía una claridad diluída y vimos resplandecer apenas los cóncavos oros del abside. Estaba en medio de un círculo glorioso, Cristo sentado como un César con pretexta y púrpuras, y le rodeaban extáticas figuras de ancianos blancos y al pié un friso de corderos. Terminaba el día y pensamos otra vez sobre la misión de Roma; los versos gentiles del principio de la tarde que la señalaban el destino de regir los pueblos. Pero ese destino es una cima de ruinas superpuestas para el Imperio recién nacido. Entonces alguien de nosotros que miraba los mosaicos dormidos dijo —y rezó más que decir— otros versos que eran la más alta razón de Imperio que hayan escuchado los días de Roma:

*Per quam dedisti ut ceteris  
mens una sacrorum foret.*

El poeta hispánico ve el cetro de Roma en el vértice de todas las cosas y bajo su ley domadas las lenguas, los cultos, los ingenios de las gentes discrepantes. Los disonantes ritos proclaman el mismo sentir de todo el género humano. Y entonces su fe cristiana le da un latín fresco y atlético y canta su himno de gracias y en él la eternidad de la misión de Roma “por la cual todas las demás ciudades participan de una sola creencia”.



## CAPITULO TERCERO

### Y ANUNCIA AL MUNDO PARA MAS CONSVVELO

**S**I el hombre es imagen de Dios, el mundo es imagen del hombre. Dios al reflejarse en la limitación perceptible de la materia forma con barro y un soplo ese conjunto llamado hombre perfecto. Abre el primer hombre los ojos y ve en su torno el mundo ya formado a su medida, a su imagen y por consecuencia hecho dominio suyo para que en aquella paz ordenada transcurriesen sus días de pasajero en tierra. El mundo estaba ya creado antes que el hombre y a su medida como una cuna esperando su nacer, y todo él se ordenaba según ley de jerarquía con arcos rampantes esperando también la clave que llaman libertad. La libertad del hombre es lo más alto que puede darse en el orden de lo visible y a ella en el hombre perfecto están sujetas en círculos descendentes, la razón, lo sensible y la materia. Aquí termina el hombre pero no el reinado de la libertad, porque lo sensible son todos los animales, y la materia todo lo que nutre o guarda el suelo de la tierra. En el orden de la Creación, cuando el hombre fué perfecto, todo está hecho para servicio de su fin cierto de salvación. Un mínimo esfuerzo de voluntad y todo se cumplía en aquel reino de maravilla y silencio, donde



no había tormentas, ni fieras, ni caminos de perderse dentro de una gigantesca soledad.

Pero la libertad —ese vértice del mundo— pecó un día contra Dios y mereció el castigo más justo, más duro y más misericordioso; el más justo porque una pena terrena correspondía al delito de turbar el Orden de lo creado, y el más duro, porque guardando el hombre todas sus facultades propias, toda su excelente cualidad, vió la revolución de todos sus antiguos súbditos. Y fué el castigo más misericordioso, porque deja la posibilidad de recoger, combatiendo, muchas de las antiguas prerrogativas, sobre todo las que a la perfección humana se refieren. Así están los campos. De un lado la hueste de la inteligencia, de la voluntad y de la razón, que únicamente por una guerra incansable puede recobrar aquella parte su antiguo poder, que se refiere al mantenimiento de la jerarquía en el propio ser del hombre y en las cosas externas e inferiores, que forman la hueste enemiga. Todas las cosas son su eco de esta lucha entablada dentro de cada hombre. Los alternos triunfos o derrotas van levantando la Historia.

Es guerra constante y no cabe paz en ella, pero sí treguas y largos vencimientos. Unas veces la hueste del espíritu se retira del campo o por derrota o por fatiga. Las voces innumerables extienden la noticia por todos los ámbitos de esa estructura frágil y definida que se llama civilización y el personal desorden se hace desorden universal y revolución de la cultura. Triunfa lo vago sobre lo concreto, la pasión sobre la razón, la sensibilidad sobre la inteligencia, el instinto sobre



la voluntad, el capricho sobre la regla, lo deforme sobre lo exacto, lo salvaje sobre lo civilizado, la anécdota sobre la categoría, lo que vuela sobre lo que pesa, la prehistoria sobre la historia. Entonces transcurre un período en que todos los fenómenos y la actitud del orden humano, señalan la constante barroca, su aparición, su desarrollo brillante y su escondido término.

Otras veces a costa de dolorosos esfuerzos triunfa la hueste de la inteligencia, los entes de razón vencen a los impulsos de la sensibilidad y la norma quita valor a la costumbre. Teorema y deducción se oponen a poema y experiencia, vencíendolas. Todas las cosas se hacen bajo especies de arquitectura y geometría en vez de hacerse bajo especies de música, de subconsciencia, de geología. "No entre quien no sepa geometría" leíase en la puerta de un jardín antiguo donde grises olivos a fuerza de escuchar sabiduría sólo destilaban óleo de lámparas. Era un tiempo de estos en que se tiende a crear categorías, canones y principios, como hilos para los laberintos de la experiencia. Cuando suceden estas cosas es señal de que aparece la constante clásica.

Ante el hecho del desorden que trajo la culpa a la jerarquía del mundo caben en el hombre dos posiciones naturales desde las atalayas de la razón. O bien su voluntad y su inteligencia abandonando las armas dejan a las potencias y sentidos inferiores el dominio total y quedan como siervas siendo dueñas por naturaleza; o la hueste de la inteligencia hace frente al levantamiento de sus vasallos, los sujeta otra vez y después



llama Revolución, la constante clásica se llama Fascismo. El Fascismo aparece en el momento de llegar la Revolución a sus últimas consecuencias. Es un sistema monástico y militar para mantener en el hombre y en la humanidad a su imagen la jerarquía de los valores mediante un continuo e imperceptible esfuerzo. Toda paz requiere un esfuerzo que no se note. Si lo notan está ya viéndose el castigo y no es posible la clásica serenidad.

Conviene ver ahora juntas las razones del Imperio; la sola razón de Imperio. La primera es dar a todo el género humano, unidad corporal, incorporarlo, regirlo por la fuerza. La segunda darle unidad de espíritu, hacerle unánime ciudad. La tercera darle unidad de fe, vincularle más estrechamente en la verdadera Iglesia. La cuarta, darle jerarquía a la manera de la que Dios puso en el hombre al hacerlo imagen suya, darles la Paz. El Imperio requiere para su triunfo la constante clásica, una doctrina acorde y universal y una sede. A la constante clásica le traen los tiempos. La doctrina universal es el Fascismo. La sede Roma.

La razón de Imperio es una escala de valores. Regir todos los pueblos no sale de los límites de una natural empresa. Regirles para que tengan paz universal y más estrechos vínculos de fe, pertenece ya a lo sobrenatural. Al poeta gentil le basta con hablar a sus conciudadanos para recordarles su misión y su gloria; pero elevado a sacros fines, a la Iglesia Romana toca dar su opinión sobre el Romano Imperio. La mejor manera de opinar sobre alguna cosa es hacer oración por ella, rogar



a Dios públicamente que la conceda o la mantenga. Aquel pagano recordaba el Imperio a los que transitan las calles y las plazas. La Iglesia se lo recuerda a Dios. La escala de razones del Imperio sostiene un momento el ara en el día más amari-  
llo, más profundo y más dolorido del año, cuando los oficios del Viernes Santo. Sobre esta ara sin lenzuolos y sin luces el sacerdote, apenas cantada la Pasión, comienza las oraciones de aquel día. Pide en ellas fe incólume y poder sumo, gracia para todos los órdenes del cuerpo místico y fidelidad, aumento de gracia en los catecúmenos, fin de todas las plagas y conversión de herejes, cismáticos, judíos y paganos. La tercera oración es por el Imperio.

“Oremos por nuestro cristianísimo Emperador para que Dios nuestro Señor le sujete todas las bárbaras naciones para nuestra perpetua paz.”

Sujetar todas las naciones bárbaras es el principio del Imperio. Su última consecuencia hacerlo para la paz perpetua de los que están allí unidos bajo la misma mente de las cosas sagradas, comensales, herederos y partícipes en un común y divino alimento, grey del Buen Pastor. Y para que sean súbditos suyos todos los bárbaros haya pronto “un Pastor y una grey sola en el suelo”. Paz sin términos y por único límite el curvo horizonte. Ahora empieza la oración cuando todos se han puesto en pie:

“Omnipotente y sempiterno Dios, en cuyas manos reside toda potestad y todos los derechos de los reinos, mira benigno



al Imperio Romano para que las gentes que en su firmeza confían por el poder de tu diestra reunidas."

La fiereza, la guerra, sirven a la fe común y a la paz perpetua. Y sobre el Imperio Romano, el único Imperio, desciende la fuerza de la diestra de Dios. Aquella mano abierta levantada y extendida que lucía entre oros fugaces sobre el obscuro abside al caer la tarde romana, ahora mira colores brillantes en la fresca mañana del Imperio. La diestra de Cristo levanta destinos a la Urbe:

*Qui sceptrā Romae in vertice*

*Rerum locasti sanciens*

*mundum Quirinali togae*

*servire et armis cedere.*

Sólo un hispano encendido en fuegos bajo la serena toga y la túnica blanca de los fieles, pudo hacer entonces sobre el Imperio caedizo el vaticinio cristiano del eterno Imperio.



## CAPITULO CVARTO

### «VN MONARCA, VN IMPERIO Y VNA ESPADA»

**T**ODAS las cosas están esperando la unidad que a unas reúne en orden, en esquema y en teoría y a otras empuja hacia el desorden y multitud. Sobre la unidad está el Fascismo levantando su nueva arquitectura del mundo, con sencillez y esfuerzo, con ímpetu y serenidad, con gravedad y alegría. Trae antes la revolución para arrancar las viejas raíces; y después planta sus árboles o columnas como sucede en el maravilloso Pusino.

Pero conviene empezar por el hombre, "por la unidad del hombre y de los hombres". El hombre verá el mundo como él mismo se vea; y cuando se haya aprendido verá su orden proyectado en el orden del mundo; y en su lucha con las cosas para domearlas a su necesidad oirá el eco de su lucha interior. Se conocerá sujeto a la tierra, al conjunto de las cosas cuya existencia perciben los sentidos y esto le situará en el orden material; pero en este orden material verá su propio cuerpo objetivamente y esto le situará en la cima de la materia y en el principio del orden espiritual, allí donde el espíritu necesita aun de las potencias del cuerpo y tiene puestos sobre él los puros espíritus. Esto nos dará toda la extensión del hombre, el cual



siendo perfecto, definido y necesario en la escala de los seres es un maravilloso estilo de transición donde dos órdenes de opuesta naturaleza, el fin del orden material y el comienzo del orden espiritual, están unidos de un modo inseparable y eterno con solo la breve interrupción de la muerte. El hombre total tendrá satisfacción viéndose limitado y perfecto, distinto de la materia sola y de los animales próximos, pero su ente conocerá que aquellos límites tan perfectos a los ojos del cuerpo se borran a la morada del espíritu. De un lado su raíz inferior estará metida en lo inferior, en la tierra. De otro, su cima espiritual beberá los vientos del espíritu y tendrá la compañía, y la protección de los ángeles. Y sobre todo de uno, del genio familiar, del Ángel de la Guarda. Es necesaria la unidad del hombre reuniéndolo conforme a rigurosa jerarquía. Esta vuelta a la unidad del hombre será hacerle la revolución fascista, ordenarle fascistamente para su difícil milicia, que es luchar contra el demonio. El concepto de Milicia nos dará la medida del concepto de unidad. No todas las cosas caben en la unidad sino aquellas susceptibles de bien; y las opuestas no forman otro ser contrario sino una dispersa negación. En este sentido, bajo color de Imperio, puede desearse que haya bárbaros para poner a la unidad límites, medidas y fronteras, que es una clásica exigencia. Llega a ciudad el Imperio en su ascensión y no hay ciudad perfecta sin muros, por eso empieza surcando muros la manera clásica y campestre de fundar ciudades. La ciudad murada es un cuerpo exacto y definido de vida superior, y no extraña el "ir en cuerpo de ciudad" de los



Ceremoniales. Quitadle muros y el cuerpo apretado y firme se hará monstruosa y elemental célula con su núcleo y su protoplasma y sus movimientos amiboideos hacia las partículas nutritivas: el Ferrocarril Central o las Grandes Fundiciones o las próximas aldeas; y por estos pseudopodos suburbanos se habla de ciudades tentaculares. Así la unidad admite límites para su perfección y exactitud; pero no admitirá nunca otra unidad diferente sino cosas trashumantes; fugaces y lejanas formas apenas entrevistas en la distancia. Como los muros a la ciudad y los castros al Imperio, así la milicia define a la unidad del hombre y bajo órdenes de jerarquía.

Cuando el hombre haya establecido sobre milicia y jerarquía su unidad será la hora llegada de proyectar sobre el mundo el módulo humano y sobre un Monarca, un Imperio y una Espada, nuevas y celestes geometrías.

Pero un solo Monarca, un solo Imperio y una sola Espada, porque antes de anunciar esta unidad los cielos proclamaron la hora de un Pastor y una grey y no hay Pastor múltiple ni partido rebaño. Conviene no olvidarlo; todas las razones del Imperio exigen tanto unidad como exclusividad. En la filosofía, en la religión y en la política no se puede admitir a dos señores. En una cosa estará la verdad y las demás serán en parte o en todo negación de la verdad.

Como sea este Monarca lo dice su símbolo primero, religioso, antiguo, pacífico y sublime de Pastor. Todas las utopías sobre el régimen de los príncipes desaparecen y también las teorías que miran sus gobiernos como arte o como estado de



cultura porque viene a quitarles el gobierno ese único y universal Monarca. Pero tomaremos de ellas la más escogida elección de virtudes que forman la idea perfecta de Príncipe para darlas al Monarca que anuncia aquel glorioso principio en que empezó este segundo tratado. No será diferente de los demás príncipes sino mayor y sólo por eso no habrá necesidad de más cualidades sino de más excelente medida en ellas y de un genio presente en cada hora. En tiempos jóvenes, en mañanas de la historia será "como centauro" Cabalgara la tierra buscando en los prados, la caza. Conocerá los montes donde nacen los ríos, la boca de los valles y la naturaleza de vados y lagunas; será ágil, duro, incansable, férreo, agudo y solitario, capitán y docto, con andar leonado y viva estatura, su propio retrato tallado en carne. Tendrá una política de acecho y felinos saltos y a cada uno traerá presa de ciudades y campos, de gente y puertos. Tendrá el Arte bélica a punta de mente y a todas horas procurará afirmar su experiencia en las marchas, y en el combate. Será ambicioso y temido día y noche. Cuando en la noche negra, azul y extensa de luna todas las luces se vayan a guardar las puertas del sueño, sola su luz estará en acto de servicio, en acerado insomnio. Será amado y temido, popular y lejano, audaz y vigilante, alegre y astuto. César y ductor, tendrá el universal Monarca una exaltación del Héroe con aire y olor platónico en la mañana de la nueva edad media, brillante de cielos recién nacidos.

Unos siglos más tarde llegará el dorado mediodía. El Monarca será entonces un símbolo de plenitud como llevando de



la mano al sol. Entonces la paz habrá llegado a su máxima quietud y será el sol de justicia. Cumplirá el ideal y el tiempo aceptable de Discreto. A la audacia del Príncipe seguirá la quietud del escolástico "Régimen de los Príncipes". La sabiduría cruzará el meridiano que pasa por los cristales de las ideas estables y perennes, como esencias y no como estados. Y la Milicia tendrá un descanso vigilante en sus más lejanos campamentos. Conociéndose llegado a límites permanentes unirá los ríos con canales y muros, cerrará los términos con muros, fosos y palizadas y convertirá en ciudades pacíficas y bien guarnecidas los rudos castros. Entonces se hará la proclamación de la Paz, y el Imperio habrá subido la escala de su perfección, y Pedro y César cumplirán otra vez una misión acorde en el nombre de Aquel en quien ambos poderes se bifurcan.

Luego vendrá la tarde larga, opulenta y madura de la decadencia. Transcurrirá de una manera melancólica y tranquila, porque al recuerdo se unirá la seguridad del retorno como se espera un día nuevo en el rojo ocaso cuando van desapareciendo las cosas y se levanta desde los silenciosos montes el viento de la noche. Entonces la procesión lenta de las nocturnas horas no produce temor por la certeza del alba. Vendrá en ese tiempo lejanísimo una política fastuosa, quebradiza y enérgica y será el Monarca exaltación del Oráculo anciano y firme. El Imperio irá extinguiéndose majestuosamente, pero durará en el huerto de la Filosofía hasta que otro capitán, cumplidos los bárbaros tiempos, lo lleve a punta de armas en ágil y elástica marcha sobre la Roma Eterna.



La unidad de soledad del Monarca pide un solo Imperio. Por la unidad del hombre es necesario llegar a la unidad de las clases y de las tierras en un solo y universal dominio. Será extenso y universal, pero limpio y definido con humanas fronteras y claros términos. Reunirá todas las gentes para darles una misma lengua y una idea común, pero las dividirá en ciudades con sus oficios, mercados, defensas y fiestas y el contorno agrícola, los rebaños y las aldeas. El mismo Imperio limitado, íntimo y unánime será ciudad e imagen de la ciudad de Dios. Tendrá armadas formas de falange intacta y dulcísima visión de grey y traerá la justicia y la paz. Y todo estará al servicio de la unidad de Fe; católica sacra y romana misión del Imperio.

La tercera unidad y soledad es la de Espada que significa precisamente Milicia y Jerarquía. Toda la vida clásicamente sentida es una constante milicia por mantener la jerarquía turbada desde el origen. La milicia, el esfuerzo, es el único modo entero de entender la vida porque se trata toda ella de un combaten entre el orden y el demonio. Pelean el esfuerzo y fuerza, la historia y la fatalidad, el esquema y la experiencia, la energía y la inercia. Se ha dicho antes que allí donde exista el hombre reflejará la exterior contienda su contienda interna. La Espada dará a su milicia útiles servicios y así como en el espíritu se trata de renacer y defender una jerarquía, también se trata de poner jerarquía sobre la unidad de los hombres y del mundo para que sea, a través de la semejanza del hombre, imagen de Dios para el gran laude de cada día. Este será gladio de fuerza



y serenidad como el que llevan los ángeles verticales y erectos que guardan la gloria difícil ganada a fuerza de combates, y en esa única Espada estarán reunidas las dos antiguas armas que convenía poner una sobre la otra, la del poder espiritual y la del temporal dominio, no en los dos filos de la misma hoja sino en el pomo y en la hoja, en la cruz y en el arma. Toda espada es una cruz, pero necesita para verse como cruz ser empuñada por la hoja. Y para herir hay que coger la cruz, y batir con la hoja flexible, acerada y brillante del Estado. Así el Imperio siendo potestad "en su género máxima" es poder temporal de la Iglesia con la doble misión de reunir y defender en un solo Estado a toda la comunidad de los cristianos y de librar y enderezar al poder espiritual de todas las infecciones y ataques de la política terrena. No le sucederá como a los principados débiles que todo lo confían a la sutilidad, a la argucia y al engaño y siempre andan revueltos y en burlas. Y si esto debe evitarse siempre, júzguese en qué manera cuando se trata del poder espiritual, de aquel que es Vicario de Cristo que no tiene en este mundo reino de soldados, pero sí el redil de todos los hombres.

He aquí la misión suprema del Fascismo; su católica razón de ser. El Fascismo es además de la más absoluta y perfecta forma de la constante clásica, la más alta empresa católica de todos los tiempos, pero en España conseguirá el Fascismo su total y definitiva arquitectura, su rumbo exacto, su fatal destino. Un Monarca es la Unidad, Un Imperio es la Grandeza, Una Espada es la Libertad. Ahí está nuestro grito



y nuestro augurio falangista. La Unidad del hombre y del mundo se obtiene con la monarquía del espíritu y del emperador. La Grandeza del hombre y del mundo se obtiene con la jerarquía. La Libertad del hombre y del mundo se obtiene con la milicia. El Imperio y el Fascismo son ante todo una obra de buena fe. Pero sólo España podrá comprenderlos como Acto de Fe y ahí está precisamente su esencia. Porque la Fe es por gracia divina acto propio y máximo de la libertad y por consiguiente la cima en la jerarquía de las operaciones del mundo, y el Fascismo es fundado sobre unidad, milicia y jerarquía. Por eso el Fascismo se llamó en España FE y no por incidencia sino por predestinación; y está fundado para el servicio de Dios y del César.

## AQVI TERMINA EL TRATADO SEGUNDO



# LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPVBLICA LITERARIA» DE SAAVEDRA Y FAJARDO

por

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGVAS

A figura literaria y política de José Joaquín de Saavedra y Fajardo a través de su obra y su personalidad, con una mayor profundidad y más seguridad.

Por que en la nueva España española, al fin, los valores de Saavedra y Fajardo, erudito, humanista, escritor y político internacional, cuya vida transcurre a través de Europa, se como Secretario del Cardenal Borja en Roma y Nápoles, ya como Ministro en la Corte de España y Delegado de España en el Congreso de Münster, nos parece de esta época y el verdadero español europeo que se conoce con tanta alegría al exterior de su Patria, sin negar el valor histórico y social de esta y engrandeciendo por el contrario.

El mundo que han de tener la opinión, el espíritu de un gran escritor conocido de la cultura europea durante el gran siglo español y europeo, su obra y su personalidad, se conocen en todo caso por no haber sido españoles, pero sí por serlo.



LA CRITICA ESTETICA  
EN LA REPUBLICA LITERARIA  
DE SAavedra y Fajardo

por

JOSE MARIA DE ENRIQUETA



# LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPVBLICA LITERARIA» DE SAAVEDRA Y FAJARDO

**L**A figura literaria y política de don Diego de Saavedra y Fajardo a través de los años, ha ido adquiriendo cada vez mayor diafanidad y más seguro trazo.

Hoy que en la nueva España se exaltan, al fin, los valores nacionales, Saavedra y Fajardo, erudito, humanista, escritor y político internacional, cuya vida transcurre a través de Europa, ya como Secretario del Cardenal Borja en Roma y Nápoles; ya como Ministro en la Corte de Baviera y Delegado de España en el Congreso de Münster, nos parece de esta época y el verdadero español europeizante que se asomó con mirada aguda al exterior de su Patria, sin negar el valor histórico y social de ésta y engrandeciéndola por el contrario.

El interés que han de tener las opiniones estéticas de un fino escritor conocedor de la cultura europea durante el gran siglo español, y sugerentísimo en sus observaciones, se evidenciaría, en todo caso, por no haber sido estudiadas hasta ahora (1); pero más tratándose de quien, como Saavedra y Fajar-



do tuvo atisbos verdaderamente sorprendentes y originales, que voy a comentar a continuación.

### CONCEPTO DE LA «REPVBLICA LITERARIA»

**D**ESPUES de haber sido discutida la paternidad de la *República Literaria* por diversos eruditos y de un modo definitivo por don Vicente García de Diego, que la ha editado últimamente, ya se considera indudable que su autor fué don Diego de Saavedra y Fajardo, que la dejó, inédita al morir, sin haberse impreso hasta el año 1655, en que apareció a nombre de don Claudio Antonio de Cabrera.

La estructura literaria es la de un sueño lucianesco (2), y su contenido, “una sátira de la Ciencia”, en opinión de García de Diego (3). Pero el mismo erudito observa, con razón, que “no hay en ésta sabor de escepticismo filosófico”; “ni el desdén del autor es la clínica y natural desestimación del entendimiento rudo, que no cabría en un espíritu culto como Fajardo” (4).

En realidad, don Diego, no se burla de la ciencia sino del fracaso humano para cultivarla en muchos casos y más que burlarse, lo que hace es satirizar el ambiente intelectual de su época, como lo hacían Quevedo, Gracián y Suárez de Figueroa, y, un siglo después, Cadalso y Moratín.

Se trata de un personal y sincero *Juicio de Artes y Ciencias* —título más amplio y claro, que llevó en la primera edición— hecho a la vista del mundo que le rodeaba, hecho a



través de su espíritu crítico, culto y agudamente satírico... (6) Por eso parecía a Menéndez y Pelayo (7), con razón, "un agradable juego de ingenio".

Pero a Saavedra y Fajardo, como a todos los grandes cerebros literarios, no basta leerle lo que dice sino lo que pensó para decirlo, y la *República Literaria*, aún encierra, además de este concepto satírico ya estudiado y de su belleza de forma y lenguaje, otro aspecto interesantísimo: las opiniones personales de su autor que se traslucen a través de las alusiones satíricas. Para ello no basta leer lo que ha querido decir sino buscar en esta obra de doble vuelta, aquello que, sin quererlo expresar el autor se descubre en las raíces de sus asociaciones de ideas. La lectura del texto de la *República Literaria* nos mostrará el lado negativo que Saavedra hallaba en las ciencias y las artes; pero esta otra lección deductiva e interlineal, nos revelará inopinadamente, todo el lado positivo en que se apoyaba para atacar al otro, y, con ello, la crítica estética de Saavedra y Fajardo respecto del arte de su tiempo y del precedente, visto por él y sus coetáneos.

#### LA OPINION DE SAAVEDRA Y FAJARDO SOBRE LA PERFECCION DEL ARTE LITERARIA

**E**L objeto principal de la crítica de Saavedra, en su obra es la Literatura y relacionados con ella en un filosófico sentido estético prediciochesco, aparecen sus opiniones respecto de las demás artes.



(8) De aquí que se preocupa de la forma de percibir la obra literaria: la lectura y como consecuencia "del número grande de los libros y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, con que se han hecho trato y mercancía, estudiando los nombres para escribir y escribiendo para granjear con sus escritos" (8).

La lectura de este cúmulo de obras es para don Diego una "estudiosa gula" (9) y su preocupación de lector consciente, sorprende por una agudeza que llega hasta ahora. Saavedra se inquieta con razón de que habiendo tanta obra literaria que conocer, se llegue a la imposibilidad de escribir y crear meditando lo leído:

"Todos procuran sacar a luz lo que estuviera mejor en la oscuridad; porque como hay pocos que obren lo que merezca ser escrito, así hay pocos que escriban lo que merezca ser leído; y tú, sin reparar en ello, consumes vanamente el tiempo en leer que se empleara mejor en escribir y meditar" (10).

Y de tal modo se obsede con ello que su preocupación le arrastra a lo objetivo, y lo pueril de suponer la causa del daño en la invención de la imprenta: "cuya forma clara y apacible convida a leer; no así cuando los libros manuscritos eran más difíciles y en menor número. Quizá por esto, se aventajaron en las artes y ciencias los romanos y los griegos, más, porque estudiaban en menos" (11).

Pero no se ha de ver hoy en este extraño juicio un rasgo de incompreensión sino un reflejo de la época. Aun no se concebían las relaciones científicas de lecturas para cada rama



del saber y menos la especialización unilateral de estas, cuando todavía pesaba sobre todos el sentido humanístico y universal de la cultura renacentista (12).

Respecto del concepto de crítica, Saavedra se manifiesta poco propicio a los que la profesan. Recuerda, con sus razones, los ataques de Lope de Vega a los críticos. Para don Diego, en la *República Literaria*, los críticos "eran remendones, ropavejeros y zapateros de viejo" (12 bis).

En fin, yendo por una calle de aquella fabulosa urbe, se asombra de ver tantas barberías, y como se lo diga a su acompañante Marco Varrón, en la respuesta de éste, expresa Saavedra la más punzante sátira de la crítica que se hizo en el Siglo de Oro. He aquí el tropel de conceptos ingeniosos que brotan de la pluma del gran escritor murciano:

"En una calle vi que por una y otra parte corrían tiendas de barberos, y admirado pregunté a Marco Varrón la causa por qué había tantos de aquel oficio en una república de hombres doctos, que afectaban el dejar crecidas las barbas y cabellos. Rióse mucho, y respondiome: "No son barberos sino críticos, cierta especie de cirujanos que en esta república hacen profesión de perfeccionar o remendar los cuerpos de los autores. A unos pegan narices, a otros ponen cabelleras, a otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas, y lo peor es que a muchos, con pretexto de que en tiempo que se escribían los libros a mano y faltaba la imprenta se cometían muchos errores, les cortan los dedos o las manos, diciendo que no son aquellas sus naturales y les ponen otras; con que todos salen desfigurados



de las suyas. Este atrevimiento es tal, que aún se adelantan a adivinar los conceptos no imaginados, y mudando las palabras, mudan los sentidos y taracean los libros". No me pareció que tenía seguras mis narices en aquella calle, y saliendo della muy aprisa, dije a Polidoro que ya habíamos visto la entrada de la ciudad ocupada en otros oficios esta misma gente. Respondiome con gracioso despecho: "*Críticos hay para todo*" (13).

Y no es que Saavedra Fajardo niegue la crítica en esta censura cuando la crítica es precisamente la base de su obra, lo que hace es oponerse al criticismo modificativo, frecuente entonces. La obra de arte en su opinión debe respetarse. Júzguese, pero no se pretenda "adivinar los conceptos no imaginados" por el autor. Respétese siempre el concepto que éste formó de su creación. Tal es la teoría.

### LA ACTITUD DE SAAVEDRA FAJARDO ANTE EL RENACIMIENTO

**L**A actitud de Saavedra Fajardo ante las aportaciones renacentistas, parecería indecisa contemplada superficialmente; pero, penetrando en ella se descubre el punto que esa indecisión es aparente y surge de la complejidad de dos aspectos del Renacimiento disociados en la crítica de don Diego: la erudición y la creación.



Los renacientes en su inquietud por recuperar el perdido equilibrio clásico de la humanidad, hubieron de resucitar, eruditamente, los restos de la antigüedad griega y latina, que quedaron sin discernirse claramente en el turbio y maleable concepto de lo grecorromano, perdurable hasta la centuria pasada.

Para esta erudición de comentarios demorados a los clásicos, del uso de las lenguas sabias —se burla de los que usaban y abusaban del griego (14)—, generalizado al fin, hasta entre los indoctos pedantescos, pagados de ostentar una falsa cultura; para los retóricos y los gramáticos latinizadores de la enseñanza del castellano, van los anatemas de Saavedra, que ya en pleno siglo XVII, no podrá ver en aquella el fundamento instrumental del Renacimiento, sino una enfadosa y estéril digresión, que imposibilitaba o dificultaba enfrentarse, sin perjuicios, con la obra de arte literario y desdeñaba el valor estético de la Literatura y el habla coetáneos. Y así se atrevió a decirlo.

Su ataque va dirigido de modo general contra los anotadores y comentaristas de textos y los grecizantes y latinizantes que desdeñaban la lengua castellana. Malón de Chaide, Lope de Vega y otros muchos, eran de análogas opiniones (15), si bien ninguno mostró la gracia y el desenfado de nuestro autor, que deja entrever, a la vez, su entusiasmo por la lengua patria.

“El censor que recibía los libros de humanidad estaba muy afligido, cercado por todas partes de diversos comenta-



trios, cuestiones, anotaciones, scolios, observaciones, castigaciones, centurias, lucubraciones, y de cuando en cuando soltaba la risa, viendo algunos libros escritos en latín y aún en vulgar con el título en griego, con que sus autores querían dar autoridad a sus obras como los padres que llaman a sus hijos Carlos o Pompeyos, creyendo que estos nombres les infunden el valor y la nobleza de aquéllos. Algunos destos libros reservó el censor; a los demás deputó para que en las boticas se cubriesen con ellos los botes, cuyos títulos están en griego, siendo nacionales los simples que contienen. Reíme de la aplicación, y celebré el donaire con que castigaba también la vana ostentación de los que esparcen por sus libros lunares de palabras griegas" (16). Y la Retórica, creación renacentista típica, le parece a Saavedra esencialmente falsa porque violenta el sentido realista de la Literatura. Véase qué claras y bellas son sus palabras, aunque, curándose en salud, las pone en boca de Demócrito: "mira cuan pagada y enamorada está de sí la retórica, con sus afeites y colores desmintiendo la verdad, siendo una especie de adulación y un arte de engañar y tiranizar los ánimos con una dulce violencia, tan embaidora, que parece lo que no es y lo que no parece" (17).

Sin embargo, a pesar del sentido hondamente revolucionario —*vanguardista*, como hoy diríamos— de esta teoría de estética literaria, él mismo, sin ocultarse con un interlocutor, alude a "los retóricos saltanbancos, que vendían quintas esencias y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales" (18).



Y por si esto fuera poco Scalígero, el retórico y erudito, "vademecum" de los renacentistas y el símbolo de la difusión, de la preceptiva artística, que tantos disgustos proporcionó a Lope de Vega, según demostré en otra ocasión (19), aparece nada gallardamente en una graciosísima visión que no me resisto a copiar:

"Un tropel de esbirros que traía a Julio César Escalígero con una mordaza en la boca y esposas en las manos; y tras él entraron Ovidio, Plauto, Terencio, Propercio, Tibulo, Claudiano, Estacio, Silio Itálico, Lucano, Horacio, Persio, Juvenal y Marcial, casi todos estropeados y acuchillados por las caras; quien sin narices, quien sin ojos; unos con dientes y cabbelleras postizas y otros con brazos y piernas de palo; tan desfigurados, que ellos mismos se desconocían" (20).

Entonces, es Ovidio, nada menos el que deja sus peculiares lamentos poéticos para querellarse de la conducta de Escalígero y éste contesta con soberbia y desdén a los poetas que le arrastran para vengarse del estado en que los puso.

Al llegar a este punto, Saavedra se da cuenta de que ha ido acaso demasiado lejos y a pecho descubierto, y se detiene. Pero hombre de exquisita sensibilidad literaria no quiere alterar lo que ha escrito antes de tan buen aire, y tomando, de nuevo, la pluma trata de enmendarlo sin desvirtuar su teoría con este párrafo que parece escrito mientras iluminaba su rostro una breve sonrisa de ironía y despreocupación.

"Quedaronse los poetas executando en Escaligero sus



iras; y movido yo a piedad de aquel ingenio, luz de las buenas letras, los quise apaciguar con cortesía" (21)

Y para no cometer otra imprudencia antipreceptista, tan evidente, opta por despertarse de su sueño y acaba el libro.

Conforme con esta teoría, que preocupaba entonces a los grandes poetas, Lope y Góngora igualmente, coincide el concepto de Saavedra respecto del valor estético del idioma. El Renacimiento había dado una contextura inflexible a la enseñanza de la gramática que Saavedra hallaba francamente dañosa e inútil. En esto se adelantaba tres siglos a la enseñanza de los idiomas vivos en España, ya que hasta este prevalecieron aquellas tendencias.

Reconoce, cómo sin dominar la Gramática —en el sentido del estudio del idioma— no se puede crear literatura, lo cual le revela como cuidadoso escritor, con fino sentido de la expresión literaria; pero se lamenta de la muchedumbre de reglas y preceptos que oprimían entonces la capacidad de los estudiantes hasta el punto de que muchos que tenían disposición para las letras renunciaban a ellas y se aplicaban a las artes mecánicas o a las armas por no someterse a la gramática.

Finalmente don Diego se atreve a opinar sin temor poniéndose a la altura pedagógica de los más modernos estudios, que el latín mismo podrá enseñarse como lengua viva "sin preceptos, con el uso y ejercicio" (22).

A toda esta avanzada teoría se contesta el propio Saavedra Fajardo por boca de Marco Varrón:

"Muchos no aprueban este estilo de enseñar la Gramáti-



ca: pero hay costumbres que todos las reprueban y todos corren con ellas; y en España no es el mayor daño y el de los preceptos, sino el descuido de los padres en no aprovecharse de la infancia apta y dispuesta para las lenguas por la misma naturaleza; lo cual reconocido de las demás naciones, apenas empiezan a pronunciar los niños, cuando les ponen en las manos el abecedario y el arte latino, y en cuanto a las ciencias, no convino hacellas vulgares con la lengua materna, porque reducido el mundo después de la caída de los romanos a varios dominios, y perdida la lengua latina, que era común a todos, fué necesario mantenella, no solamente por los libros doctos que habría escritos en ella sino también porque las naciones pudieren gozar de las especulaciones y prácticas que cada una de las demás hubiese observado. puestas en una lengua común y universal; lo cual no pudiera ser sin el prolijo trabajo de las traducciones, en que pierden su gracia y su fuerza las cosas" (23).

Así no es extraño que ataque a los gramáticos violentamente con palabras propias.

"Dos gramáticos, cargados de cejas y prolijos de barbas, vestidos a la antigua con escarcelas al lado y llaves pendientes del cinto, eran porteros y guardas de aquellas puertas; tan soberbios i insolentes con la confianza que se hacía dellas, que por no pasar por sus manos estuve ya resuelto a volver atrás" (24).

Y Demócrito —máscara que oculta a don Diego prudentemente cuando le conviene— corrobora sus opiniones: "Mira



la vanidad de los gramáticos, soberbios con el conocimiento de la lengua latina se atreven a discurrir en todas las ciencias y profesiones" (25).

En fin, la labor literaria de los gramáticos y su peligro para apreciar sin perjuicios las obras literarias comentadas por ellos, con detrimento de una serena crítica estética, se resume en el siguiente párrafo, lleno de gracia satírica; pero, también reflejo exacto e interesante de topiquismo en que había venido a parar la crítica de los clásicos por este método, y nótese la actitud francamente hostil de Saavedra a estas opiniones que no comparte:

"Los gramáticos eran berceros y fruteros que de unas tiendas a otras con verbosidad y arrogancia se deshonoraban unos a otros, motejando también a los que pasaban a vista dellos, sin tener respeto a ninguno. A Platón llamaban confuso; a Aristóteles tenebroso y giboso, que entre escuridad celaba sus conceptos; a Virgilio ladrón de los versos de Homero, a Cicerón tímido y supérfluo en sus repeticiones, frío en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas veces inflamado, y fuera de tiempo vehemente; a Plinio río turbio, acumulador de cuanto encontraba; a Ovidio fácil y vanamente fecundo, a Aulo Gelio derramado, a Salustiano afectado y a Séneca cal sin arena" (26).

El parecer de Saavedra y Fajardo acerca de poesía latina resurgida con el Renacimiento aparece con la defensa de los poetas que hace Ovidio: Es uno de los pasajes de crítica estética de don Diego más sobrios y exactos en las apreciaciones.



Parece que el autor se esmeró en valorar cada juicio y aun cada palabra dándoles en máxima expresión significativa.

“¿En qué pudo pecar Plauto y Terencio para que los trabajasen así? Pues han sido siempre el entretenimiento y *do-naire* del pueblo; el uno gracioso y bien hablado, el otro grave y remirado. ¿En qué Propercio y Tibulo, ambos blandos, suaves y amorosos? Pues Silio Itálico es tan humilde, que no se atreve a levantar los ojos, siempre por tierra procurando hallar en los demás la gracia que le falta. Ausonio es algo duro en su trato, pero su ingenio es tan grande que se le puede disimular esta falta. Claudiano trata de su gala, y aunque es corto su caudal le hace lucir por su gran ingenio. Si Estacio es presuntuoso, Lucano soberbio y altanero, son estos vicios propios de la vanagloria y furor del ingenio y no en daño de tercero. Horacio es grave y remirado; pero no con desprecio de los demás, sino con estimación de su talento, y si moteja es con urbanidad, esforzándose a obligar a la risa. Yo confieso que Juvenal es satírico; pero es hombre de bien y lo hace con celo de que se enmiende esta república notando en general los vicios, sin que jamás se haya acordado dél en sus sátiras; y menos Persio, el cual es tan oscuro, confuso y intrincado que cuando le hubiera ofendido pudiera no darse por entendido, pues nadie entendería si lo que dijo es por él o por otro. Solamente Marcial con su condición terrible y con sales y graciosos equívocos pudiera habelle dado ocasión; pero jura que no le ha visto la cara ni supo jamás dél. Pues de mi digo, sin jactancia ni amor propio, que siempre he sido tenido por humilde y blando de



condición y aunque soy fácil para cualquier cosa no he executado esta facilidad en daño ageno, y si bien he tenido algunas liviandades, como mozo, en materias amorosas, ya por ellas he sido desterrado; y nadie por un mismo delito debe ser dos veces castigado. Cuando hubiésemos delinquido no era él (Scalígero) juez competente: a vosotros solamente tocaba el conocimiento" (27).

Coincide Saavedra y Fajardo con la ideología renacentista en considerar la Historia como obra de arte literario. Apenas descubriremos en la crítica que hace de los historiadores clásicos griegos y latinos alguna alusión que no tenga un sentimiento estético. Oiganse las que he ido entresacando del cuadro alegórico en que aparecen enumerados en la *República Literaria*:

Para Saavedra, Tucídides escribe "sentenciosamente" y camina por su obra grave y circunspecto; Polibio es profundo, y enseña más que refiere; en Plutarco halla el escritor llano, liso, desenvuelto, de ánimo cándido y prudente; alaba el estilo suave, apacible, dulce y amoroso de Jenofonte; así como el de Salustio le parece breve, atrevido en sus traslaciones y tan seco que deja cortadas las sentencias; Tácito es el historiador de vista penetrante, desenfadado y cortesano cuyos pasos parecen cortos pero avanzan mucho; sereno, dulce y ornamental es Tito Livio; quien más le agrada, acaso es Suetonio, acabado y perfecto en su obra. "Quien la quiere mejorar la gastaría", añade.

De Julio César, en fin admira la elegancia y el ingenio y



el arte con que "supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores" (28).

Críticas no menos acertadas le merecen siempre desde el punto de vista estético los historiadores románticos: Felipe de Comines, Filippo Comineo, como él dice, cuyo buen juicio aparece llano y sencillo, natural sin arreos ni joyas; en cambio Guicciardini, de quien fué traductor nuestro Felipe IV, parcial en su estilo mal ceñido, flojo y prolijo y peor aun le merece Paulo Jovio, frío, adulador y "enemigo declarado de los españoles" (29).

Los historiadores españoles, que cita, son Zurita, largo y pesado; don Diego de Mendoza, advertido y vivo; y Mariana de quien juzga certera, pero duramente, considerándole muy opulento de datos y de noticias aunque "por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona a la suya y condena en lo dudoso. Afecta la antigüedad, y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él para hacerse viejo" (30).

Y más se afirma el concepto estético de la historia en su ataque a los genealogistas, tan comunes en la época, y para Saavedra "historiadores casamenteros por las noticias que tienen de los linajes y intereses ajenos" (31).

Ahora bien, si don Diego de Saavedra ataca al tópico y la pervivencia enfadosa de la erudición del Renacimiento cuando deja de ser instrumento para convertirse en pretendida finalidad estética, no obra lo mismo cuando se enfrenta con la



creación renacentista; con el fruto estético de la gran evolución ideológica y social que preparó la edad moderna.

Bastará glosar brevemente los juicios críticos que emite acerca de los poetas renacientes para convencerse de que, en Saavedra, tuvieron un lector penetrante y lleno de sensibilidad y amor. Maravillan realmente estas sucintas críticas estéticas, casi siempre acertadísimas, breves y exactas; tan de hoy diríamos. Y eso en una época en que frecuentemente la detracción o el panegírico nublaban la sinceridad e hinchaban el comentario de los críticos más doctos.

Pone don Diego sus críticas en boca de Fernando de Herrera, "como de quien era tan versado en los poetas toscanos y españoles de nuestros siglos" (32) y vienen a ser una rápida descripción del desarrollo de la poesía del Renacimiento en Italia, con algunos errores cronológicos que no desvirtúan la solidez del fondo.

En Petrarca reconoce no sólo el origen de esta evolución, sino el poder de avance que la dió él sólo. Sus características se señalan con exactitud notable:

"Petrarca fué el primero que en aquellas confusas tinieblas de la ignorancia sacó de su mismo ingenio, como de rico pedernal de fuego, centellas con que dió luz a la poesía toscana. Su espíritu, su pureza, su erudición y gracia le igualó con los poetas antiguos más celebrados".

Cita en segundo lugar a Dante, no por ignorar tal su vez su procedencia sino, seguramente, por orden de predilección, pues se muestra poco propicio a él. Saavedra y Fajardo está



muy lejos de la arquitectura medieval de la *Divina Comedia* para sentir su generosidad, y muy cerca del Renacimiento para que no vea la imposibilidad de encerrar dentro de cánones preceptistas —odiados pero respetados— la sublime creación del poeta florentino.

Y sin embargo no deja de observar, perspicazmente, aunque no se lo explique, que en la divina epopeya del mundo cristiano hay algo más que la interpretación de una sensibilidad poética, y es un elemento científico profundo poetizado. Por eso juzgo algo intransigente la opinión del insigne Maestro Menéndez y Pelayo: "Apenas se pueden leer con tolerancia estas palabras, aun considerando que fueran escritas en pleno siglo XVII":

"El Dante, queriendo mostrarse poeta, no fue científico, y queriendo mostrarse científico, no fué poeta, porque se levanta sobre la inteligencia común sin alcanzar el fin de enseñar delectando, que es propio de la poesía, ni el de imitar, que es su forma."

Las críticas comparativas entre los tres poetas narrativos más populares de la época renacentista: Ariosto, Marino y Tasso, reflejan muy bien la opinión más generalizada en la época de Saavedra, que, a su vez establece semejanza y percibe calidades estéticas de sutilidad sorprendente:

"Ludovico Ariosto, como de ingenio vario y fácil en la invención rompió las religiosas leyes de lo épico en unidad de la fábula y en celebrar un héroe sólo, y celebró a muchos en



una ingeniosa y varia tela; pero con estambres poco pulidos y cultos.

Desta licencia usó el Marino de su *Adónis*, más atento a deleitar que a enseñar, cuya fertilidad y elegancia forman un hermoso jardín con varios cuadretes de flores.

Más religioso en los preceptos del arte se mostró Torcuato Tasso en su poema "Ara de las musas" a quien no se puede llegar sin mucho respeto y reverencia" (33).

Por último no sólo estos, sino más poetas constituían las lecturas meditadas del ilustre escritor murciano: cita versos de Miguel Angel, y alude a "autores píos y religiosos, como Sanázaro, Veda, Pontano, Francastorio y otros" (34) conocidos en España desde el tiempo de Garcilaso.

### LA INTERPRETACION DE LA POESIA POR SAAVEDRA Y FAJARDO

**S**IN duda fué la poesía el arte por antonomasia durante el siglo de oro. La floración continua de poetas asombraba a sus mismos coetáneos. Lope y Quevedo tienen pasajes tan conocidos como intencionados, referentes a ella y Saavedra dedica a la estética de la poesía preferente lugar en su *República Literaria*.

Ya se han visto algunos juicios críticos sobre los poetas italianos, y ahora voy a completarlos con otros no menos inte-



resantes, contenidos también en el libro de Saavedra Fajardo.

Pero, previamente, conviene advertir que el famoso escritor dedicó asimismo algún pasaje de la obra a zaherir a ellos y a su ciencia. No obstante, creo que solamente sentido humorístico ha de darse a las siguientes palabras aunque en el fondo contengan algún motivo real y demuestren vivaz observación:

“Los poetas vendían por las calles jaulas de grillos, ramilletes de flores, melcochas y mantequilla, chochos y muñecas” (35).

El verdadero ataque a la Poesía, es decir, a la interpretación humana de la poesía, valor permanente e inextinguible del mundo sensorial, aparece en un pasaje más extenso. Se enfoca en el aspecto preceptista del Renacimiento y buscando, hábilmente, sofísticas interpretaciones en las que se trata, esencialmente, de hallar el elemento satírico aun a fuerza de trastocar los propios sentimientos.

A pesar de ello, don Diego, muestra un conocimiento exacto de su desarrollo, y a la vez que se burla de sus cualidades reeminencias no deja de enumerarlas, con cierto énfasis involuntario, y a la vez permite entrever alguna observación crítica significativa: unión de la poesía a la retórica, percepción del sentido, no real, idealista, de la poesía de su tiempo; exuberancia de mitología y erotismo, etc.

“Hermana de la retórica es la poesía, que soberbia desprecia las demás sciencias y presume vanamente la precedencia entre todas, porque a ella sola levantó teatros la antigüe-



dad. No reconoce su nacimiento del trabajo, padre rústico y villano de las demás artes, sino del cielo. Está muy presumida porque los scitas, los cretenses, y también los españoles, escribieron en versos sus primeras leyes y los godos sus hazañas. Pudiera pues deponer estos desvanecimientos y conocer que es arte afectada y vana, opuesta a la verdad; que se sustenta con la imitación siempre fingiendo y representando lo que no es; cuya lascivia, para disculpa suya, hizo cómplices a los dioses en tantas liviandades, estupros y adulterios como inventó dellos; y es la que mantiene vivos los afectos amorosos, cebando con tiernos encarecimientos y blandos requiebros las llamas propias y ajenas; cuya lengua maldiciente se sustenta royendo el honor ajeno. Notorio es lo que por ella padece la reina Dido por su honestidad, recogimiento y castidad ejemplo de viudas. Por estos y otros vicios la desterraron muchas repúblicas y la sabiduría le echó del lado de Boecio" (36).

En el siguiente pasaje se completa, en cierto modo lo anterior, y hay agudas dudas de los géneros poéticos y se traduce el descontento del autor por la mayoría de los poetas, que su espíritu selecto rechazaba de unos cuantos predilectos:

"Otro censor recibía los libros de poesía, en que había gran número de poemas, comedias, tragedias, pastorales, piscatorias, églogas y otras obras satíricas, y con mucha risa aplicaba los libros de materias amorosas para hacer cartones a las damas, copillos de ruelas, devanadores, papelones de gragea y anís, y también para envolver las ciruelas de Génova. Los libros satíricos entregaba para papeles de agujas y alfileres.



para envolver la pimienta, dar humo a narices y hacer libramientos. De estas obras muy pocas ví que, libres del examen mereciesen el comercio y trato" (37).

Pero Saavedra y Fajardo, fino gustador poético, ya que no aparezca como poeta él, quiso también deleitarse en la enuñreación de sus poetas predilectos enjuiciándolos, críticamente, una vez cumplido el fin satírico de su obra. En esta alegoría renacentista y pastoril, enteramente pictórica, hay rasgos, humorísticos certeros, junto a apreciaciones sugerentes. Pero para gozar de todo su sentido es preciso leerlo despaciosamente, buscando a cada palabra su concentrada expresión:

"Alrededor de esta cristalina vena, nacida con más obligaciones a la naturaleza que al arte, estaban ociosamente divertidos Homero, Virgilio, el Tasso y Camoes, coronados de laurel, incitando con clarines de plata a lo heroico. Lo mismo pretendía Lucano con una trompeta de bronce, encendido el rostro y hinchados los carrillos. Con más suavidad y delectación sonaba Ariosto una chirimía de varios metales. Acompañaban este concierto músico, Píndaro, Horacio, Catulo, Petrarca y Bartolomé Leonardo de Argensola, con liras de cuerdas de oro, a cuyo son Eurípides y Séneca, calzados el pie derecho con un coturno vistoso y grave, y Plauto, Terencio y Lope de Vega con zuecos, danzaban maravillosamente dejando con sus acciones purgados los afectos y pasiones del ánimo.

Por aquellas vecinas faldas apacentaban su ganado Teócrito, Sanazaro y el Guarrino, con pellicos de blandos y suaves arminios y, entonando en alternativos coros sus flautas y



albogues, les hacían tan dulce música, que las cabras dejaban de pacer por oillos.

Todo lo notaban Juvenal, Persio, Marcial y don Luis de Góngora; y sin respetar a alguno, picaban a todos agudamente con unas tablillas en forma de picos de cigüeña" (38).

Mayor interés tiene para nosotros el pasaje de la *República Literaria* dedicado a la poesía española, verdadera crítica estética de su evolución, en la que Saavedra tiene aún mayores aciertos de juicio, como es de suponer, ya que para él era pisar en terreno firme y familiar. Deben señalarse en estos pasajes valiosos de crítica estética el exacto sentido del desarrollo de la poesía y el desdén por la rima, como móvil poético y algunas observaciones que revelan gusto y sensibilidad asombrosos. Tales las que se refieren a las *especulaciones de amor* de Ausias March; a la perfección y pureza idiomática de Garcilaso, así como a su interpretación genial de la naturaleza; a la conceptuoso de Camoens; al escaso conocimiento de la poesía italiana de Hurtado de Mendoza; a la falta de vigor y nervio de Cetina; a la técnica de las traducciones, "sin bajarse a menudencias y niñerías"; a la falta de teoría poética de Ercilla, etcétera, etcétera. Otros aspectos de su crítica no son tan felices: la ausencia de ella al tratar del Marqués de Santillana, cuyas innovaciones no debieron de pasarle inadvertidas; suponer a Petrarca imitador de Ausias March, totalmente contrario a la realidad; juzgar sin arte a Barahona de Soto, el delicado poeta cordobés; y algunos otros detalles que no aminoran su valor crítico, en general.



“Juan de Mena, docto varón, les quitó el miedo a las Musas y las redujo a que entre el miedo de las armas levantasen la dulce armonía de sus voces. En él hallarás mucho que admirar y que aprender, pero no primores que imitar. Tal era entonces el horror a la villana ley de las consonantes, hallada en medio de la ignorancia que se contentaban con explicar en copla sus conceptos como quiera que fuese.

Florecieron después el Marqués de Santillana, Garcisánchez, Costana, Cartagena y otros, que poco a poco fueron limando sus obras.

Ausias March escribió en lengua lemosina, y se mostró agudo en las teóricas y especulaciones de amor, y aun dió pensamientos a Petrarca para que con pluma más elegante los ilustrase y hiciese suyos.

Ya en tiempos más cultos escribió Garcilaso y con la fuerza de su ingenio y natural y la comunicación de los extranjeros puso en un grado muy levantado la poesía. Fué príncipe de la lírica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces descubrió los sentimientos del alma; y como estos son tan propios de las canciones y elegías, por eso en ellas se venció a sí mismo, declarando con elegancia los afectos y moviéndolos a lo que pretendía. Si en los sonetos es alguna vez descuidado la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas con mucho decoro usa de dicciones sencillas y elegantes, y de palabras candidas que saben al campo y a la rusticidad del aldea; pero no sin gracia ni con profunda ignorancia y vejez, como hicieron Mantuano y Encina en sus églogas, porque



tiempla lo rústico con la pureza de voces propias al estilo imitando a Virgilio.

En Portugal floreció Camoes, honor de aquel reino; fué blando, amoroso, conceptuoso y de gran ingenio en lo lírico y en lo épico.

En los tiempos de Garcilaso escribió Boscán, que por ser extranjero en la lengua merece mayor alabanza y se le deben perdonar algunos descuidos en las voces.

Sucedió a estos don Diego de Mendoza el cual es vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo y inculto.

Casi en aquellos tiempos floreció Cetina, afectuoso y tierno, pero sin vigor ni nervio.

Ya con más luz nació Luis de Varaona, varón docto y de levantado espíritu. Pero sucedióle lo que a Ausonio, que no halló con quien consultarse, y así dejó correr libremente su vena sin pena ni arte.

Este mismo tiempo alcanzó Juan de Arjona, y con mucha facilidad intentó la traducción de Estacio, encendiéndose en aquel espíritu; pero, prevenido de la muerte, la dejó comenzada; en la cual nuestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traducción sin abajarse a menudencias y niñerías, como Anguilara en la traducción o perífrasis de los *Metamorfecos* de Ovidio.

Don Alonso de Ercilla, aunque por la ocupación de las armas no pudo acaudalar la erudición que para estos estudios



se requiere, con todo eso, en la *Araucana* mostró un gran natural y espíritu con fecunda y clara facilidad" (39).

Entre los poetas coetáneos suyos comenta don Diego tres: Góngora, Bartolomé, Leonardo de Argensola y Lope de Vega, que para él presentan tres tendencias distintas. Realmente falta Quevedo y no acierto a explicarme su ausencia, como la de otros. Acaso por razones ajenas a las Letras, hasta ahora desconocidas —no olvidemos el aspecto político de Quevedo como el de Saavedra, que pudo ocasionar enemistades entre ambos—, tal vez a causa de que el humanista y prosista que descollaba en el autor de la *Vida de Marco Bruto* y el *Buscón*, desvanecían la figura del gran poeta satírico que en épocas posteriores ha sido su aspecto más definido.

Saavedra y Fajardo es hostil a la evolución culterana. En Góngora, extrañamente, destaca un aspecto, casi nunca estimado, aunque para mí sea inimitable: su espíritu satírico buído y sobrio como ninguno. El Góngora barroco, el Góngora que hace música del idioma y lo ornamenta de belleza sin igual, el Góngora genial, no existe para Saavedra como no existió para muchos de entonces y no ha existido para la mayoría hasta época bien cercana. Bastante imparcialidad muestra don Diego en reconocer, pese a su hostilidad, cómo fué el "gran artífice de la lengua castellana, que aun en su obscuridad salió grande y nunca imitable". No se acerca a esta ecuanimidad, ni con mucho, Quevedo mismo, aunque estaba obligado a ser más comprensivo, como escritor barroco también.

En el menor de los Argensolas mejor aun que en Luper-



cio, ve, en cambio, el modelo de poeta. No sólo por su cuidada perfección clásica, sino, tal vez, porque coincidía más con su gusto el concepto racional, moralista y meditativo que tenía Bartolomé Leonardo de Argensola, de la poesía, mucho más denso y logrado que su hermano mayor.

"En nuestros tiempos renació un marcial cordobés en don Luis de Góngora, requiebro de las musas y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos como le sucedió después, queriendo retirarse del vulgo y afectar la escuridad; error que se disculpa con que aún en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.

Contemporáneo suyo fué Bartolomé Leonardo de Argensola, gloria de Aragón y oráculo de Apolo; cuya facundia, erudición y gravedad con tan puro y levantado espíritu, y tan buena elección y juicio en la disposición, en las palabras y sentencias, serán eternamente admiradas de todos y de pocos imitadas. La pluma poco advertida afeó sus obras y después la estampa por no haberlas entendido; peligro a que están expuestas las impresiones póstumas."

Pero tal vez el juicio crítico más exacto y asombroso por



su claridad mental es el que dedica a Lope de Vega, que no necesita comentario alguno:

"Lope de Vega es una ilustre vega de Parnaso, tan fértil, que la elección se confundió en su fertilidad, y la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las sequedades y estrecheces del arte. En sus obras se ha de entrar como en una rica almoneda donde escogerás las joyas que fueren a tu propósito, que hallarás muchas" (39).

En cuanto al arte del sonido no hay más que una alusión de Saavedra a "la dulzura de la música" (40) tan impersonal como vaga y gastada.

### LAS ARTES PLASTICAS Y SVS INTERFERENCIAS ESTETICAS Y TECNICAS VISTAS POR SAAVEDRA Y FAIARDO

**E**N la *República* ocupan un lugar secundario las artes plásticas junto a las literarias. No quiere esto decir que Saavedra desdeñara ocuparse de ellas; pero lo hizo un poco al margen de la base principal que era la literatura y así como se preocupó de la perfección de esta por la lectura y erudición y del instrumento y materia de su arte, el idioma, no hay en la *República* ninguna observación acerca de la captación estética de las artes plásticas.

Sobre la Arquitectura nada interesante hallamos. Cita



los arquitectos de la antigüedad clásica y el estilo dórico, conocidos a través de las más difundidas fuentes eruditas; pero no comenta obra alguna determinada (41). Ni aun alude a aquellos de primer orden que debió de contemplar durante su estancia en Italia y otros países. Me inclino a sospechar que esta ausencia de crítica estética de la Arquitectura obedece a que, sin duda, no hallaba punto de contacto entre los temas de este arte y la literatura, a que todo hace referencia en la obra de Saavedra.

De la Pintura y la Escultura habla con más detenimiento. Define aquélla muy vagamente como "arte émula de la naturaleza y remedo de las obras de Dios" (42): pero tiene interés esta definición porque revela una actitud estética de Saavedra: el considerar la Pintura más cerca de la imitación fiel de la naturaleza que otras artes. En distinto lugar alude a los pintores griegos: Ceuxis, Parrasio, Apeles, etc.... como era obligado en la época y solamente dos pintores españoles merecen su comentario crítico: Navarrete *el Mudo* y Velázquez.

Del primero, a quien dió fama, principalmente, su colaboración en la ornamentación de El Escorial, hace un elogio que coincide, en el juego conceptista de su defecto físico y de su arte, con el que solían hacerle sus contemporáneos. "Navarrete el Mudo, a quien, envidiosa quitó la voz la naturaleza, porque antevió, que, en emulación de sus obras, habían de hablar las de aquel gran pintor" (43).

Y Lope de Vega había hecho decir antes al "pintor famosísimo".



*"No quiso el cielo que hablase  
 porque con mi entendimiento  
 diese mayor sentimiento  
 a las cosas que pintase.  
 Y tanta vida les di  
 con el pincel singular  
 que como no pude hablar  
 hice que hablasen de mí" (44)*

La obra única de Velázquez a que alude es el retrato ecuestre de Felipe IV (45), y es de notar que su juicio sobre él no carece de sensibilidad perceptiva. Halla la figura del Monarca tan realista que se inclina respetuoso ante ella y admira "tan airoso movimiento y tal espresión de lo majestuoso" (46).

No define la Escultura y cita los escultores dóricos (47) con la misma personalidad que a los arquitectos y los pintores; pero escribe dos notas en el libro que revisten interés. De todos los escultores merecen su atención el Bernino cuyas obras principales pudo conocer y describe una escultura suya de modo coincidente con un soneto famoso de Garcilaso. Confróntese este sentido plástico de la literatura, nacido, sin duda de la fuente latina del tema: Ovidio:

"Entre los últimos, aunque de los primeros en el arte, estaba el caballero Vernino acabando la estatua de Dafnes, medio transformada en laurel, en quien engañada la vista se le detenía, esperando que las cortezas acabasen de descubrir



el cuerpo y que el viento moviese las hojas, en que poco a poco se convertían los cabellos" (48).

*"A Dafne ya los brazos le crecían,  
y en luengos ramos vueltos se mostraban;  
en verdes hojas ví que se tornaban  
los cabellos que al oro escurecían.*

*De áspera corteza se cubrían  
los tiernos miembros, que aún bullendo estaban;  
los blancos pies en tierra se hincaban  
y en torcidas raíces se volvían.*

*Aquel que fué la causa de tal daño,  
a fuerza de llorar crecer hacía  
el árbol que con lágrimas regaba.*

*¡Oh miserable estado, oh mal tamaño!  
¡Que con lloralla crezca cada día  
la causa y la razón porque lloraba!" (49).*

Mucho más interesante, sin embargo, para conocer la crítica estética de Saavedra y Fajardo en su *República Literaria*, es una discusión sobre la precedencia estética de la escultura y la pintura, que don Diego finge entre Lisipo y Apeles. Diríase estar leyendo un ensayo de crítica estética del siglo XVIII. Una exposición filosófica de las interferencias de las artes, análogas a la de Lessing en *Laoconte o de los límites*



de la Pintura y de la Poesía (1766) en la que se confrontan los términos de las dos artes; la percepción estética de ambas y su valor expresionista y perdurable.

La disputa termina con la intervención de Miguel Angel que resuelve puerilmente las dudas, eludiendo así, Saavedra, dar una respuesta decisiva. Creo interesante recordar este magnífico pasaje de crítica estética debido al gran escritor murciano, y uno de los más sugerentes y sólidos de la *República Literaria*:

“Lisippo defendía que debía ser preferida la escultura, porque para ella se requería más cierta noticia de las medidas y mayor destreza en los delineamientos; donde cometido un error no se puede enmendar; obra que está expuesta a la verdad del tacto y de la vista, cuya perfección por todos lados ha de constar, y cuya materia es más preciosa y más durable que las tablas y lienzos de la pintura, por lo cual conserva más la memoria de los grandes varones y anima más a lo glorioso. Apeles procuraba con varias razones y argumentos, mostrar la excelencia de la pintura. “Esta (decía) es una muda historia, que pone delante de los ojos muchas acciones justas, las calidades, cantidades, el lugar, los movimientos, con gran delectación y enseñanza del ánimo. Pocas cosas esculpe el buril y ninguna deja de copiar el pincel. Si la escultura con lo grosero de la materia descubre la cantidad de los cuerpos, la pintura con la aplicación de las luces y de las sombras los realza en una superficie plana. En la escultura los cuerpos conservan su justa distancia, la pintura o los aparta, o los atrae, los une



o los dilata, con tal arte, que deja burlados los ojos y aun corrida a la Naturaleza. Válese del color, que es quien da su último ser a la cosas, y quien más descubre los movimientos del ánimo. Las voces y disputa del uno y el otro habrían pasado a pendencia, si Miguel Angel, como tan gran pintor y escultor, no los despartiera, mostrando en tres círculos que se cortaban entre sí, que estas dos artes y la Arquitectura eran iguales, dándose fraternalmente las manos las unas a las otras" (50).

En lo que respecta a las artes mecánicas Saavedra se muestra poco afecto a darlas una categoría estética, aun cuando alaba a los más famosos cinceladores de la antigüedad (51).

Las considera como "artes que son calidades y hábitos del cuerpo, en las cuales se fatiga la mano y poco o nada obra el entendimiento; hijas bastardas de las sciencias, que habiendo recibido dellas el ser y las reglas por donde se gobiernan, las desconocen, y obran sin saber dar la razón de lo mismo que están obrando" (52).

#### VNOS CONCEPTOS ESTETICOS GENERALES DE SAAVEDRA FAJARDO EN SV "REPVBLICA LITERARIA"

**A**L margen de las notas de crítica estética que he ido comentando, hallo en la *República Literaria*, opiniones de su autor sobre valores estéticos evolutivos de carácter general, que merecen subrayarse por diversas razones.



Es en un párrafo aparentemente superficial, donde destaca con perfil inmovible de luz y sombra la hostilidad de Saavedra y Fajardo hacia lo clásico, y por lo tanto una declaración implícita e involuntaria de confesionalismo barroco como correspondía a su tiempo. No deja de ser curioso que quien mostraba indiferencia, ya que no desdén, por el culturanismo, hallara en la arquitectura dureza y desapacibilidad ante el más puro, sereno y noble estilo clásico: el dórico. Pero es así. Leed sus palabras claras y precisas:

“En ellas (no sin misterio) parece que faltaba a sí misma la Arquitectura, porque de las cinco órdenes solamente se verá el dórico, duro y desapacible, símbolo de la fatiga y el trabajo” (53).

Pero todavía hay unos datos que confirman plenamente esta actitud. Del pasaje que sigue puede deducirse otra apreciación estética de lo mismo, interesante: la escultura dotada de vida —barroquismo— en contraposición a la quietud de la arquitectura que la rodea —clasicismo—, diferenciación lograda por la comunidad de material: el mármol. En las columnas y en los nichos es clásico, sereno; en las estatuas se moviliza en contorsiones, se abarroca.

“Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve musas, con varios instrumentos de música en las manos, a las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento, a pesar del mármol” (54).

Se ha dicho muchas veces, con acierto —y yo no dudo en aceptarlo enteramente— que tal vez la característica perma-



nente del arte hispano, en todas sus manifestaciones y a través de todo desarrollo, es el realismo. El realismo que comienza en la veracidad del *Poema del Cid* y en los rostros de las imágenes románicas y llega, sin solución de continuidad, hasta el arte de nuestros días.

Puen bien, para Saavedra y Fajardo —español medular— el realismo es el fin del arte, el verdadero triunfo de éste y constituye en su pluma la alabanza máxima. Véanse estos tres pasajes y medítese en su sentido:

“Estratónico había gravado en una taza con tal arte un sátiro, que parecía haberle puesto vivo en ella, y que daba temor a las ninfas” (55).

“Tenía Fidias entallados unos peces tan al vivo, que, si les echaran agua nadarían” (56).

“Vimos a Aristides dando con el pincel tal movimiento y viveza a los cuerpos, que en ellos se descubrían los afectos y inclinaciones del ánimo” (57).

Empero la observación más sugestiva de Saavedra se halla acaso en el pasaje siguiente, donde explicada dificultosamente, con justificaciones religiosas innecesarias pero con rasgos inconfundibles de pura penetración, se halla implícita la teoría del impresionismo pictórico.

Aludiendo a la lucha de un pintor por captar la naturaleza en su arte, Saavedra Fajardo explica:

“Procuró diversas veces imitalla al vivo y siempre le salió vano el intento; hasta que, desesperado le arrojó una esponja para borrar el cuadro. Quedé admirado de la cólera del pin-



tor en lo que tanta fatiga le había costado, y mucho más de que el golpe de la esponja tirada acaso dejase más bien pintada la espuma de lo que había pretendido el arte. De donde aprendí que muchas cosas acierta el caso que erraría el cuidado y atención, y que tal vez conviene obrar con los primeros ímpetus de la Naturaleza a los cuales suele gobernar un movimiento divino; para que se conozca que, no la prudencia de los hombres, sino la providencia de Dios, asiste a las cosas" (58). Y no puedo por menos de recordar aquí aquel pasaje de Lope de Vega en *La corona merecida*, (58 bis), escrita en 1603, donde se lee esta alusión que quién sabe si pudiera referirse al Greco, entonces en su apogeo:

*"Oh imagen de pintor diestro,  
que de cerca es un borrón!"*

### S Í N T E S I S

**D**ESPUES de haber expuesto las notas de crítica estética contenidas en la *República Literaria*, de Saavedra y Fajardo, me parece que será indispensable una breve síntesis de ellas que acabe de destacar claramente esta interesante faceta del insigne escritor murciano.

La extensa cultura de don Diego, sus viajes y estancias fuera de España, sus extraordinarias dotes de observación y



perfección del mundo que le rodeaba, y la expresión y justeza sobria de su lenguaje, contribuyeron individual y colectivamente a que en su *República Literaria*, hayan quedado vibrantes de interés y de sugestión sus ideas críticas de la Literatura y del Arte.

Como escritor que era, hubo de constituir la Literatura tema básico de su obra. En torno a las Letras y a su servicio aparecen las demás manifestaciones artísticas, consideradas con extensión e interés, mayor o menor, según su proximidad y relación con el arte literario.

La ideología de Saavedra y Fajardo, en esto, como en todo, refleja la evolución de su época (59). El autor de la *República Literaria*, es un hombre que vuelve del Renacimiento y que está próximo a acatar el barroquismo. De aquí sus concesiones a una y otra evolución estética y su indecisión a inclinarse a una de las dos.

Como consecuencia de esta actitud, muestra hostilidad hacia lo clásico que no responde a las apetencias creadoras de su época, y a la erudición renacentista y sus preceptos que, cumplida en cierto modo su misión de puntales del primitivo desarrollo del Renacimiento, sólo sirven para entorpecer la total evolución de exuberancia ornamental culminante en el triunfo de lo barroco. Así muestra su decidida predilección por los poetas italianos y españoles cuyas obras reflejan estas tendencias.

Desde los puntos de vista que acabo de indicar, pero con mirada propia y original, contempla el arte y sus manifesta-



ciones. Todo esto ha de ir encubierto por una sátira impenetrable aparentemente; pero traducida a través de la interpretación interna de su obra.

En su labor crítica parte Saavedra Fajardo de la Literatura y con ella va relacionando las demás artes, como dije. Pero inmediatamente surgen reflexiones comparativas sobre la prioridad de cada una y como consecuencia Saavedra razona sobre cierta serie de valores estéticos, que, a veces, por lo espontáneos trazan nuevos cauces a la crítica de su época, hasta el punto de que en muchos aspectos, se ha visto cómo Saavedra opinaba de forma realmente revolucionaria para aquel tiempo.

De aquí su gran valor: el conocimiento de su siglo y la meditación personal sobre ello; y la deducción de las evoluciones venideras nacida de aquella reflexión.



# N O T A S

(1) Ni aún la agudeza mental de don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de las Ideas Estéticas* en España. (Tomo III. Madrid, 1920, págs. 397 a 402), se preocupó de este aspecto de la obra de Saavedra Fajardo, más que superficialmente. Y como por ello no ha de disminuir su gloria, he de añadir que con poco acierto, a causa de algunos prejuicios inevitables por la época en que escribía. En los diversos estudios realizados sobre Saavedra y Fajardo y su obra, ni aun en la cuidada edición de la *República Literaria* de don Vicente García de Diego —a la que más adelante haré todas las referencias de textos— tampoco se ha observado este valor existente en la sátira de don Diego, designada por Menéndez Pelayo como “sueño filológico”.

(2) También tiene vaga semejanza de técnica con la *República* de Platón, y García de Diego ha señalado como su precedente más concreto —aunque no sea imitación la *República* de él—, la *Veritas fucata, sive de licentia poetica quantum poetis liceat a veritate obscedere*, de Luis Vives (Ed. cit. pág. 58).

Otras obras que tienen concomitancias con la de Saavedra Fajardo pueden verse enumeradas por Menéndez y Pelayo (Ob. Cit. página 399).

(3) Ed. cit. pág. 51.

(4) Ed. cit. pág. 52.



(6) Esta impresión general que preside casi siempre las alusiones de Saavedra Fajardo en su *República* es tal vez la causa de que se echen de menos algunas obras y autores que ni se nombran siquiera: la *Celestina* y Cervantes, principalmente, como los más expresivos por su importancia. Pero a poco que se reflexione sobre el fin perseguido por Saavedra —satirizar los tópicos en lo externo o la conciencia, de lo original allá en el fondo— se comprenden estas y otras omisiones. A lo más, al citarse, revelarían en Saavedra una percepción estética exquisita que confirman otros decretos de ella, indicados aquí más adelante.

(7) Ed. cit. pág. 398.

(8) Ed. cit. pág. 71.

(9) Ed. cit. pág. 214.

(10) Ed. cit. pág. 68.

(11) Ed. cit. pág. 69.

(12) García de Diego (Ed. cit. pág. 68) busca varios fundamentos a esta opinión de Saavedra, que intenta justificar en parte y alude al caso, pero creo que no es preciso ir más allá de lo que indica el texto si queremos dejar a este su mayor claridad.

(12 bis) Ed. cit. pág. 150.

(13) Ed. cit. pág. 172.

(14) Ed. cit. pág. 214.

(15) Véase Pastor; *Las apologías de la lengua castellana en el siglo de Oro*. (Los Clásicos olvidados—Madrid, 1929).

(16) Ed. cit. pág. 98.

(17) Ed. cit. pág. 179.

(18) Ed. cit. pág. 150.

(19) *Una guerra literaria del siglo de Oro Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*. Madrid, 1932.

(20) Ed. cit. pág. 220.



- (21) Ed. cit. pág. 227.
- (22) Ed. cit. pág. 115.
- (23) Ed. cit. pág. 115-116.
- (24) Ed. cit. pág. 94.
- (25) Ed. cit. pág. 179.
- (26) Ed. cit. pág. 149.
- (27) Ed. cit. pág. 223.
- (28) Ed. cit. pág. 122.
- (29) Ed. cit. pág. 124.
- (30) Ed. cit. pág. 125.
- (31) Ed. cit. pág. 150.
- (32) Ed. cit. pág. 104.
- (33) Ed. cit. pág. 104-106.
- (34) Ed. cit. pág. 225.
- (35) Ed. cit. pág. 150.
- (36) Ed. cit. pág. 180.
- (37) Ed. cit. pág. 97.
- (38) Ed. cit. págs. 144-145.
- (39) Ed. cit. págs. 107-113.
- (39) Ed. cit. pág. 113.
- (40) Ed. cit. pág. 77.
- (41) Ed. cit. pág. 76 y 80.
- (42) Ed. cit. pág. 83.
- (43) Ed. cit. pág. 86.
- (44) *Rimas*. Id. Sancha. Tomo IV, pág. 398.
- (45) Museo del Prado. Madrid.
- (46) Ed. cit. pág. 86.
- (47) Ed. cit. pág. 82.
- (48) Ed. cit. pág. 83.
- (49) Ed. Navarro Tomás pág. 215.



(50) Ed. cit. pág. 86.

(51) Ed. cit. pág. 80.

(52) Ed. cit. pág. 78.

(53) Ed. cit. pág. 76.

(54) Ed. cit. pág. 76.

(55) Ed. cit. pág. 80.

(56) Ed. cit. pág. 82.

(57) Ed. cit. pág. 85.

(58) Ed. cit. pág. 85.

(58 bis) Ed. Bib. Aut. Esp. Tomo XXIV (pág. 246 b).

(59) Fundado, sin duda alguna en este aspecto de la *República Literaria* decía Menéndez y Pelayo de modo extrañadamente absoluto: "Estimada la *República Literaria* como ficción ingeniosísima, imitada, pero nunca igualada por otros excelentes modelos..." "no puedo sin embargo colocarla entre las obras que señalaron nuevos rumbos a nuestra Estética. Saavedra Fajardo, que la escribió como por juego, en horas perdidas de sus viajes o robadas a sus tareas diplomáticas, prosigue sin notable originalidad, la tradición clásica del siglo XVI, la de los Herreras y Medinas, transmitida al siglo XVII por preceptistas como Cascales y Robles, Baltasar de Cespedes. En las grandes cuestiones críticas de su tiempo adopta un término medio, una especie de opinión templada, cierto eclecticismo elegante, propio de un gran señor que no toma parte activa en el combate, pero que tampoco quiere descontentar a nadie y se deleita con lo bueno de todas partes". (Ob. cit. página 394). Pero dejando aparte el valor eventual que se da aquí a la concepción y realización de la *República* de Saavedra, algo más arduo y de empeño que un juego o pasatiempo, esta crítica, bellamente escrita, no es admisible, teniendo en cuenta los pasajes comentados en este trabajo.



- (50) Ed. cit. pág. 86.
- (51) Ed. cit. pág. 80.
- (52) Ed. cit. pág. 78.
- (53) Ed. cit. pág. 76.
- (54) Ed. cit. pág. 76.
- (55) Ed. cit. pág. 80.
- (56) Ed. cit. pág. 82.
- (57) Ed. cit. pág. 82.
- (58) Ed. cit. pág. 82.
- (59 bis) Ed. Bib. Aut. Esp. Tomo XXIV (pág. 246-6).
- (59) Fundado sin duda alguna en este aspecto de la República Literaria de Menéndez y Pelayo de modo extraordinariamente abundante: "Estimada la República Literaria como ficción ingenuísima, innata, pero nunca ignorada por otros excelentes modelos... no puede sin embargo colocarla entre las obras que señalaban nuevos rumbos a nuevas Estéticas. Seaverda fijando, que la escribió como por juego, en horas perdidas de sus viajes o robadas a sus tareas diplomáticas, prosigue sin notable originalidad la tradición clásica del siglo XVI, la de los Heine y Mehm, transmitida al siglo XVII por preceptistas como Calles y Robles, Balthasar de Capades. En las grandes cuestiones críticas de su tiempo adopta un término medio, una especie de opinión tripartita, cierto eclecticismo elegante, propio de un gran señor, que no toma parte activa en el combate, pero que tampoco quiere desentenderse a nadie y se debate con lo bueno de todas partes". (Op. cit. pág. 394). Pero dejando aparte el valor eventual que se da aquí a la concepción y realización de la República de Seaverda, algo más que due y de empeño que un juego o pasatiempo, esta crítica, bellamente escrita, no es admisible, teniendo en cuenta los pasajes comentados en este trabajo.



# RETORNO A LO MISTICO

por

AVGVSTO ANDRES ORTEGA



# RETORNO A LO MISTICO

por

AVGVSTO ANDRES ORTEGA



## RETORNO A LO MISTICO

**E**L racionalismo ha sido, sin duda, una desvitalización del hombre, una verdadera deshumanización (1). Con una incomprensión absoluta del auténtico sentido de humanidad, el racionalista ha dividido al hombre y ha erigido una parte de él —no ciertamente la más profunda y acaso tampoco la más noble— no digo ya en soberana, sino en el *casi único humano*: la razón. Al adoptar esta actitud, el racionalista ha cometido una serie de atentados graves, comprendidos todos ellos en el dogma, para él sagrado, de la autonomía de la razón. Primer atentado grave del racionalista: hacer la razón independiente de sí mismo, es más, erigirla en norma absoluta, en señora de sí mismo...

La razón pertenece al todo del hombre, y en un sentido integral humano, es algo que nace del más íntimo ser del hom-



bre para servicio del mismo hombre. Antes que ser norma —que lo es, sin duda, norma y guía en un plano secundario y de la acción, y más que norma, reflejo y transcripción formal de la norma, la que dice la norma— antes que ser norma, digo, es ella misma la normalizada, nacida según la medida del ser del hombre y para el ser del hombre (2). No hay mayor desvarío que convertir a la razón en regla primaria y absoluta, cuando debe ella sujetarse plenamente a la naturaleza humana en sí y en cuanto reflejo de la divina, y según la norma que esta naturaleza íntegra le señala, dictar los fallos e imponer su imperio. La razón, para ser norma, ha de partir de un supuesto: el respeto al hombre no sólo en cuanto especie, sino en cuanto individuo. “Ser lo que es” máximo mandamiento bellamente contenido en la expresión pindárica. La razón tiene que empezar por ser ella fiel a sí misma y al sujeto de que forma parte.

Hacer de la razón, además, el único camino de nuestro acceso a las cosas, segundo y gravísimo error. Hoy sabemos mejor que en tiempo de Pascal que el corazón tiene razones que la razón ignora. Una filosofía de los valores harto desarrollada ya, nos ha enseñado suficientemente —si prescindimos de ciertas inexactitudes— que hay muchas realidades que la razón no percibe, si es que, en cuanto razón percibe alguna, y acaso las realidades más bellas y más hondamente humanas. Y un examen íntimo de nosotros mismos, nos haría ver también que la razón no es el todo en el orden del conocer; que por debajo de ella, queda abierto un campo florido de reali-



dades humildes, de rango modesto, es verdad, pero de una gran riqueza óntica, que nos pone en contacto con un mundo inferior vastísimo, vivo y palpitante en nosotros —microcosmos— con una amplia y gozosa representación. Ese conjunto de realidades que pujan constantemente en lo oscuro de nuestras entrañas queriendo salir afuera a comunicarnos su mensaje, a decirnos su palabra que no acaba de hacerse clara en nuestra conciencia, no lo conocemos por la razón precisamente. La razón lo desdeña con orgullo, por encima de la razón hay otras realidades harto más finas y delicadas, de superior categoría que la razón no comprende ¡oh bello apólogo de Claudel! Detrás de aquella puerta infranqueable que pone una frontera al reino de la razón, esta escucha, sin comprenderla, una canción extraña que entona misteriosamente una voz del todo forastera... Aquí de los tres planos de nuestro conocer: subconciencia, conciencia y sobreconciencia, que acusan tres capas o estratos de lo humano: lo demoniaco, lo estrictamente humano y lo angélico, según la bella clasificación de d'Ors en aquel su valiente "Epos de los Destinos". Por encima de la razón y más allá de ella, la llama de nuestro espíritu se prolonga adelgazándose para nutrirse de más altas y soberanas revelaciones (3).

El racionalismo había despojado al hombre de lo más bello y florido de él, convirtiéndolo en trono mutilado y enjuto. Le había podado los retoños más lozanos y las raíces más hondas y soterrañas, todo aquello que le ponía en contacto con mundos fuera de sí, que eran, al mismo tiempo, mun-



dos dentro de sí, su más precioso complemento. El racionalismo, por esto, ha sido algo seco y estéril sin unción y sin jugo. La religión y el arte, en sus formas más exquisitas y delicadas, se han apostado en él. La emoción de la vida le era enteramente ajena. El racionalismo era, ni más ni menos, una árida profesión de soledad.

**N**O obstante —según yo creo— el racionalismo ha traído consecuencias provechosas, no sólo como reacción natural en contra suya sino aún como fruto más o menos directo, de su tendencia o actitud de espíritu. Lo primero, por de pronto, es decir, la reacción. Por mucha violencia que el hombre se haga a sí mismo, difícilmente podrá llegar a contrariarse de manera que se niegue por entero. El racionalismo es algo antinatural, no solo porque niega una gran parte de la naturaleza del hombre, sino porque él mismo es una postura violenta e incómoda. ¡Como que el racionalismo significa ni más ni menos que una vuelta del revés!... El racionalismo consiste en no vivirse el hombre *todo entero desde sí mismo*, como Dios manda, siguiendo una trayectoria vital que le es impuesta, sino *desde la razón*, violentando su propio ser e intentando crearlo de nuevo a su imagen y semejanza, mejor diríamos, a su capricho. Pensemos lo que supone la locura de querer ordenar la vida prescindiendo del primer supuesto, o sea: *que esa vida es ya*, que nos es dada, además, según un determinado estilo y manera; querer, desde la altura de la



razón como función conocedora, ordenar y aun hacer, todo lo que esa razón supone: el ser, la vida de que ella es parte y fruto, socavando su propio cimiento. Naturalmente, negado este supuesto, sólo queda el vacío, la misma razón se desvanece, no nos resta de ella sino una forma hueca sin contenido alguno.

Esta postura tan violenta tenía que fatigar a los espíritus, además de dejarles insatisfechos. ¡Tantos anhelos profundos que brotan de las raíces del ser como de cultos y undosos montañas, claras corrientes de incontenidos deseos desconocidos por la razón e incumplidos por tanto!... Al fin, había de venir la desilusión por la razón, la incredulidad desconfiada en lo estéril, el hastío melancólico de lo marchito, mientras en las almas jóvenes, frescas y esperanzadas se alzaba la vida en una dura actitud de fieras exigencias; la vida que no es un logogrifo, ni un entramado de rígidas estructuras, sino algo pleno de sentido y de bullente realidad.

Pero además de esta consecuencia ventajosa por la reacción, el racionalismo nos ha traído otras por revolución natural —según yo entiendo—; y esto es más apreciable todavía por cuanto supone una experiencia más seguramente lograda. Esta ya sería lección de madurez, enseñanza definitiva.

El racionalismo, con su clara actitud subjetivista, nos ha llamado a interior recolección, nos ha cogido por la cabeza, como a muchachos distraídos, y nos ha metido dentro de nosotros dotándonos de intimidad. Nos ha enseñado que para mirar al mundo y andar nuestro sendero, debíamos tomar el único punto de partida, que éramos nosotros, y proveernos, como de



viático muy principalmente, de una conciencia clara y luminosa de nuestro yo; a no andar encandilados en las cosas de afuera, a cumplir de verdad el consejo ascético (4).

Esta y una conquista de que quizá hablemos algún día porque es preciso que la sepamos agradecer; hoy bastará con consignarla. Sin el racionalismo, es bien difícil que pudiéramos ahora gozar de este sentido vital de plenitud, y que al mismo tiempo que nuestra vida es llena —por poseerla de verdad con esta reflexión sobre nosotros que el racionalismo nos ha legado— nos sea ágil. Sólo ahora que llevamos a cuestras nuestras vidas, sin dejarnos llevar por ellas podemos cumplir el consejo que nos da en su *Etica*, Aristóteles; hacer con nuestras vidas como los arqueros que tienen un blanco. Sólo ahora podemos disparar nuestras vidas como arcos tensos, hacia nuestro propio destino.

**C**ONVENDRA concentrar ahora nuestra mirada en este último aspecto, contornear un poco sus perfiles, darle un poco más de precisión. “La vida —se ha dicho bellamente— es una operación que se hace hacia adelante. Se vive *desde* el porvenir, porque vivir consiste inexorablemente en un hacer, en un hacerse la vida de cada cual así mismo”. Pero entendámonos: la vida que ha de hacerse hacia adelante desde el punto de vista de las cosas con que hay que nutrirla y acrecentarla, y desde el punto de vista del hacerse —evolución y progreso, en una palabra, futuro— de esta misma vida,



hay que hacerla también *desde nosotros*, desde este aquí y ahora, es decir, presente, de nosotros, en cuanto guía, dirección y encauzamiento de la misma vida. Porque somos nosotros, no algo impersonal, no algo inconcreto, lo que ha de hacerse en las cosas y con las cosas: lo contrario sería un proceso de loca exinanición. Para ser nosotros, nuestro yo auténtico, es menester empezar siempre por tener una conciencia clara de sí y más que del *sí actual*, del sí que debe ser, del yo como vocación, como misión y destino. He aquí la superación del racionalismo: éste había hecho del hombre una abstracción, una entealequia sin realidad. A puro desligarle del mundo y de las cosas, lo había condenado a morir de inanición, a no ser. Pero también puede caerse en otro extremo, es decir, que el entregarse a las cosas sea un puro darse sin retorno. Lo uno y lo otro es muerte irremediable.

Pero cuando advierto que la vida ha de hacerse en las cosas y con las cosas, quiero dar a esta palabra un más amplio significado. Cosas digo por contraposición al yo, todo aquello, en fin, que no es el yo. Todo ese conjunto de valores, de realidades a que la vida se encuentra ligada, o mejor aún en que se encuentra implantada, aquéllos, sobre todo, que nos trascienden, sobrepasándonos, pero de los cuales nosotros no nos sentimos ajenos, sino más bien íntimos; esos son, al mismo tiempo, inmanentes, están alojados en nuestra más secreta intimidad, acaso tenemos el sabor de su experiencia. Tocamos aquí el punto más vivo y actual, el matiz del espíritu que ahora mismo alborea y remanece. Este matiz que yo llamo el



retorno a la mística. Digamos unas palabras sobre este particular. Yo no voy a caer en la ingenuidad de decir que hemos modificado el tipo vital en cuanto se refiere a la *vida en sí*, entendiendo la vida en un sentido objetivo, óntico y, por lo tanto, incompleto, parcial.

Esta tiene sus leyes, los mecanismos necesarios anteriores a todo saber y querer nuestros, de los cuales, por tanto, en modo alguno depende. Son leyes metafísicas, independientes, absolutas y, al mismo tiempo, por sí mismas obligatorias. El tipo vital ha cambiado, por cuanto ha cambiado sin duda nuestra actitud psicológica habitual ante el mundo, ante los grandes problemas que nos suscita la vida; es decir, nuestra actitud consciente, nuestra voluntad de vida. El hombre en su afán cotidiano y urgente de ir desplegando y realizando las internas virtualidades y dando satisfacción al conjunto de vitales exigencias que le acosan sin cesar, como canes a una pieza de caza, ha pasado por una gama variadísima de posturas espirituales, que, aunque en el orden del puro conocer yo reduzco a cuatro etapas en el de la vida, simplemente, me atrevo a resumir en tres. *Primero*, la actitud objetivista y extática de autoentrega a los resortes externos, a los móviles de afuera, gravitando sobre ellos, con sujeción a ellos.

*Segundo*, la actitud subjetivista, egocéntrica, cuando el hombre ha empezado a recobrase a sí mismo imperfectamente por la razón que quiere imponer la norma, modificando ella misma su objetivo, o sea lo contrario de la anterior. *Tercero*, la actitud vital, cuando el hombre se ha recobrado a sí



mismo por entero. se ha hecho interior a sí mismo en un sentido de plenitud, orden de lo vital, integración de sujeto-objeto. El hombre no solo se ha recobrado *contra el objeto*, sino *contra sí mismo*, contra las primarias tendencias a salir afuera, dejándose dominar por lo exterior, y *contra la actitud racionalista* absorvente. negadora de otros caminos de acceso al mundo fuera de la razón. Poco a poco, el hombre ha ido recorriendo su larga vía interior, revistiendo sobre sí hasta instalarse en su propio fondo, llevando luz, la conciencia a todo su ser imprimiéndole su propia dirección. Sólo ahora el hombre se lleva a sí mismo, conoce su destino y se dispara hacia él. Posee plenamente una vocación: su servicio es enteramente consciente y querido. No solo el individuo sino también los pueblos... He aquí la etapa que actualmente vivimos o más exactamente, estamos empezando a vivir. Hoy la filosofía sigue estos derroteros y con ella todas las manifestaciones de la vida espiritual de hombre: arte, vida civil, vida religiosa, etc., yo no voy a hacer ahora un estudio detallado para justificar esta posición mía. Como es tema que me interesa grandemente, lo he de tratar más veces bajo aspectos diversos. Ahora quiero hacer resaltar lo siguiente: el estilo de vida que está cuajando en el mundo, y sobre todo nuestro estilo, el de esta España de nuestro renacimiento que todos llevamos con dolor y con gozo supremos en nuestras propias entrañas, es *mística*. No quiero dar a esta palabra un sentido superficial ni siquiera el que Ortega Gasset la asigna en su "*Epílogo sobre el alma desilusionada*", equivalente a superstición. Bien puede ser —como él dice—



que después de una época racionalista, el desengaño de la razón engendre esta flaqueza de espíritu que se manifiesta en la fe en ocultos y misteriosos poderes y en la cobarde abdicación o renuncia de sí para hacerse instrumento dócil de ajenas manos más audaces, pero yo aseguro que la mística de esta hora es más vibrante, más tensa. Tampoco Max Scheler lo comprendió así, no obstante su fina perspicacia; pero a pesar de él y de su falta de acuerdo consigo mismo, este síntoma que parece llegó ya a presentir no puede denominarse alegremente "misticismo e intuicionismo barato". El alma humana —lo hemos dicho ya— se ha hecho más profunda; se vive ahora desde una más penetrante intuición, desde un fondo más interior. En esto ha superado al racionalismo que se vivía desde la razón y a las etapas precedentes en que el hombre —si hemos de hablar claro— más bien vivía que *se vivía* (5).

**A**NTES hemos señalado tres cosas, tres estratos de lo humano, los que llamara Eugenio d'Ors lo demoníaco, lo estrictamente humano y lo angélico en el hombre. Ahora bien, una mística solo cabe desde los dos puntos extremos: desde lo demoníaco y desde lo angélico. He aquí los dos caminos que pueden seguirse. He aquí también el peligro: en este bivio está la encrucijada y la tentación. Y es menester que sepamos que la vida hoy más que nunca es tentación; por eso también más que nunca debe ser milicia.

Señalemos algunos aspectos peculiares de lo místico, sin



hacer un análisis detenido de ello. A mi entender, se caracteriza, en primer lugar, por pertenecer, propiamente, no al orden del conocimiento puro sino más bien al de las vivencias. No ignoro que el conocer es vivencia también desde el punto de vista del sujeto, pero no desde el objeto o digamos mejor, desde el punto de vista intencional del acto cognoscitivo; es esta una diferencia bien señalada entre la verdad pura y los valores. En segundo lugar lo místico supone la vivencia de un valor de una realidad (todo valor tiene un tono acusadamente realista) que nos *supera*, es decir, de algo que, aun siendo inmanente a nosotros, nos *transciende*. Otro carácter de lo místico, es un poderoso *sentimiento de presencia* de la realidad vivida. En lo místico, por tanto (y como se ve, doy a esta palabra un sentido bien general), predominan, ante todo las facultades emotivas, y dentro del orden intelectual, lo intuitivo (nobilizando un poco esta palabra), la intuición. Estas características de lo místico, se traducen luego en un estilo peculiar de vida en el individuo y en los pueblos que sufren su influencia. El *ser vida*, y, no solo conocimiento puro, presta a esta actitud, en el orden de la voluntad, una alta tensión, un grande vigor, una singular energía; y en el orden del conocer, un mecanismo sencillo intuitivo y certero, el instinto de lo mejor en cada hora, sin grandes cavilaciones ni deliberaciones. Decididamente el parlamentarismo es racionalista. El *sentimiento de presencia* infunde el optimismo, la seguridad, la alegre confianza, la disposición inmediata para la decisión heroica. La *transcendencia*, en fin, despierta, en nosotros, la dinami-



dad, el afán cotidiano por alcanzar una cosa que —al parecer— nos huye, el espíritu idealista, soñador, el no dormirse sobre los ganados laureles, considerando la meta lejana, anhelo de perfección, estímulo y acicate para el obrar.

Bien quisiera yo ahora —para fundamentar un poco metafísicamente estas afirmaciones— recordar una vieja doctrina pseudodionisiana acerca del ser jerárquico; una bella y poética doctrina que torna a resucitar no sé si para el intelecto pero, al menos, ciertamente para el corazón. Según este venerable teorizador de toda jerarquía, que bebió afanosamente en claras fuentes platónicas —¡oh divino Platón de la barba otra vez florida, otra vez risueña y esperanzadora!— y sobre todo, plotinianas, hay un orden jerárquico entre todos los seres, empezando por el Supremo, Dios, de quien dependen todos, una presencia óntica de unos en otros, de los superiores en los inferiores, ayudándoles en el ser, comunicándoles vigor y fortaleza, proceso de gradación esencial en que el ser va perdiendo pureza, en que el eco fuerte y jubiloso de una voz primera, eterna e infinita, va haciéndose débil, mortecina y sin resonancia. También el hombre será, por tanto, un eco de lo Eterno, que repercutirá a su ser, repitiéndose en múltiples cavidades extrañas, eslabón de una cadena en que se anudan dos direcciones, una ascendente y otra descendente, de un proceso único. El hombre, es verdad, no pertenece a los rangos primeros del ser pero tampoco a los últimos. Quiere esto decir, sencillamente, que está entroncado con los de arriba y con los de abajo, aunque de distinta manera; con aquéllos como conteni-



do, con éstos, como continente. El mundo realmente es un cosmos. El hombre prolonga su realidad a través de las cosas. Su misma categoría y condición de ser le impone el vivir con ellas y de ellas. El hombre de esta manera ya no es cifra exacta, número escueto, pieza libre y solitaria. Su individualidad es como un rizoma de infinitos hilos y adherencias. En estas prolongación y conexiones de su propio ser, se esconde para él un íntimo y angustiado secreto. Revelar este misterio de lo de arriba y de lo de abajo en él, que le urge como una necesidad vital, he ahí algo que no le hará la razón. Hemos entrado en la zona de lo místico... Pero la diversidad de las relaciones ónticas con los demás seres, le dicta también una norma de conducta, un canon de acción. El hombre debe considerarse como superior a todas esas categorías que están debajo de él y dominarlas rigiendo y sometiendo a orden y armonía perfecta las potencias inferiores. No debe dejar sumergirse en lo demoníaco que diría d'Ors; debe saberse exorcizar de este sortilegio, coger a Mefistófeles y obligarle a servir a los divinos poderes.

Lo dijimos antes: aquí apunta una mística. Pero hay una mística inferior, de lo físico, de lo zoológico, de lo cósmico; en una palabra, materialista; la mística del comunismo actual y aun de otras concepciones de vida que quieren parecerle contrarias pero que le son hermanas de sangre. Contra este misticismo de la naturaleza demasiado tentador, debemos prevenirnos nosotros que estamos llamados a servir al espíritu. Ni la tierra, ni la raza, ni la humanidad en sí, ni una justicia uni-



versal cerrada a superiores horizontes, no fundada en supremos principios, pueden ser para un buen español, ni en general para ningún hombre, menos aún para un cristiano, suficientes razones de vivir y de obrar. El español de esta hora lo sabe ya bien; lo sabe por español y por católico y por una bien dolorosa experiencia; pero por si acaso —porque aun hay ciegos que se obstinan en no ver— se lo recordó como un inspirado el Ausente, al anatematizar todo nacionalismo entre nosotros, porque este es una manera de ser en el tiempo y una afirmación de los valores ínfimos. El hombre —sin envilecerse— no puede servir a esos valores. Debe servirse de ellos y hacerlos servir. José Antonio, católicamente, consideró al hombre como “portador de valores eternos” como “envoltura corporal de un alma que es capaz de salvarse y condenarse”, y dijo imperialmente que “lo religioso y lo militar son los únicos modos enteros y serios de entender la vida”. Nosotros debemos servir a los valores superiores, pero ello, claro está, en función del orden y jerarquía de esos valores. Es la gradación que nos señalaba San Pablo: “Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo y Cristo de Dios”. En último término sólo podemos y debemos servir a Dios nuestro Señor en quien todo afán, toda porfía, según expresión de Goethe, se convierte en paz. He aquí el sentido religioso de la vida. La religión lo cala y penetra todo. He aquí la ascética y la milicia del vivir: trabajar constantemente porque no haya en nosotros ni en el mundo —al cual nos sentimos íntimamente ligados— una subversión de los valores. Esto supone abstención y esfuerzo, la vida,



como servicio, consagrada a cumplir una misión, un destino, una misión y un destino universales. Nunca como en la hora actual ha vibrado en el hombre la fibra de lo religioso; la religión pertenece a la dimensión más profunda de lo humano.

Nunca la vida humana ha adquirido tanta profundidad, y entre nosotros, lo humano está dando su nota más profunda y más alta. Por eso, al encontrarnos ahora con lo que tenemos de nosotros y con lo que tenemos de humano, nos hemos hallado con lo religioso, con lo divino. Sirvámoslo austeramente, militarmente, sabiamente, pasionalmente. Esta es nuestra actitud mística, nuestra tensión heroica.

**P**ERO yo quisiera que en lo que he dicho respecto a las diversas actitudes vitales en la historia, aun comprendiendo en ello el modo de vivir la religión, se distinga bien lo que es la religión en sí, lo que ella por sí misma intenta; de lo que ha sido el estilo de lo religioso en el hombre. En general, yo afirmo que en ninguna época de la historia ha estado el espíritu humano en tan buena disposición para vivir la religión en toda su plenitud, para conformar su propio estilo de vida al estilo de la religión, como en la actual. Todas las demás actitudes han sido incompletas.

Antes de todo, pongamos bien de relieve esta exacta verdad. El cristianismo de por sí es la cima de perfección de todos los valores y de todas las actitudes del espíritu. Yo bien sé que



la religión se despliega en función del elemento humano y que no se vive la misma verdad de la misma manera en todos los tiempos. En este sentido la religión, en cuanto vivida, en cuanto se refiere al sujeto de la misma, está sometida a evolución y a progreso no sólo individual sino colectivo. Y en este sentido afirmo también que hoy la religión (hablo naturalmente de la católica, de la verdadera, aunque la característica, por humana, abarque toda vida religiosa) se vive más profundamente, más íntimamente. Precisamente, no hace mucho tiempo, un buen tratadista católico de estas materias, el Padre Guibert, señalaba entre otras características la espiritualidad contemporánea, el ansia de "plenitud en la realización de la vida sobrenatural". Pero la religión cristiana de suyo ha sido siempre una invitación a la intimidad, a ser vivida desde todo el hombre. Precisamente es este el sello que imprimió el cristianismo al pensamiento clásico, el de la interioridad con su ciencia de salvación y el obrar consciente del individuo íntimamente responsable, el Divino Maestro se lo dijo a sus discípulos: "Mi reino está *dentro* de vosotros". Nos invita a buscar en nuestro interior, donde, por otra parte, florece la hermosa realidad cristiana de la presencia divina natural y sobrenaturalmente, tal como se lo enseñó San Pablo a los de Atenas dando valor divino a las palabras de uno de los poetas; en fin, la mansión y permanencia de la Santísima Trinidad en el alma en gracia, según la promesa de Jesucristo, hermoso motivo para que Santa Teresa de Jesús fuera, alrededor de El, bordando con manos sutiles y angélicas el divino poema de sus Mora-



das. Por eso los hombres que han vivido plenamente el Cristianismo; en una palabra, los Santos, los místicos, los que según Bergson han llegado a establecer contacto (consciente) a coincidir con el "*elan vital*", es decir, con Dios —¡toques divinos sustanciales de San Juan de la Cruz!— son los que realmente se han adelantado a todo tiempo en adoptar una actitud espiritual íntegra y perfecta. En este sentido, los místicos de todas las épocas habían llegado hasta el fin. Por algo la religión toca a la dimensión más profunda del ser y lo abarca todo. No diría lo mismo de los cristianos en general —sin incurrir en la hipérbole y exageración de Berdiaeff de la "indignidad de los cristianos"— ni aun siquiera de los teólogos y de los que se han dado en llamar filósofos cristianos, en cuanto el cristiano califica al filósofo no al hombre, los cuales —me atrevo a decirlo— han seguido en esto el ritmo de los tiempos, y tal vez en general —yo así lo creo— con retraso. Tal vez por esto, porque los místicos vivían una actitud espiritual bien distinta de la suya, no se entendieron bien con los teólogos escolásticos. Mientras éstos, satisfechos de su saber racional, no daban apenas importancia al místico, y hasta le miraban con recelo, el místico, seguro de la realidad vivida, con la seguridad que le daba la plenitud de la experiencia interior, se reía y tenía en poco las vanas cavilaciones, hartas veces vacías y sin sentido, de los escolásticos. ¿Qué se nos da del género y de las especies de los lógicos? dirá Tomás de Kempis, y también: más vale sentir la devoción que saber definirla. Por eso los místicos han tenido siempre más parentesco con otras escue-



las filosóficas distintas de la escolástica. A través de la mística se ha filtrado siempre, como soterraña corriente de linfas delgadas, el espíritu agustiniano y platónico. El místico cuando se expresa con la ingenua espontaneidad de su experiencia interior, lo hace siempre con una cierta afinidad platónica. Santa Teresa de Jesús es buen ejemplo. Toda la estructura interior de sus Moradas, tan claras y luminosas, es un recuerdo del espíritu y mentalidad de San Agustín (no quiero excluir el influjo de su lectura sobre todo de sus Confesiones) en su doctrina de la *verdad interior* y del *ad te ipsum* redi". El mismo lema teresiano, un poco conceptista, como correspondía a su época, revela un parentesco agustiniano y es eco dulce y fuerte de su voz arcangélica: "Búscate en mí y me hallarás en tí". No diría lo mismo de San Juan de la Cruz atado tantas veces en la expresión de sus vuelos místicos por la férrea malla de la sistematización escolástica (válgame por ejemplo su "Subida al monte Carmelo"). También sabe romperla algunas veces. Pero en fin, queden estos sabrosos temas para mejor coyuntura, si alguna vez se ofrece. Esta vez sólo quise, bastante a la ligera sin el estudio serio de una meditación, decir que alborea ya una era nueva, era de plenitud vital que se caracteriza, a mi juicio, por el tono místico. Lo que no puede dudarse es que el alma humana, que se iba tornando estéril, reverdece ahora y empieza a henchirse de una abundante fecundidad. Yo espero que aún más que promesas nos dará frutos.



# N O T A S

(1) Esta palabra deshumanización tiene, además, un doble sentido que no podemos anatematizar, y quiero consignarlo aquí para ser justo. Deshumanización es también noble afán de verdad, ansia de *lo en sí*, de lo absoluto. Deshumanización supone un proceso de accesis, de purificación de lo subjetivo en nuestro conocimiento de lo real. Hoy ya no podemos ser realistas ingenuos; no podemos llevar nuestra filosofía y aun nuestra psicología, nuestro tono y matiz subjetivos a los objetos, tiéndolos de nuestro yo. Se da aquí también la paradoja. Los que creen ser objetivistas a ultranza porque dan fe, a cierra ojos, a nuestro conocimiento inmediato de las cosas, resultan subjetivistas inconscientes, pues lo que conocen, no son las cosas, como ellos creen, sino su yo en las cosas. Y al revés, los que parecen subjetivistas porque quisieran mirar las cosas desde su yo puro y esquemático, para no falsearlas con los propios colores, son objetivistas sin duda, y los únicos que pueden gloriarse de haber captado o, por lo menos, de haber hecho lo posible por captar la cosa en sí. Es hora ya de estar escarmentados, y de creer que también aquí rige lo de la "desnudez de espíritu" de San Juan de la Cruz para poder unirnos con la verdad, y aquello de Jesús: "El que quiera seguirme (seguir la verdad) que se niegue a sí mismo". También la filosofía hay que hacerla *en espíritu* y *en verdad* y no *en sentido* y *en apariencia* sólo. No quiero negar, sin embargo,



otra verdad: que las cosas tenemos que conocerlas y vivirlas en función de nuestro yo. Pero entendámonos, de no yo auténtico.

(2) Yo bien sé que esta doctrina la desecha el racionalista y más aún el idealista de última hora, los cuales nos pondrán enseguida ante los ojos el gran escándalo de la distinción entre *naturaleza* y *espiritu*. Pero pese a su puritanismo filosófico, sabemos ya a qué atenernos respecto de esto. Hoy, no sólo está justificada esta posición, como lo estuvo siempre, desde un punto de vista real, sino desde un punto de vista crítico, es decir de nuestro saber. La fenomenología, como método filosófico, nos ha traído, entre otras cosas, esta ventaja apreciable: la de poder hacer con rigor un examen de nuestro pensar y poder deducir de él la transcendencia del objeto. Da verdadera congoja, a estas alturas, oír exponer en cátedras graves universitarias —escribo desde Roma y materialmente desde las aulas de Gentile, Carabellese, Fano, etcétera— esta filosofía caética, verdadera ¡aula del espíritu!, pero ¡aula estrecha y sin respiraderos!

(3) Traer aquí unas palabras de Santa Teresa de Jesús al P. Rodrigo Alvarez, no estará demás: "Paréceme que el alma y el espíritu debe ser una cosa; sino que como un fuego que si es grande y ha estado disponiéndose para arder, así el alma de la disposición que tiene con Dios, como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama que llega a lo alto aunque tan fuego es como el otro que está en lo bajo, y no porque esta llama suba, deja de quedar el fuego. Así acá en el alma, parece que produce de sí una cosa tan de presto y tan delicada que sube a la parte superior y va donde el Señor quiere. que no se puede declarar más y parece vuelo, que yo no sé otra cosa como compararlo". Dejamos estas palabras para meditación de los inteligentes. Nos darían ocasión a un glosa fácil y fecunda, pero lo que vamos escribiendo son notas y no una tesis.

(4) Permítasenos de nuevo copiar unas hermosas palabras de



Santa Teresa, en su "Castillo interior". Mor. I cap. I: "Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate: porque si este castillo es el ánima, claro es que no hay para qué entrar, pues si es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan y que no se les da nada entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es". ¡A qué lindas reflexiones incitan estas palabras deliciosas de nuestra Santa incomparable! Tal vez digamos algo después y si no, el lector vaya poco a poco tejiendo su bello poema de verdad nueva y encantadora sobre estos pensamientos angélicos en los que nosotros vamos, aunque algo inconexamente apuntando...

(5) Hubo un período de la historia, bien semejante al nuestro en muchos puntos en que pareció que el fruto humano iba a lograrse en plena madurez —el humanismo— pero luego se torció el curso de aquella hermosa corriente y se malogró para la verdadera cultura. Sin embargo, no por eso se perdió toda la cosecha, sobre todo en España donde por razones especiales fué mejor dirigido el movimiento. Fué también la época del florecimiento místico. Pero entonces todavía no tenían la experiencia de los siglos posteriores, y era para ellos una tentación, lo que hoy, para nosotros es ya una lección sabida.



Santa Teresa, en su "Castillo interior", Mor. I. cap. I. "Pues tornando a nuestro hermano y delicioso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate, porque si este castillo es el alma, claro es que no hay para qué entrar, pues si es el mismo, como pareciera desearlo decir, ¿uno que entrase en una pieza estando ya dentro? Mas habéis de entender que es mucho de estar a estar, que hay muchas almas que se están en la torre del castillo, que es adonde están los que se guardan, y que no se les da nada entrar dentro, ni saben que hay en aquel tan precioso lugar, ni por qué está dentro, ni que qué pieza tiene. Ya habéis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí, pues es su mismo es. ¿A qué tantas reflexiones incitan estas palabras deliciosas de nuestra Santa incomparable? Tal vez digamos algo después, y si no, el lector verá poco a poco refiriendo su bello poema de verdad nueva y encantadora sobre estos pensamientos angelicales en los que nosotros vamos, aunque algo inconscientemente apunando.

(2) Hubo un período de la historia, bien sepas que el nuestro es un período en que parece que el alma humana iba a lograse en plena madurez — el humanismo — pero luego se torció el curso de aquella hermosa corriente y se malogró para la verdadera cultura. Sin embargo, no por eso se perdió toda la cosecha sobre todo en España, donde por razones especiales fue mejor dirigido el movimiento. Fue también la época del florecimiento místico. Pero entonces todavía no tenía la experiencia de los siglos posteriores, y era para ellos una tentación. Lo que hoy para nosotros es ya una lección sabida, y que hoy



# POESIA

por  
MANUEL DÍEZ CRISTÓ



POESIA



# DOLOR DE PRIMAVERA

por

MANVEL DIEZ CRESPO

CIELO azulado y trémulo magado,  
Que resalta entre nubes y sollos rubios,  
Aquí la tierra se resquebraja y cae,  
Todo el clamor de sus profundidades.

Qué transparencia de los siglos misterios  
Hasta de la inocencia allí troncha el  
Qué primor de arácnidos los Grevé,  
En la boca sangra: el mundo se desmorona.

Caído sobre el silencio se desliza,  
Todo un amor tembloroso y regado,  
El tiempo se correa, se effa y effa  
Pero silencia eterno aquí aferrado.



DOLOR DE PRIMAVERA

por

MANUEL DIEZ CRISTO



# MUERTE

**C**IELO tranquilo y muerte recogida,  
 Que resalta entre nubes y entre sueños.  
 Aquí la tierra se remueve y canta  
 Todo el clamor de sus profundidades.

¡Qué transparencia de los siglos muertos  
 Brota de la inocencia allí tronchada!  
 ¡Qué primor de nostalgia los eleva!  
 Es la hora exacta: el mundo se detiene.

Cuando sobre el silencio se desploma  
 Todo un amor inmenso y regalado,  
 El tiempo es corazón, el alba es llanto:  
 Puro misterio eterno aquí ofrecido.



*Vaso de Dios que, en sangre merecida,  
Colmó de paz el alborozo intenso  
Que, entre los velos de su mano, oculta.  
Estos ojos —abiertos dan la calma*

*De una lucha lejana y sin presente—  
Son el fondo del mar, del mar que acecha  
Un destino sin sombras en el viento.  
Son el espejo cuyo fuego cruzan*

*Dardos de soledad bien impulsados  
Por un tierno mirar sereno y dulce  
Que esperan el mármol entre lirios ciegos  
Parpadeando entre un rumor de tumbas...*

*Cuajada eternidad posa en las frentes  
De los heroicos mártires dolidos.  
Nieve corona el cielo de sus ojos.  
El manto negro que descuelga el aire*

*Acaricia sus cuerpos ya dormidos.  
Entre pinos están. La luz refleja  
Como un juego amoroso en la espesura,  
El amanecer que los invade.*

*Seco está el sol de llanto generoso.  
Mudos están de tanto sentimiento  
Los espacios que, en trance de tristeza,  
Rompen por la morada en que no hay lloro.*



*Las aguas llegan mudas, conteniendo  
El torrente que inicia la alborada,  
Para salvar la llama que aún padece  
El ansia de ser fuego en la alegría.*

*¡Despertad más allá de este abandono!  
Este es el sueño de los contenidos  
En Afán de un ejemplo no alcanzado.  
Este es el sueño nuevo. Es el milagro*

*Que no borra la sangre. Es el suspiro  
De un cauce de fantasmas que deliran,  
Y que convierte en carne su belleza  
Más allá del silencio y la aventura.*

*Esta sonrisa que dejáis en tierra,  
Tapada por el polvo y por la ira  
Como un puente de hermanos invisibles,  
Es la verdad de siempre. Es lo que sois:*

*Alma de tantos siglos reclinada  
Sobre el fuerte dolor que desfallece  
Por el peso de un mundo que aproxima  
El pensamiento de la gloria al suelo.*

*Allí, donde la muerte es conocida  
Sólo por el lamento de una duda,  
Tendréis el alma clara en la sonrisa  
Que dejasteis aquí. Tendréis el nombre*



*Que pusieron las olas en el cielo,  
Esperando ser carne eternamente  
Cuando la sangre cuaja en infinito.  
Volveréis a escapar de la luz fría*

*Yerta en el mundo que ahogó los soles,  
Por la gracia rendida de un tesoro  
Sediento del rocío que bañase  
Siquiera el pié de su presencia oscura.*

*Sólo los ojos de los que —arrojados  
Sobre la tierra alzada a las tinieblas—  
Crujieron del tallo de sus almas  
La fragante columna de su sangre,*

*Despejaron de sí la niebla dura  
Que rinde al cuerpo su tributo mudo,  
Dientes y huesos, corazón de tierra,  
Que revuelven sus voces contra el viento*

*Ciegos están. Muerden las losas  
Sobre la yerba y el gusano inerte  
Que festonea el alba con sus luces  
De amarillo color. Pálido sueño*

*Sobre el incienso del ciprés perenne  
Cubre vuestro reposo despejado.  
El mundo es el latido de una muerte.  
Sólo una voz: ¡vuestro silencio abierto!*



*La belleza es camino de rosales  
En tanto la virtud cumple sus deudas,  
Con el amor que sacia el sacrificio  
En la clemencia ardiente que os ignora.*

*¡Despertad, despertad: la Nada os desconoce!  
El origen del mundo escucha y clama.  
Sois ya la eternidad. Fuisteis el grito  
Profundo y ágil que enlazó los sueños*

*De la carne y el Angel. Suavemente,  
En la antecámara divina cantan  
Las voces que ahogaron las trincheras,  
Consumiendo ya el Pan. ¡Esta es tu Forma!*

*Y el aire hincha su perfil sagrado,  
Resplandeciente en el Misterio nuevo  
Que rompen lenguas que alcanzaron glorias,  
Firmes en coro, sepultando infiernos.*



## P A Z

*A* HORA empieza a sentirse la congoja,  
Entre ramos de olivo y alabanzas.  
Ahora empieza la lluvia a sacudirnos  
Todo el humo de pólvora y de peste

Ahora calla el reló. Calla el misterio.  
Todo bien claro está sobre la bruma  
El cañón en la casa. En los jardines  
Agua ciega sin fondo y sin reflejo.

Pero gris está el alma. ¿Y los abrazos?  
En el aire quedaron suspendidos  
Esperando volver. Solemnemente,  
Limitaron de adioses los espacios



*Con una calma universal y alegre,  
Prometiendo de flores entreabiertas  
Ceñir la aurora en una chispa sabia.  
Volver de luz en una despedida*

*Al universo que aplastado había  
Un beso de ceniza entre paisajes,  
Y la sangre de todos los planetas  
Buscaba a Dios: ¡la única Presencia!*

*Un amor se perdía en el sosiego,  
Tan dulce en la muy clara despedida,  
Que del cielo sacó la triste duda  
De un descontento virginal, callado.*

*Un árbol de aire son los ojos suyos.  
En la tierra se sienten sus miradas,  
Fijas de espanto entre serpientes frías.  
Hojas impuras sin los dones nuestros,*

*Caen hediondas, sobre dientes secos  
Que resbalan en carne amortajada.  
El ultraje ya fué. Se hizo memoria  
El límite del cuerpo es una fosa,*

*Y la verdad, el sueño de una mano  
Abierta como un mar, sobre los labios  
De una sombra estrellada de nostalgias...  
Así, dulces amigos del invierno,*



*Nos dejasteis sin voz por un instante.  
Volved sobre el acero de la luna  
A conquistar lágrimas robadas,  
Las murallas sin eco, las espigas*

*Que el tanque ruso en su fulgor sombrío  
Segó para la muerte:: red de ausencias.  
Venid para guardar. ¡Aquí os lloran!  
Los hombres conquistaron la miseria*

*Entre rosas que anidan un secreto.  
Venid para llorar. ¡Aquí os cantan!  
Los muros entre piedras calcinadas  
Gimen la libertad de sus colores.*

*¡La tierra ya se ahoga entre la sangre!  
Quiere más cuerpos. Quiere cuerpos nuevos,  
O dormir sobre hiel, amenazada  
Por el olvido en que ocultó sus horas.*

*Mirad cómo un semblante de sosiego  
Corta la luz amanecida apenas,  
En brazos de un crepúsculo dormido  
Sobre la tierra que abrazó pecando.*

*Ahora veis claro. Ya el fragor no existe.  
El crimen agradece la inconsciencia.  
El humo es gloria y la ceniza es viento.  
Nada ha de ser el beso agonizante*



*Que descubra en la paz la nada incierta.  
Reconcentrada en su perfecto tacto,  
Suevamente descubre la delicia  
Del mundo que aún remoto en la ignorancia*

*Descubre ya su suerte. La costumbre  
Discurre aprisionada entre nosotros.  
Ha soñado entre sueños que una era  
Que consumió el ardor de un paraíso,*

*Modelando en la niebla sus confines,  
Ordenó sus pecados en la ruina.  
Pero la tarde y la verdad se alegran.  
El sueño a veces resucita al Tiempo.*

*¡Oh qué dulce tragedia concebida  
Entre labios eternos y raíces  
De sol acumulado en corazones!  
La sorpresa del viento fué la llama.*

*Lo esperado por Dios fué la ceniza.  
Las esperanzas de los hombres fueron  
Sentir en la mañana de una vida  
Nacer, ¡oh flor de voces!, la elocuencia*

*De un murmullo de bocas sin saliva  
Oponiendo al silencio de la muerte,  
El griterío alado de unas sombras:  
La soledad de una altitud perenne.*



*Yo he visto en el Señor, crujir las losas  
De una reciente madrugada fría,  
Y derramar la sangre como el vino  
De una consagración. Ver elevarse*

*Todas las manos, que la tierra amaba,  
En una invocación de sacrificio,  
Sobre una mesa ardiente de amapolas  
Que hizo paño de altar su superficie.*

*Todo se ha consumado. ¡Hay que pensar!  
Que lloren los placeres su impureza.  
Que las rosas mediten su agonía.  
Que la sangre sacuda sus lamentos.*

*No lloréis lo perdido. ¡Esto es paz!  
El silencio nos cubre los despojos  
Sobre el fondo esencial que nos redime:  
Es la nostalgia la que en pié, renueva.*



# TRIVNFO

**E**SCUCHA: *Ya los astros se detienen.*

*El universo queda en nuestra mano.*

*El rumbo de las olas queda unido*

*A la resurrección de lo inminente.*

*Tanta nobleza en plumas nos absorbe,*

*Y ensanchando el espacio, nos redime.*

*Hay sol en la verdad. Dios nos convierte*

*En rayos que fulminan la impureza,*

*Y junto al mar la inmensidad contempla*

*Sobre la onda clara y el asombro,*

*El destino del cielo que nos sueña:*

*¡La sangre asiste a la señal del Tiempo!*



*La lucha fué. No hay sombras. El destierro  
Salta por entre llamas inocentes.  
El rostro desatado de la fiebre  
Por los arroyos muertos se desborda.*

*Toda la sed agonizó en la aurora  
Del agua en que se nutre la firmeza.  
¡Aquí estamos! El gozo nos contempla,  
Y sacia ya en un orden su reposo.*

*Los Nombres van poniendo sobre piedra  
Tanto laurel, si fuera de la muerte,  
Tan de lleno en la gloria que sostienen.  
Porque a ciegas la luz de los que fueron*

*Va iluminando todo eternamente  
Entre el milagro de un afán perfecto,  
Y renuevan los años con sus voces  
Sobre la sombra virgen en que yacen.*

*¡Alegráos! Los muertos son la yerba  
De este prado de sueño en que florecen  
Las columnas de llanto y sacrificio.  
La guerra fué el arado que en su marcha*

*Cortó la piel de las entrañas necias  
Para extraer la baba y el antojo  
Del candor y del mal que consumían.  
La tierra es dulce en ansia renovada.*



*El hombre es la mañana de las cosas.  
Hay un supremo resplandor de vida  
En la voz clara del oficio humano.  
Todo vibra en el tono de un anhelo*

*Que flota sobre un río de campanas  
Que se desliza por las almas nuevas.  
Así es nuestra sangre ya filtrada  
Por la tierra que afirman tantos huesos.*

*Así es la memoria de aquel templo,  
Que perdonando ardió sobre la Grecia.  
Así es el sudor de unas razones  
Que esparcieron sus venas por el viento*

*Antes de ser cortados por el aire  
Que ignoró en su delirio una Presencia.  
Por eso el cáliz se ocultó en la noche  
Mientras el sol brotaba de su seno,*

*Y Cristo, errante por su sombra muda,  
Veló el vacío con su triste llaga  
Por los olivos blancos del ayuno.  
Pero ahora se toca con las manos*

*La atmósfera lejana de un olvido.  
La sangre sacudida forma un cielo  
Con la azucena, la amistad, la espuma.  
Más allá del silencio se prepara*



*Algo que ayer buscamos por la arena:  
El corazón siempre ha aparecido.  
¡Aleluya! Los Angeles se inflaman  
Sobre las plumas de un temblor alado,*

*Y confirman estrellas casi humanas  
En la espalda infinita de sus cuerpos.  
En enlace del tiempo con la aurora  
Hace al Amor que tome su figura:*

*Que nadie quede en la ribera fría  
Donde pactó la sombra con la niebla.  
Que nadie pise el fango de las charcas  
Donde el horror sació su desventura.*

*Dolor de primavera fué la muerte  
Dando a luz la sorpresa de una vida,  
La pulsación ardiente de unas venas  
Que dan salud al cuerpo amanecido.*

*Arcos y flechas cumplen su destino.  
Hacia el sol se aproximan: es la meta.  
Mientras, las aguas duermen en rebaño  
Con la armonía de su piel de césped...*

*¿Cuántos destinos hay? Es la pregunta.  
Sabed que el universo hoy ha girado,  
Y la mano del hombre es transparente.  
Sabedlo bien, la Cruz cayó a esta parte.*



*La Cruz es mucho peso cuando vibra  
sobre el aliento humano que la anhela.  
Y las arañas tejen mientras tanto  
Espejo de luz falsa en las conciencias.*

*Se triunfa sólo en Dios, no en el demonio.  
Cantemos al Señor sobre el incienso  
De una Patria que ensalza su armonía  
Con los acordes de lo eterno en ruinas,*

*Y recuerda su llanto entre los mares  
Chocando con la espuma de los muertos.  
Yo sé ya de una Nave cuyas velas  
En blanco lino nos envuelven:*

*¡Salve!*



La Cruz es mucho peso cuando nubes  
sobre el viento levantan que la envuelven  
Y las nubes se ven muchas tanto  
Espejo de las cosas en las concurrencias

Se muestra sólo en Dios, no en el demonio.  
Contra el viento sobre el viento  
De una Patria que cambia en armonía  
Con los recuerdos de lo eterno en ruinas

Y recuerda su llanto entre las nubes  
Chocando con la espuma de los puertos.  
Yo sé ya de una nave cruzar velas  
En blanco lino nos envuelven  
¡Sabid!

Quiero alzar el vuelo  
Donde sea el viento el que me lleve  
En la purpura del viento  
Que las cosas se vean en el viento

Arriba y abajo  
Hacia el sol y hacia el viento  
Alentando la vida en el viento  
Con la armonía de la vida en el viento

Quiero alzar el vuelo  
Donde sea el viento el que me lleve  
En la purpura del viento  
Que las cosas se vean en el viento



# TEXTOS



TEXTOS



DISCURSO DE LA VNIDAD  
EN EL  
HEROISMO DE ESPAÑA  
POR EL GENERALISIMO FRANCO



DISCURSO DE LA UNIDAD  
EN EL  
HEROISMO DE ESPAÑA  
POR EL GENERALÍSIMO FRANCO



# DISCURSO

## ESPAÑOLES:

**H**OY hace un año que junto a las viejas piedras de Salamanca, sede guerrera de mi Cuartel General, os dirigí yo la palabra con motivo del decreto de unificación, que fundió en una unidad política nacional los valores, hasta entonces disgregados, de nuestro Movimiento:

Hoy vengo otra vez a ponerme en público contacto con vosotros, desde estas tierras de Aragón, columna fundamental de la fe y de la Patria.

El pueblo, con su fino instinto, acogió con aplauso aquella medida, comprendiendo lo que significaba para España el dar unidad a la substancialmente común inquietud de tantos españoles que podía, de otra manera, desviarse y frustrarse, si



no se encauzaba, evitando la dispersión individualista a que nuestro carácter es tan propenso. La guerra no se hubiera podido ganar sin una unidad disciplinada.

Ante Dios y ante la nación española decidimos —entonces— dar cima a esta obra unificadora, en aquel momento en que el enemigo, impotente contra la fortaleza y la unidad de nuestros combatientes en el frente, derrotadas las brigadas internacionales con su acopio de tanques y su abundancia de material guerrero de todas clases, puso sus miras en nuestra retaguardia, y consiguió el atrevido intento de dividirla como último recurso de salvación. Al efecto, envió consignas a nuestra zona, sacó de las cárceles a precio de traición algunos de los presos que allí encerraba, permitiéndoles la evasión a nuestro campo con el compromiso de agitar esta retaguardia. Consecuencia de ello fué que se multiplicaron los esfuerzos para filtrarse en los cuadros de nuestras organizaciones: se intentó sembrar la rivalidad y la división de nuestras filas; se dieron órdenes secretas para producir en ellas laxitud y cansancio. Se intentó minar el prestigio de nuestras más altas Jerarquías explotando pequeñas miserias y ambiciones.

A todo ello había que oponer con decisión la unión política, estrecha y fraterna, de la España mejor. Así lo hicimos. Y la guerra del Norte fué acabada con nuestra victoria, y ella produjo, como consecuencia, podernos emplear en la gran batalla de Teruel y luego en la del Ebro, y más tarde, en el avance al Segre, y ahora, finalmente, en la salida al mar.



**J**UNTO a esta ingente labor de guerra, hemos proseguído nuestras tareas de política interior, promulgando los Estatutos del Partido y constituyendo sus órganos nacionales: el Consejo y la Junta política; estableciendo el Gobierno de la Nación y la ordenación de los poderes del Estado; reincorporando Vizcaya, Guipúzcoa y Cataluña al régimen administrativo común. En el orden económico, hemos mantenido los precios y realizado una enérgica y activa campaña para la defensa del patrimonio minero nacional.

Al campo español llevamos la Ordenación del Trigo y del Maíz y la concesión de moratoria de deudas a los agricultores. En materia de protección social se estableció la condonación de alquileres, el Servicio Social de la Mujer, el servicio de la reincorporación del trabajo para los excombatientes, el benemérito Cuerpo de Mutilados y el Fuero del Trabajo. En el orden católico se acordó la derogación de la ley de matrimonio civil y la suspensión de la de divorcio. En lo que a la cultura y al estilo se refiere, establecimos el Instituto de España, con la reorganización de las Reales Academias. Instituímos la Orden Imperial de las Flechas Rojas, como máximo galardón al mérito nacional y como hemos de instituir la misma distinción para el mérito científico, la Orden de Alfonso X el Sabio, Rey de Castilla. Finalmente, con el Yugo y las Flechas, la heráldica de los Reyes Católicos ha sido restablecida como Escudo de España.



**A** la obra calumniosa que nuestros enemigos lograban, arrojando millones y millones a la voracidad de la prensa mundial, opusimos nosotros la realidad de nuestras victorias, la honestidad de nuestra propaganda y el tono austero y ejemplar del Gobierno de España. Así, con paso firme y altivo desprecio a la mentira, hemos ido haciendo luz en el ambiente de Europa.

No abrigamos sentimiento de enemistad hacia otras naciones: luchamos sólo por nuestra civilización, nuestra independencia y nuestra grandeza.

Al hablar otras veces, a España y al Mundo, de nuestra guerra, lo hice siempre con fe segura de nuestro triunfo: la fe que a mí nunca me faltó; pero ahora ya no es sólo la fe, son los hechos ciertos y tangibles. Hemos ganado la guerra; la tiene perdida, irremisiblemente, el enemigo. Ya de nada le sirven las ayudas que le prestan, como no sea para derramar estérilmente más sangre, muchas veces inocente, que a esos sus colaboradores no les duele, porque para ellos es cosa ajena; pero a nosotros sí nos duele, porque para nosotros es cosa propia. Sépanlo quienes aún ayudan a nuestros adversarios, pues con ello sólo pueden conseguir prolongar, muy poco, la guerra, a aquel precio tan caro de nuestra sangre, y queden con ello advertidos que cada paso que den en ese camino es un obstáculo que levantan en el de nuestras futuras relaciones, y que la buena voluntad de los gobernantes, para cerrar el abismo que se abra, puede mañana, estrellarse contra el sentimiento de justa indignación de los que dieron su sangre y lucharon en esta santa guerra.



**S**EPANLO también, en su egoísta frialdad, esas democracias cristianas (menos cristianas que democracias) que, infectadas de un liberalismo destructor, no aciertan a comprender esta página sublime de la persecución religiosa española, que, con sus millares de mártires, es la más gloriosa de las que haya padecido la Iglesia; y cierran ya de una vez sus oídos a la estupidez y a la infamia de los vascos herejes.

Ni una abjuración, ni una apostasía, ni una frase de rencor. Sólo perdón generoso tuvieron ante la muerte, y escribieron páginas indescriptibles de heroísmo y de virtud aquellos santos prelados, sacerdotes y seglares, hermanos nuestros en la fe de Cristo, que aceptaron serenos el más brutal de los martirios, pidiendo a Dios por sus verdugos.

Proclamamos al mundo nuestra verdad, y éste no quiso o no pudo oírla, apagadas nuestras voces por el rugido feroz e inhumano de los Frentes Populares, de los agentes comunistas y de los ofuscados demócratas, que han ayudado a los rojos de España, no tanto por amor a su causa, cuanto por odio a nuestro pueblo. Frente a nuestras verdades de la guerra y a la verdad de nuestra política social y de nuestra justicia, prevalecieron las falsas apelaciones a la democracia y los toques a rebato de los internacionales.

No creemos nosotros en el régimen democrático liberal, y son gravísimos los daños que a España ha acarreado. Pero no cometeré nunca la injusticia de identificar con el que han practicado las pandillas de criminales y saltea-



dores que vienen presidiendo los destinos de la España roja. Lo hemos prevenido y una última vez lo repetimos hoy a los países democráticos, para que un día no se llamen a engaño.

**E**N España el régimen liberal feneció apenas nacido, con anterioridad a nuestro glorioso Alzamiento, y de él no quedaban ni despojos. La quema de los conventos, conocida doce horas antes por el ministro de la Gobernación, fué de ello prueba, y su epitafio, aquella frase incivil de "que ningún templo valía por la vida de un republicano". En la España roja no se ha practicado nunca el régimen constitucional, elaborado por un injerto de ilusos y malvados. Conculcado siempre, muere definitivamente aquella madrugada triste en que un sedicente Gobierno, constituyéndose en brazo ejecutor de la masonería, fraguó y llevó a cabo, por medio de sus agentes, el vil asesinato del jefe de la oposición parlamentaria y gran patricio: José Calvo Sotelo.

Después... lo que todos sabéis de modo tan abrumador que ya no podéis alegar ignorancia. El asesinato de casi todos los diputados de la oposición, el asalto al domicilio privado, industrias, comercios y Bancos. Más de cuatrocientos mil asesinatos cometidos por el solo hecho de que las víctimas creían en Dios y en la Patria, estimulados casi siempre, ejecutados algunas veces por los mismos hombres del Gobierno rojo: los tribunales de salud pública, las checas oficiales y particulares, donde se perpetraron bárbaros martirios; el asesinato en masa



de los presos indefensos, la destrucción total de los templos, la ausencia absoluta de toda norma jurídica y moral, de toda ley, de todo derecho.

**Y**a vosotros, enemigos de España, que todavía sacrificáis vida y esfuerzo en una resistencia doblemente criminal en su esterilidad, parece innecesario que os diga, porque bien lo sabéis, que estáis vencidos. Hora es ya de que las masas que tenéis tiranizadas sepan que la prolongación de esa resistencia absurda, sólo se explica porque la empleáis en la mejor preparación de vuestra huída. Pero ¡sabedlo! cada día que pase, cada vida más que sacrificuéis, cada crimen que cometáis, es una nueva acusación para el día que comparezcáis ante nuestra Justicia, que, generosa hasta el perdón, ofrecemos a cuantos engañados o equivocados, habéis arrastrado a la lucha; pero que será inflexible para los que criminalmente empleáis la sangre y la bravura de nuestra juventud en el camino torpe de la destrucción de España.

**N**OSOTROS, en esta hora, tenemos ya puesta nuestra atención en los días, también febriles y heroicos, de la reconstrucción de la Patria, de la restauración de su grandeza, que es el objetivo y fin último de la guerra. Nos esperan para ello largas jornadas en las que otra vez el sacrificio pondrá a prueba el temple heroico y el genio creador de esta raza.



El Estado abordará los grandes problemas que el sacrificio realizado en la guerra exige: la consolidación de nuestro potente Ejército de Tierra, Mar y Aire, de las industrias indispensables a la guerra.

La realización de la gran obra social, proporcionando a nuestras clases medias y trabajadoras condiciones de vida más humanas y justas.

Resolución de los múltiples problemas que nuestra industria tiene planteados para su resurgimiento.

Ordenación de la obra cultural, con el mejoramiento intelectual, moral y físico de nuestras juventudes.

Realización de la reforma económica y social de la tierra.

Restauración de nuestra Marina mercante y de nuestra flota pesquera; los grandes planes de obras públicas.

Mejora de vivienda y realización de la gran obra sanitaria nacional.

Atracción del Turismo, ordenación de la Prensa y, con todo ello, la reconquista de nuestro prestigio en el mundo.

Para acometer esta gran tarea que a todos haga dignos del esfuerzo de los caídos, el trabajo, el talento, el sacrificio y la virtud son instrumentos precisos. La grandeza y la unidad de España no se forjaron en la frivolidad y en el regalo.

**L**A vida cómoda, frívola, vacía, de años anteriores, ya no es posible. Ni han de tener cabida en nuestra España la murmuración y el despecho de las despreciables tertulias que presidieron, en casinos y en corrillos, el proceso



de nuestra decadencia, dedicada, en la cortedad de su horizonte intelectual y en la escasez de su solvencia, a la tarea demole-dora y antipatriótica de manchar la honra ajena y socavar los prestigios de personas e instituciones públicas.

Tengo sobre mis hombros la responsabilidad del destino de España, y si a golpes de victorias lo estoy arrancando de las manos de los rojos, nadie creará que haya de tolerar que esos viejos vicios puedan desviarlo del camino trazado. Espero, por ello, que cuantos no estén privados de inteligencia comprenderán fácilmente que me bastarían unos manotazos para pulverizar estos grupitos de inferior calidad nacional y humana. Los que aun no estén curados de los arrastres anteriores, de malos hábitos, de críticas irresponsables, y los sembradores de dudas que cantan a la juventud sus heroísmos y sus sacrificios, cuando ante la Patria no sacrifican nada, ni siquiera su vanidad, su ambición, ni las bastardas reservas de un temperamento rebelde, son los peores enemigos.

Son los que quieren llevar alarma al capital con el fantasma de unas reformas demagógicas, olvidando sin duda que lo que España conserva después de esta prueba lo deberá precisamente al esfuerzo de una juventud heroica.

**L**OS que hipócritamente mienten, hablando de la frialdad religiosa cuando los españoles, en el martirio y en el heroísmo, luchan por Dios y por la Patria. Los que, desconociendo y agraviando el espíritu de servicio na-



cional de los militares, quisieran desintegrarle de su hermandad con el pueblo, despertando en ellos afanes parciales. Los que intentan producir en el frente desvío hacia la retaguardia. Y ya llegado este tema, me pregunto ante vosotros: ¿Quiénes son los que componen la retaguardia? ¿No son acaso los que aquí curan y esperan heridos de la guerra? ¿No son los que aquí trabajan para conseguir el funcionamiento exacto de los servicios de guerra? ¿No son los padres, los hermanos, los hijos de los que combaten y de los que mueren en nuestros frentes, y de los que en la cautividad roja sufren dolores incomparables y rinden sus vidas y sus esperanzas en aras de nuestro ideal? ¿No constituyen todos ellos otro frente callado de abnegación, de trabajo y aun de ingratitudes, para apoyo y sostén de nuestra causa? Que en ella existan todavía algunas gentes parásitas o insensibles al dolor y al sacrificio de los otros, es inevitable; pero estad seguros que ellos serán en proporción cada vez menor y, en tanto existan, sólo desprecio merecen.

**L**OS españoles, en general, saben todos de las acciones heroicas, de las grandes victorias, de las ciudades y villas conquistadas, de millares de prisioneros y enorme botín de guerra; pero saben poco, generalmente, de las inquietudes y los desvelos para dotar y sostener el Ejército que la realiza, de los esfuerzos para ordenar y levantar nuestra economía, y nuestra vida civil, de las dificultades e ingratitu-



des de orden exterior, de las batallas diplomáticas y económicas, del enorme esfuerzo de nuestras industrias militares. Sí, españoles, la guerra, he dicho antes de ahora, que se ganó en el Norte, pero se gana también en nuestra retaguardia.

En las fábricas y en los despachos, donde el trabajo y la responsabilidad muchas veces abruman, en el taller y en la oficina, y también en los templos. De nada hubiera servido nuestros esfuerzos, si Dios no nos hubiera prodigado su ayuda. en todos los momentos, en forma tan evidente y tangible. Yo os aseguro que, cuando todo esto se analice, que cuando, al terminar la guerra, sea posible conocer los detalles de esta obra, a la admiración que las victoriosas jornadas produce se unirá esta otra por la obra de gobierno, que se realiza en horas difíciles de la vida de la nación.

**E**N la prueba más difícil de la Historia, España ha acreditado que son inagotables sus reservas espirituales y materiales. Nada ni nadie ha podido detener a la España unida en su marcha segura, al recobro de su ser y su destino. Por eso sus enemigos seculares no han de cejar en su intento de destruir la unidad, como lo hicieron aun después del decreto de unificación, especulando con el nombre glorioso de José Antonio, fundador y mártir de la Falange Española, como lo hicieron otras veces animando el despecho de los separatistas vascos vencidos, como intentarán hacerlo mañana con los catalanes en derrota, a quienes nosotros ganamos para



la fe común de España. Donde haya un descontento, donde haya una pasión, donde haya una ingerencia, allí cubiertos de hipocresía, trabajan contra nuestra España gloriosa sus enemigos.

Es la lucha desesperada de las fuerzas disgregadoras contra la coraza de nuestra unidad, que conduce por camino seguro a la grandeza y a la libertad de España.

Esto es lo que significa nuestro Decreto unificador, y por ello os digo en este día: los que en la España nacional no sientan la unidad, los que la sirvan tibiamente, y no digamos los que directa o indirectamente laboren contra ella, son servidores de nuestros enemigos, más eficaces que aquellos otros que en los frentes oponen noblemente las armas a las nuestras.

**C**ON la decisión, con la fe incommovible que ha presidido nuestras tareas de guerra, acometemos ya las grandes tareas de la paz. Esta es, españoles, nuestra revolución nacional, que espíritus mezquinos y rutinarios no saben o no quieren comprender. Pues bien: Yo lanzo desde aquí serenamente la consigna: "Revolución nacional española" y digo: ¿Es que un siglo de derrotas y de decadencias no exige, no impone, una revolución? Ciertamente que sí. Una revolución de sentido español que destruya un siglo de ignominias, que importaba doctrinas que habían de producir nuestra muerte: en el que, al amparo de la libertad, la igualdad y la fraternidad y de toda la tópica liberalesca, se quemaban



nuestras iglesias y se destruía nuestra historia, y mientras en nuestras calles, de ciudades y pueblos, la multitud, inconsciente y engañada, gritaba. ¡Viva la libertad!, se perdía un Imperio levantado por nuestros mayores en siglos de esfuerzo y heroísmo. Y mientras nuestros intelectuales especulaban en los salones con su pseudo-sabiduría enciclopedista, nuestro prestigio en el mundo sufría el más grande eclipse; en el que nuestros artesanos despreciaban la hermandad de nuestros gremios y todo el tesoro espiritual, que los ennoblece, de nuestra tradición.

Una revolución antiespañola y extranjerizada nos destruyó todo aquello. Otra revolución española genuina, recoge de nuestras gloriosas tradiciones cuanto tiene aplicación en el progreso de los tiempos, salvando los principios, las doctrinas de nuestros pensadores del tradicionalismo, de nuestras cabezas jóvenes de hoy, y da al mundo pruebas constantes de su capacidad creadora, como esta reciente y magnífica del Fuero del Trabajo.

Con fe honda y segura, repito, no con optimismo ruidoso y bullanguero, emprendemos estas tareas de la paz. Contamos con la ayuda de Dios, pero mucho hemos de poner todos de nuestra parte imbuídos de un religioso sentido del deber.

**H**AY que sustituir el viejo concepto de "la obligación", friamente llevado a las Constituciones demoliberales, por el más exacto y riguroso del "deber", que es servicio, abnegación y heroísmo, no impuesto por el imperio



coercitivo de la ley, sino acatado con la adhesión libre y voluntaria de la conciencia, cuando nuestros sentimientos están impregnados de las más puras esencias espirituales.

Imponían las Constituciones la "obligación" de defender la Patria con las armas. De nada nos habría servido ese precepto formalista en esta magna ocasión, si nuestra juventud, consciente conmigo de la anchura de la empresa que nos cabía el honor de realizar, no se hubiera entregado a ella con el alma henchida de espíritu y sacrificio y con el ímpetu que no se pone en el cumplimiento de los reglamentos, sino en las obras colectivas que pasan a la Historia el estigma sagrado de la virtud.

Ese sentido del deber ha de alcanzar a todos. Pero, como ejemplo, como modelo que pueda presentarse a la nueva generación, nada tan aleccionador como la conducta de nuestras "clases medias" tejido nervioso del organismo patrio, que calladamente, desde su mediocridad económica, nada han exigido nunca. Lo han dado todo siempre, en especial en esta hora en que sólo valores espirituales tenían que defender.

Ese sentido del deber ha de ser profesado de un modo singular por las clases altas, que son depositarias de la tradición y por los intelectuales con alma y pensamientos españoles, sin los cuales el movimiento carecería de rumbos doctrinales, y por los obreros, a quienes el proteccionismo del nuevo Estado impone compensaciones de disciplina y servicio.



**N**O queremos a España dominada por un solo grupo, sea éste o el otro, ni de los capitalistas ni de los proletarios. España es para todos los españoles que la quieren y la sirven en la disciplina política del Estado. Es de los que por su salvación cayeron aquí y allí; de las generaciones que forjaron su historia y ganaron sus glorias. Porque es de todos éstos, nadie puede llamarse a su exclusivo usufructo. Pecan y yerran por igual los que animan en torno de nuestra cruzada ansias restauradoras de privilegios y abusos; aquellos otros que, sólo preocupados por el aplauso fácil, quieren traer sonidos demagógicos. Yo, a este respecto, quiero recordar a las Juventudes de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, la honestidad de todos los discursos de José Antonio, aun habiéndose pronunciado en épocas en que la oposición al régimen de ignominia daba licitud a la licencia. Nuestro Movimiento restaura para todos, el orden de la Patria, y, en él y por él, quiere para todos los españoles el Pan y la Justicia.

Para esto, a todos los españoles ahora, al dejaros, os pido vuestro concurso y fío el éxito, singularmente en los que lucháis y en los que sufrís vuestros deberes por la Patria con la conciencia y el alma limpia. Aunque a muchos no os conozco, a todos os presiento y os envío mi gratitud.

**M**IS saludos a los que constituís la España triunfante, a los combatientes que en las trincheras y en los parapetos, en la tierra, en el aire y en el mar, lucháis victoriosamente, en las últimas jornadas de la reconquista, y mi



recuerdo también —y con el mío el vuestro— a la España cautiva y doliente. A los que viven en las cárceles y en las checas rojas y a los que allí llegaron, padeciendo por la Patria todos los sufrimientos.

A los Estados del Mundo que reconocieron nuestros derechos: Italia y Alemania, con Albania, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, la Santa Sede, el Japón. Manchukuo, Hungría y aquellos otros que, como el hermano Portugal, comprendieron y alentaron nuestra causa, expresamos en este día solemne nuestro reconocimiento.

A ellos, y a todos, repetimos, que nuestra lucha significa la salvación de Europa y que en ella aspiramos a vivir días largos de paz, de una paz compatible con el honor de nuestro nombre y la dignidad de nuestra Historia, que no puede extinguirse, porque son la base firme e inmovible de España.

Espanoles: ¡Arriba España! ¡Viva España!



# NOTAS



NOTA

El Ayuntamiento de Madrid ha acordado que se abra un concurso para la construcción de un edificio que sirva de sede a la Academia de Ciencias y Artes de Madrid. El edificio deberá ser de estilo neoclásico y tendrá que estar situado en el barrio de San Martín. El Ayuntamiento encargará a un arquitecto de su confianza el proyecto y la ejecución de las obras.

A fin de que el concurso sea de utilidad para el público, se ha acordado que se abra un libro de reclamaciones en el Ayuntamiento, en el que se podrán consignar los defectos que se observen en el servicio municipal. Este libro se abrirá en el mes de mayo de cada año y se cerrará en el mes de octubre. El Ayuntamiento se compromete a tomar las medidas necesarias para mejorar el servicio municipal en los puntos señalados.



# EL HOMBRE EN ROMA

por

*Armando Lodolini*

**E**UROPA descubre, otra vez, una nueva grandeza de Roma. Hasta ayer la universalidad y actualidad de Roma habían sido sintetizadas por el derecho, por el concepto de Estado, por la ética del trabajo aplicado al orden y al progreso del Imperio.

Hoy las revelaciones de Italia, la guerra de España, el mismo Nacional-socialismo, han revelado un elemento de Roma también más estable y eterno: el hombre.

El prodigio acaecido a uno de los más grandes entre los alemanes, Goethe, el cual partió romántico desde Gotinga y se hizo clásico en Roma, se verifica en cualquiera

Si a esto se agrega la Fe, el hombre se siente eterno solamente en Roma, porque aquí todos los emblemas y todas las pruebas del espíritu (las reliquias de los antiguos triunfos, las catacumbas, las iglesias, las obras levantadas por el pueblo de Mussolini) convergen, sin anularse y sin sobreponerse. Nace, de todo esto, un sentido particular sobre la importancia del hombre, porque se advierte, más que en cualquier otra parte, la presencia de Dios.

Las estatuas que coronan las basílicas monumentales de San Pe-



dro o de San Juan de Letrán, al mismo modo que los guerreros de aspecto tosco y bárbaro de los sarcófagos, se agitan en el espacio, vivos e inquietos. El mármol parece sentir el encuentro entre el alma romana y el alma cristiana. Más, el mármol romano (menos perfecto y fenecido que el mármol griego) muestra en su imperfección y en su intranquilidad la espera de algo que debe acaecer entre los hombres. Diferentemente del arte griego, que en su perfección entra enseguida en los reinos de la muerte, el arte romano celebra la vida con sus incertidumbres y su afán cotidiano. La superioridad de la eternidad del arte romano sobre cualquier otro, está allí: allí se forma la ecuación grandeza-belleza. Allí se pronuncia la Revelación: el Cristianismo es presentado, ante todo, por la manifestación más sublime del espíritu: el arte.

El ansia afanosa de los Romanos por una humanidad unificada, en que estaba su destino, se aplaca en el designio de Dios que elige a Roma para que allí puedan acordarse el orden social y la Fe, la ética y la religión.

En la más alta de las revelaciones humanas, el arte, lo incumplido y el tormento vuelven a encontrarse hasta en los períodos en que la universalidad de Roma se llama catolicidad. Basta pensar en el barroco. Chesterton creyó su deber defenderlo en su famoso libro "La resurrección de Roma", él que, como todo buen inglés, no podía sufrirlo. Pero el barroco no tiene necesidad de defensas. Expresa una fé que vive, que ansía subir, librarse, abrazar a toda la humanidad.

Resulta de esto el tormento, el esbozo, la separación, a veces, entre el espíritu y la materia incapaz de fijarlo. Los pueblos del Norte entienden mejor la religiosidad del gótico; pero el gótico es cosa acabada, fenecida, muerta. El barroco que triunfa en Roma, o en España, o en Viena, no puede ser entendido más que por los peregrinos de la in-



mortalidad; el barroco es espíritu, es universalidad, porque es el esfuerzo y hasta la aberración de los hombres.

Pero en el mundo no hay hombres; está el hombre.

El arte antiguo o nuevo nos enseña, entonces, que el protagonista de la historia romana es el hombre. El Hombre con la H mayúscula, porque es el hombre cualquiera, *quisque de populo*, la Humanidad. Por eso la historia de Roma está llena de hombres (y no se sabe dónde acaban los de barro y empiezan los de piedra) y es escasa de "héroes". Precisamente lo contrario sucede en Grecia, manifestación máxima, pero efímera, de la civilización. No nos dejemos ilusionar por la presencia de algunos gigantes: Escipión, César, Augusto, Trajano, Constantino, Juliano. Son pocos, poquísimos: y los lugares vacíos están malamente llenados por personajes de leyendas, si más antiguos; o personajes fabricados por el humor de los historiadores, si más recientes, como los pretendidos emperadores, locos y nefandos. En realidad el Imperio de Roma no es conquista de "héroes" o de gigantes, sino de una multitud de hombres que se había formado en la escuela del Estado Romano. El Estado no quería "grandes hombres" pero sí servidores convencidos del principio religioso de Roma y de la misión civilizadora de la Urbe. Son los magistrados, los gobernadores, los soldados, los marineros, los comerciantes, los colonos, los verdaderos autores del Imperio. He aquí por qué reconociéndolos en los bajorrelieves tumultuosos, nos parece asistir a escenas que nos pertenecen; he aquí por qué es tan vivo —hoy— en los Italianos el sentido de una patria romana.

Los Italianos saben que la Patria romana es la más antigua y la más joven de las Patrias. Como el hombre, ella, puede callar; puede parecer mortal; pero no hay sepulcro que pueda cerrarse sobre ella. Los Italianos saben que la Guerra europea ha sido vencida por uno de estos prodigiosos resurgimientos de Roma; que Roma se ha puesto otra



vez una vestidura imperial con el imperio salomónico y, sobre todo, con el espíritu de los Italianos de Mussolini; que Roma combate idea contra ideología.

Es la idea que resurgió con la Gran Guerra después de haber decaído Roma y haber ésta desempeñado por tantos años el papel de atracción turística y, la misma catolicidad, haber llegado a parecer anacronismo.

Mas de improviso, Roma resurge y vence. La idea universal de siempre, mayores agrupaciones nacionales, es aceptada por todos. Las unidades complejas que se forman en todas partes no son antiuniversales, sino preparan la universalidad que no es nada más que pureza, lógica justicia, de los elementos que deben componerla. Roma antigua, se hace verdaderamente universal cuando sus partes: Italia, España, Galia, Britania, Africa, Oriente, asumen o tienden a asumir una personalidad nacional. Eso es, cuando la humanidad prevalece sobre el genio de la conquista y sobre la fuerza de las armas que le ha dado origen.

Desde aquel día nació la historia de Europa; no de la mezcla de unas cuantas manadas de bárbaros. Aun sin las invasiones bárbaras (pobres gentes sin patria y sin meta), habrían surgido seguramente las actuales naciones europeas, genuinas herederas de Roma.

## II

Si se admite que Roma es obra de pueblo, es decir obra del espíritu, es preciso admitir la caída de las barreras del tiempo.

Es un error proyectar sobre nuestro sentido de la historia, el progreso mecánico; en realidad el hombre ha sido siempre aquel de la Henélda; el sentido de la historia romana ha sido siempre aquel de



San Agustín. ¡He aquí por qué Roma no tiene y no puede tener confines!

*Roma communis patria*; según el vaticinio de Livio *unam urbem, unam republicam facere*. No basta el orden contenido en el Testamento de Augusto; para una Patria común, para un Estado universal, es necesaria la obra anónima y formidable del pueblo. La obra del *espíritu*, pertenece a las generaciones; no puede ser obra de los individuos. Naturalmente Livio, Tacito o el Digesto, atribuyen la progresiva conquista de la Patria universal a los héroes, a los emperadores, a leyes precisas. Claudio, el vituperado Claudio en el Senado abierto por primera vez a los prohombres de España y de Galia, dice: "Athenas y Esparta repudiaron a los extranjeros: celosas de sus derechos no quisieron dividirlos con los vencidos y acabaron con su potencia. Roma siguió siempre por otros camino; nunca rechazó a los extraneros, buscó más bien atraerlos y traducir para si todo lo que de fuerte y de bueno ellos tenían y así pudo crecer y alcanzar tanta grandeza".

Pasados pocos siglos la *communis patria* se transforma en un hecho jurídico, recordado por Ulpiano en el Digesto, "*in orbe romano qui sunt, ex constitutione imperatoris Antonini, cives romani effecti sunt*".

Pero, ¿quién ha criado el Orbe romano? ¿Los Emperadores o el pueblo? El pueblo. No nos engañen los Emperadores alineados en el gran desfile de la Muestra que celebra el segundo Milenario de Augusto: Ellos están fijos en la historia o en la leyenda, orgullosos de haber medido toda la tierra y cruzado todos los mares. Fijan sus ojos de piedra, sin temblar, en el simulacro de Júpiter, al cual han permitido dejar el reino del cielo. Pero quien unificará al Cielo, no ha bajado aún sobre la Tierra; quien a la Patria unificada en la Tierra, enseñará la meta última —la razón de las razones— la Patria única en el Cielo, no ha venido todavía a traer consuelo al espíritu inquieto de los ro-



manos. Con todo, el pueblo espera, tras las sombras de los grandes rostros imperiales. Renuncia a la luz —hasta para nosotros que vamos descubriendo su vida y su eternidad— con tal que figuren sus Emperadores. Se cuenta que muchos guerreros quisieron ser quemados vivos sobre los rogos que consumían a los cuerpos gloriosos de los Emperadores. Es verdad. El pueblo renuncia, pero está presente, pero es protagonista. Los Emperadores divinizados (se deduce también de los discursos de César a los legionarios o del testamento de Augusto), no consideran al pueblo como los monarcas orientales, un monstruo o una multitud; le escuchan como a un eco, le dirigen como a un coro. En realidad este eco es su potencia, su divinidad.

Esta grandeza y esta presencia del pueblo aparecen evidentes cuando, con el progresivo consolidarse del imperio monárquico, en lugar de desaparecer, se afirman bajo nuevas formas y toman nuevos rumbos. Constante, Joviano, Graciano, Valentiniano, Teodosio el Grande, pretenden en vano disimular su fuerza y justificar su tiranía con el pretexto de proteger a la Iglesia. San Ambrosio levanta su voz en defensa del pueblo e impide el ingreso de Teodosio en el Templo de Milán. En la legislación de tiempos llenos de dificultad y de incertidumbre, aparece un espíritu nuevo de justicia cristiana que no vacilaríamos en llamar social y popular. El pueblo, las mismas multitudes, tienen una propia defensa en la inmensa crisis histórica. Esta defensa es la Fe; políticamente es la nueva universalidad religiosa. Alrededor de los Obispos, y del primero de los Obispos, la sociedad civil se reforma con bastante rapidez. El poder político de la Iglesia no es más que la forma técnica asumida por el principio social puesto como base de la acción cristiana. Mientras, como escribía y presentía San Agustín, un mundo se derrumbaba y otro nacía; mientras todas las dominaciones humanas se encaminaban hacia al sepulcro, para descansar, no para morir; nacía la universalidad de la Fe.



¡Universal por la voluntad de Dios y para completar el destino de Roma! Pero, ¿cuál fué el camino elegido? Asombrados por la grandeza de esta verdad, todavía nadie se ha detenido en buscarle. El camino elegido fué el apostolado social de la Iglesia, fué la necesidad de defender al pueblo que la nueva historia parecía haber olvidado. En la tutela de las plebes, tutela única en una soledad de dolores, la Iglesia Romana enseña otra palabra universal. Enseña a los Reyes bárbaros, a los caudillos despiadados, a los pueblos más opuestos y más diferentes, los principios de caridad, de justicia, de orden; el respeto al trabajo manual; la elevación de la personalidad humana.

Son estos los elementos de una nueva universalidad que, sembrando en las lágrimas y en el sacrificio, cubría a todo el Occidente con una civilización única durante toda la Edad Media y reconstituía aquellas unidades nacionales que los bárbaros, lejos de haber provocado —como suele decirse— habían derribado o paralizado.

El pueblo, en esta visión social, vuelve a la cabeza y al centro del mundo, aun si las organizaciones políticas parecen ignorarlo. Pero el pueblo no las desea; en la nueva unidad de la Fe el pueblo tiene su propia grandeza que culmina en lo excelso, en lo absoluto, a los pies del Rey que fué aprendiz de carpintero en la Tierra.

Todo se cumple todavía en nombre de Roma la cual salva, además del principio ético y de la Fe, la misma esencia de la vida social.

La misión de Roma, desde entonces, pasa del espacio al tiempo. Para Roma antigua fué *limes* suficiente las aguas y las razas que convergían hacia el Mediterráneo. Para la Iglesia el *limes* fué colocado en los polos del mundo y ella proclamó romanos a los amarillos y a los negros que se hicieran dignos de la Fe. Para una ilusión generosa la política creyó que el *limes* romano pudiese llegar a los Urales. Para la realidad derivada de tres mil años de historia, el *limes* tiene hoy un nombre: Occidente. Este nombre no tiene nada de geográfico: es una



idea y un modo de vivir. A su alrededor se reúnen pueblos hasta ayer enemigos; pero en él se reconocen todos aquellos que creen en el sacramento de acción, que respiran el aire puro y sutil de la *ratio*, que levantan la marea de los hombres sobre el mal del mundo.

Esto es Roma.

El pueblo, en esta visión social, vuelve a la cabeza y al centro del mundo, aun si las organizaciones políticas parecen ignorarlo. Pero el pueblo no las desprecia: en la nueva unidad de la Fe el pueblo tiene su propia grandeza que culmina en lo absoluto en lo absoluto a los pies del Rey que fue garcía de carpintero en la Tierra.

Todo se cumple todavía en nombre de Roma la cual salva, además del principio ético y de la Fe, la misma esencia de la vida social.

La misión de Roma, desde entonces, pasa del espacio al tiempo. Para Roma antigua fue hacer suficiente las aguas y las tallas que conservan hacia el Medievo. Para la Iglesia el límite fue colocado en los polos del mundo y ella proclamó romanos a los amarillos y a los negros que se hicieran dignos de la Fe. Para una ilusión gestora la política creó que el límite romano pudiese llegar a los Urales. Para la realidad de tres mil años de historia, el límite tiene hoy un nombre: Occidente. Este nombre no tiene nada de geográfico: es una



# EL PVESTO DEL DOLOR EN LA VIDA DEL HOMBRE

por

Teófilo Ortega

**A**Y! ¡Cómo llega el dolor a la carne y cómo la levanta en mal sofocado alarido! La carne se queja, ¿y cómo no se ha de quejar la carne, si sólo es carne?

Mira a la bestia el hombre y en vano y por torpeza, de su aparente triste condición se duele. Pues se figura, que no conociendo la bestia su mal, cuando sufre, sólo en el sufrir real se anega, que no en el otro océano de amargura que es el conocer y pensar en el dolor que a la carne muerde. Le ciegan vendas de sufrimiento que no le permiten observar que aquí reside precisamente miseria, pero también riqueza de la sustancia, es decir, servidumbre y grandeza de la vida del hombre. Pues al hombre le llega por lo común, el dolor, por el extravío. Y su pérdida sería completa; absoluta su ceguera, si en la difícil coyuntura no le acudiese el dolor, que a golpe de mordedura, hace que recobre conocimiento. La bestia sufre al caer dolorida; y el sufrimiento no le alza velos, ni descubre falsías, donde cobrar desengaños. Aquí estriba el distinguo. Es carne, la del hombre, donde el dolor se hace fecundo. Asombraos y no neguéis vuestro agradecimiento, pues así Dios



lo quiso y así en el dolor hay, como en la fragua, ardientes brasas. Pero también forja.

El fondo severo de unos ojos doloridos transportan lejos. ¡Qué alturas! ¡Qué distancias! ¡Qué profundidades! Los ojos, ventanales del corazón que sufre, nos permiten contemplar panoramas casi celestes. Son ojos que nos hablan de almas sumergidas en el fino deleite espiritual, con una deliciosa desenvoltura. Y es el dolor quien las dió libertad; y el goce, el carnal, quien las cautiva.

Lleva tras de sí el dolor un rico cortejo. Se hace, quien sufre, más sensible al dolor de los otros y dialoga, casi sin comprenderlo, apenas sin palabras, con los otros corazones que balbucean sus pesares, devorando silencios. El goce hace egoísta y torna al mundo enemigo y hurraño, puro estorbo; el dolor arranca malas hierbas del interés, hace que nada nos resulte ajeno y convierte a la flor, y al árbol, y al agua, y al corazón transeunte, en algo tan propio y entrañable que hace llamarles con aquellas palabras de Francisco, el Pobrecito de Asís: Hermana flor, y Hermano árbol, y Hermana agua...

El camino que ha de recorrer el hombre para llegar hasta Dios, no es otro que este camino del sufrimiento. No es de precisión aclararlo; pero tampoco sobraré decir que es el dolor de la carne y no del alma. Sufrimiento del alma sólo exige al verla encadenada y abatida: es decir, cuando goza la carne y lleva el alma arrastrando, tras de la perecedera pero brillante caravana de los placeres del sentido.

Llega el deleite carnal a desmenuzarnos, como pisa la brizna de hierba el animal, por el camino. Nuestra alma tiembla bajo la pezuña y nos sentimos cercanos a una muerte terrible: ese morir el alma que es verse morir en realidad y para siempre. Nos tocamos a la carne satisfecha y mirando nuestro interior, hallamos una soledad infinita. ¡Oh! ¡Y qué terrible, si no llegase el dolor, precisamente el repudiado dolor, a probarle de nuevo! A un paso nos tropezamos con una necesidad, a



la que acudimos; con un extraviado, cuya maldad desviamos un poco; a uno que nos ofendió, que con generosidad cristiana perdonamos. Despoblada que fué el alma por deleite he aquí, corazón dolorido, que abriendo ásperas vías, llegas hasta ella y plantas tus victoriosas banderas. Perdimos la memoria de cuántas veces negamos al Señor posada, por dar asilo al goce de la carne; y sólo sabemos que otras tantas le abrieron la puerta, con una emoción conmovida, precisamente nuestros dolores.

El puesto del dolor de la carne en la vida del hombre, tiene categoría directriz y decisivo influjo. Si me aceptais la división jerárquica, yo concedería al dolor la suprema condición de dar o quitar vida. Nos va dando vida en cuanto quiere; nos la roba, al desaparecer. Dar vida no es hacer posible solamente que por las venas siga circulando la sangre; ni solo que los pies puedan llevarnos más adelante, en el duro y largo Camino. Quiere decir que obramos, en tanto vivimos, en tanto padecemos. Si media vida se nos va sin vivir, con el sueño, de la otra media, la que se vive gozando no es vida, sino ir gastando la vida, en puro dar pasos hacia la muerte.

¿Recordáis? A través de lo que nos cuentan sencillos pescadores, sus Apóstoles, en la vida de Cristo no hay un sólo instante de satisfacción material, de carne satisfecha. Su agonía en la Cruz, es la culminación acorde de su vida dolorosa en lo carnal, a la que en vano llama el demonio, con los clarines jubilosos de su tentación. El semblante nos le dibujan los Evangelistas dulce, pero severo. Jamás la risa y nunca la expresión de gozar su carne. Así perdura la fina luz en sus ojos, como nos lo ofrece la estampa; que no le anega la tiniebla y contorsión violenta, que en el rostro pone el dar a la carne lo que es patrimonio del alma, su alegría. Cristo nos enseñó a vivir verdadera vida no haciendo a la carne señora del alma, sino su sierva. Porque ha de ser la



única y apetecible alegría del cristiano, poner el goce de la carne a sus pies, con señorío.

Los caminos que abre al hombre el dolor son infinitos. El placer les cierra y acorta, les oscurece y apesarumbra. Gozar la carne y servir el alma a su goce, es un poco empezar a saborear la muerte. El sabor que permanece en el labio, cuando ya el deseado placer tuvo término, se parece mucho a tu sabor de tierra, sepulcro.

Cuando te llegue, humano, el dolor, no te muestres esquivo; ábrele tu puerta. Llegará rendido por el cansancio; llenos de polvo del camino sus zapatos; abrasado de sed. No le cosideres un intruso; menos un desconocido; menos aun un huésped importuno. Viene a sacudir tu sueño; a incorporarte con ímpetu salvador. Removerá la quietud pantanosa de su holganza y hará florecer sobre las mismas aguas cuyo curso detuvo tus deleites, espléndidas rosas de bien renovados bríos. Aplacará tus apetitos y enderezará tus virtudes. Relatará, entre auxilio y auxilio, sus historias. Pasó por corazones turbulentos que trocó pacíficos. Aplacó la sed ardiente con su agua viva, Porque el dolor —ahora escribe el marqués de Valdegamas— pone una cierta igualdad entre todos los que padecen, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos; por el gozar nos separamos, por el padecer nos unimos con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra, y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio: el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ni el ambicioso sin perder algo de su ambición, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones; al propio tiempo que nos quita lo que nos daña, nos da los que nos ennoblece: el duro no padece nunca sin sentirse más inclinado a compasión, ni el altivo sin encontrarse más humilde, ni el voluptuoso sin hacerse más casto: el violento se amansa, el flaco se fortalece. Ninguno sale peor que en-



tró de esa gran fragua de los dolores; los más salen de ella con altísimas virtudes que nunca conocieron; quién entró impío y sale religioso; quién avaro y sale limosnero; quién entra sin haber llorado nunca y sale con don de lágrimas; quién empedernido y sale misericordioso. En el dolor hay un no sé qué de fortificante y viril y de profundo, que es origen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso contacto sin crecerse; el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y la gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza a descender con un progreso a un mismo tiempo rápido y continuo. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va a la infamia. Su heroísmo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse. Con el deleite pierden su vitalidad y su energía todas las potencias del alma, y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hay un no sé qué de corrosivo y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste a su voz, páfida a un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye despavorido cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica a los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias!

¡Cuando esto sucede, o sucumbe miserablemente, o sale de allí de todo punto transformado: el niño que por allí pasa, no llega a mozo; al mozo le nacen canas y el viejo perece. El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento, y pierde el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoís-



ta y extravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le ponéis en lugar humilde, irá a caer de las manos de la justicia en las manos del verdugo; si en lugar eminente, os estremeceréis de terror al verle soltar las riendas a sus apetitos voraces y a sus instintos feroces. Cuando Dios quiere castigar a los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas a los pies de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el opio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento sino el vapor de la sangre. Todos eran voluptuosos y afeminados aquellos monstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con título de Emperadores. La familia rindió culto a un tiempo mismo a la prostitución y a la muerte: a la prostitución, en sus templos y en sus altares; a la muerte, en sus plazas y en sus cadalsos.

Hay, pues, algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como hay algo en el dolor de purificante y divino. No vaya a creerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites, siente en sí cierto dolor que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal a que por el pecado quedamos sujetos; adonde quiera que tienda su vista o enderece sus pasos el hombre, se encuentra con el dolor, estatua muda y llorosa que siempre tiene delante. El dolor tiene de común con la divinidad, que es para nosotros a manera de círculo que nos contiene. A él vamos igualmente cuando gravitamos hacia el centro, y cuando corremos hacia la circunferencia; y correr y gravitar hacia él, es correr y gravitar hacia Dios, hacia el cual corremos con todos nuestros pasos, y gravitamos con todas nuestras gravitaciones. La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y clemen-



te, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdón y de las misericordias. Por el deleite vamos al dolor, que es pena, y por la resignación y el sacrificio al dolor, que es medicina. Pues ¿qué locura es la de los hijos de Adán, que no pueden huír del dolor, huyen del que es medicina, para caer en el que es pena?

Por lo dicho se ve cuán maravilloso es Dios en todos sus designios, y cuán admirable en aquel arte divino que consiste en sacar el bien del mal, el orden del desorden, y todas las armonías de todas las disonancias. De la libertad humana procede la disonancia del pecado, del pecado la degradación de la especie, de la degradación de la especie, de la degradación de la especie procede el dolor, y el dolor es a un tiempo mismo una desgracia en la especie corrompida y una pena en la especie pecadora: lo que tiene de desgracia, eso mismo tiene de inevitable: lo que tiene de pena, eso mismo de redimible: estando la gracia en la Redención, la gracia está en la pena. El acto más tremendo de la justicia de Dios viene a ser de este modo el acto más grande de su misericordia: por él puede el hombre, ayudado de Dios, levantarse sobre sí mismo, aceptando el dolor con una aceptación voluntaria; y esa aceptación sublime cambia instantáneamente la pena en una medicina de una virtud incomparable. Toda negación de esta doctrina deja en pie el desorden introducido en la humanidad por el pecado; como quiera que conduce necesariamente y a un tiempo mismo a la negación de algunos de los atributos esenciales de Dios y a la negación radical de la libertad humana".

\* \* \*

Observa a la multitud en circunstancias de gozar la carne. Hay fiesta y libertinaje; corre el vino y no encuentra obstáculo la bulliciosa



alegría. Ese viejo perturba la gravedad de sus años, queriendo pasar por mozo, y cae en ridículo. La doncella camina con ligereza entre los abismos y acaso una tarde de éstas en que hay fiesta, perderá su doncellez. Si se cruzan el padre y el hijo en tal circunstancia, se miran con disgusto: al padre le estorba, para disfrutar, pensar que su hijo le recuerda deberes; y a la inversa. Los desafectos y olvidos y ruindades entre unos y otros corazones que debieran amarse, tienen manantial aquí, aunque no se vea: antes de un odio, y una rebelión, y una malquerencia, hubo pecado y hubo comida vergonzosa del fruto prohibido. La carne cuando goza, no lo hace nunca de manera gratuita, sino que cobra elevado precio. Al padre y a la madre, le aparte del hijo; a éste de ellos: y al esposo de la esposa. No dice el Santo Libro cómo se fué incubando el odio de Caín, por Abel, que culminó en su asesinato. Se habla sólo de la envidia, olvidando el extravío. Y sin duda alentó el odio, no sólo la perfección del hermano, sino las mordeduras interiores de la víbora carnal. Horas sucias y turbias de pecado, llevaron a Caín a la ocasión sangrienta. A su hermano le odiaba, tanto por ser más perfecto, como por hallarse a su lado, con vergüenza.

Mirad conmigo, por el contrario, éste medio mundo de vivos, que pisan sobre medio mundo de muertos. Entrad: es un camposanto, un cementerio. En tierras de Castilla. Hagamos la señal de la cruz al transponerle. Un campo donde duermen los muertos es un poco dintel de la otra vida. La mañana es de domingo; y llena de luz, diríase alegre. Repitamos el distingo al hablar de alegría, entre la sucia de la carne y la otra alegría interior del alma. Mujeres y jóvenes enlutadas se hallan cerca de las sepulturas. Otras llevan ya vestidos claros que es decir, que antes desaparecieron los velos negros que el recuerdo a quien murió. No fuiste justo, no, poeta, al llorar abandonos de los vivos, por los que murieron. "¡Qué solos se quedan los muertos...!" No; no y no. La mañana es clara: el silencio absoluto, la visita numerosa. Hay una



fuelle en el Cementerio cuyo caño no cesa de dar agua. Van las pobres mujeres con sus cubos de hierro por agua y ésta viejecita, que no tendrá menos de setenta años, lleva el agua sin derramar una sola gota, aunque casi va rebasando la herrada. Vosotros diréis que lo que lleva es agua y así a mí me lo parece; pero ella cree que lleva a la sepultura algo que vale más. Lo que nace en la tumba de sus muertos nos parecen también flores. Pero cuando sus setenta llevan todos los días de fiesta agua, y con tanto amor las refresca, es porque creédmelo, le parece que su muerta es la que bebe el agua, con esa multitud de labios frescos y abiertos de tantas y tantas flores.

Mirad aquella: no parece tener veinte años. Es muy joven. El recuerdo a la carne sepultada, tiene una expresión en ella, conmovedora. Sobre el vestido negro, de fina tela, lleva un delantal hogareño. Ha estado sin duda regando las flores; y descuajando las hierbas; y colocando bien los ladrillos, que pudo derribar el viento. Arregló la tumba como una habitación: quitando la suciedad, librándola del desorden. No llegó para rezar un momento y marcharse; sino para poner, detalle por detalle y en todos los de la sepultura, ésa huella amorosa e inconfundible, de un corazón de mujer que cuando es bien nacido, sólo vive para amar.

¿Habláis aquí de rencores? ¿De egoísmos? ¿De mirar a su hermano con torva mirada? ¿De no sufrir el hijo al padre y el padre al hijo? ¿De alentar la envidia, iniciarse el recelo, asegurarse la murmuración, explotar el odio? No. No habléis de ello siquiera. Todos los que andan por el camposanto; a todos los que envuelve la gravedad del dolor, aunque nunca se vieron el rostro, les parece que les junta lo más hondo y solamente lo superficial les desconoce. Es el dolor quien funde las almas; como es el placer quien tiene entre unos y otros hombres, abismos infranqueables. El mundo se tornaría casi, casi perfecto, si todo viviente inspirara un poco sus actos, en la paz y en la forja que



constituye el dolor. Si todos los días pisasen tierra bajo la cual duermen los muertos; y comprendiesen la clarividente enseñanza, de que otros hombres vendrán después que pisen la tierra bajo la que ellos duerman.

\* \* \*

### SEÑOR:

Nada mejor podemos pedirte, para nuestra vida y la vida de España, que templados en la adversidad y en el sufrimiento, podamos soportar todos los dolores con entereza. Llegue pronto la flecha y la lanzada, y caiga a los pies del alma la carne, en un definitivo vencimiento. Renacimiento del Espíritu, ha de ser el nuestro, junto al renacer de la Patria. Aquel gran español y cristiano, que a tantos iluminó el camino recto con su ejemplo, bueno, sabio y mártir, Ramiro de Maeztu, nos dijo en dos inolvidables ocasiones:

"Yo digo a los jóvenes de veinte años: venid con nosotros, porque aquí, a nuestro lado, está el campo del honor y del sacrificio; nosotros somos la cuesta arriba, y en lo alto de la cuesta está el Calvario, y en lo más alto del Calvario está la Cruz."

La obra de España, lejos de ser ruina y polvo, es una fábrica a medio hacer, como la Sagrada Familia de Barcelona o la Almudena, de Madrid; o si se quiere, una flecha caída a mitad del camino, que espera el brazo que la recoja y lance al blanco, o una sinfonía interrumpida, que está pidiendo los músicos que sepan continuarla.

No; que no es ruina y polvo. Sangra toda la carne española y ello no es indicación de que la Historia de nuestro país concluye, sino de que amanece. La flecha caída en el camino, fué a manos de una heroica mocedad, Maestro. La flecha caída la han tomado vigorosos brazos; la encajaron en la ballesta; buscaron en la lejanía el blanco, y aunque el brazo les sangra y canta su dolor en la herida, mirad todos, mirad mundo, con qué serena y grave seguridad apunta.



# EL ARTESANADO EN EL «FUERO DEL TRABAJO»

por

Angel B. Sanz

*El Artesanado —herencia viva de un glorioso pasado gremial— será fomentado y eficazmente protegido por ser proyección completa de la persona humana en su trabajo y suponer una forma de producción, igualmente apartada de la concentración capitalista y del gregarismo marxista*

**E**VOCA esta disposición del Fuero del Trabajo todo un pasado glorioso español. Tan glorioso, que ha sido el verdadero fundamento del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán. Como en muchos aspectos de la vida económica, España creó y la humanidad trató de imitar, pero nuestro Fuero, vuelve por los fueros de la hispanidad, y evoca el artesanado, como hecho fundamental, en donde se apoyará el nacionalsindicalismo español, siendo más robusto que las otras ideas totalitarias, por su tradición racial.

Pasan por nuestra mente bellísimas palabras conservadoras, a pe-



sar de todas las invasiones bárbaras y extranjerizantes (Cuchilleros, Bordadores, Plateros, Sederos, Talabarteros, Repujadores, Ceramistas, Forjadores) que aún pregonan las calles de ciudades españolas, como recuerdo de una organización gremial, que nos dió realidades imperiales, forjadas por el esfuerzos de los artesanos individual y colectivamente.

Muchas ciudades guardan todavía en su comercio el sedimento artesano. Recorred Toledo, Pamplona, Sevilla, Valencia en su Trosalt y veréis una serie de tiendas donde el artesanado pregona al exterior sus virtudes. Yo recuerdo los zocos tetuanés, con sus maravillosos repujadores de cuero, sus joyeros, artífices de metales y piedras preciosas, sus babucheos, y no puedo dejar de fundamentar en estas afinidades artesanas, la compenetración estrecha de árabes y españoles frente a la invasión del comunismo asiático y bárbaro.

La cultura árabe, con sus perfectas universidades de facetas caleidoscópicas, puso fin a la invasión bárbara. Arabes y españoles unidos, artesanos constantes de una cultura firme y bella, evitan la invasión bárbara del comunismo asiático en el mundo.

Parece como si una legión de "*Veedores*" y "*Priostes*", expresión sublime del artesanado, cerrara el paso a esas organizaciones modernas y desespiritualizadas de los "*Metalúrgicos*" y los energúmenos de los "*Ateneos libertarios*"

El artesanado es en efecto la proyección completa de la persona humana; el hombre aspira a crear, y la creación supone dos hechos, la producción completa y la producción perfecta. Aspira el hombre a ser imagen de Dios, y si éste creó al hombre completo y perfecto, las obras humanas aspiran a serlo.

El artesano realiza obras *completas* y obras *bien hechas*, y es en la obra *bien hecha*, donde la filosofía d'orsiana fué precursora nacionalsindicalista. No es extraño que el filósofo español de la obra bien



hecha, pretenda restaurar los bellos oficios con solera de menestralía, desde la Dirección de Bellas Artes.

Las posibilidades del artesanado, son grandes en España, si se las orienta en sentido moderno. La ley de la herencia nos da hecha la mitad de la tarea, la obra es de adaptación. No pretendemos restaurar la organización gremial del siglo XIII, pero sí podemos instaurar en España el taller familiar; son muchas las industrias derivadas de la agricultura y las aplicaciones industriales que pueden organizarse de manera semejante a como tiene organizada Suiza la industria relojera, la de bellas aplicaciones de la madera y las italianas de vidriería y cerámica.

La mejor oposición que puede hacerse al capitalismo es el artesanado. La evolución económica del mundo se produce siempre en cielo cerrado. Partimos de la organización artesana y a ella tendrá que volver la humanidad, para vencer al capitalismo.

Habla Mussolini del capitalismo en su discurso del 14 de Noviembre de 1933 y refiriéndose al libro de Salvioli afirma que este fenómeno económico no se conoció en la Edad Media, porque se estaba en una fase de pequeñas artes industriales, más o menos vastas. Afirma que el capitalismo está vinculado al nacimiento de la máquina. Habla después de la primera fase del capitalismo en que el hecho económico era de naturaleza perfectamente individual y privada, período en que presenta un aspecto familiar que *"donde se ha conservado ha sido de mucha utilidad; las dinastías de grandes industriales que se transmiten de padres a hijos, no sólo la fábrica, sino un sentimiento de orgullo y honor"*. Surge después, según cita de Fried en su libro *"Fuí del capitalismo"*, la desaparición de estas dinastías en Europa (1870-1890) que se desmenuzan por resultar insuficientes. Aparece entonces la Sociedad Anónima, se desespiritualiza el trabajo, se desvinculiza y surge el *proletario*, que es la distorsión del *artesano* producida por el capitalismo.



Podría sintéticamente hacerse la historia del trabajador vinculando su época gloriosa en el artesanado medieval, con su magnífica individualización. El liberalismo coincidente con la época cursi de las odas al vapor y los endecasílabos a la locomotora, crea el obrerismo, y como consecuencia la preponderancia capitalista produce el *proletario*, esa bestia mecánica glosada por el genio triste de Charlie Chaplín, en el hombre cuya única finalidad en la vida es apretar unas tuercas.

Nadie ha definido mejor la quiebra final del hombre que nuestro José Antonio en estas maravillosas frases: "*Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número en las aglomeraciones.*"

Todos los pensadores, todos los filósofos de nuestra época, que han sentido la inquietud fundamental del rescate de la individualidad opinan de manera parecida, tendiendo a un resurgimiento del artesanado. Alexis Carrel en su obra "*L'homme, cet inconnu*" dice: "*Existió antes una forma de vida industrial, que permitía a los obreros poseer una casa con campos, trabajar en su hogar a la hora que querían y como querían, utilizar su inteligencia, fabricar objetos completos, tener la alegría de la creación. Hay que devolver a los trabajadores estas ventajas. Gracias a la energía eléctrica y a las máquinas modernas, la pequeña industria se ha capacitado para librarse de la fábrica. La gran industria ¿no podría descentralizarse? ¿O no se podría hacer que todos los jóvenes de una nación trabajasen durante un corto tiempo como un período de servicio militar? Así llegaríamos a suprimir el proletariado. Los hombres vivirían en pequeños grupos en lugar de formar numerosos rebaños. Cada cual conservaría en su grupo su propio valor humano. Cesaría de ser un órgano de máquina y se transformaría en un individuo*". Nuestra lucha, tiene entre otras finalidades, lo-



grar este rescate de la individualidad tan recia y tradicionalmente española. Pueblo latino, colonista y plástico, necesita dar a este aspecto del Fuero del Trabajo una representación externa que culmine en la Fiesta del Artesanado, como anverso del primero de Mayo gregario y gris.

Yo propongo que el día de San José, santo de recia contextura artesana, los maestros y aprendices de nuestra nueva artesanía celebren su fiesta. Fiesta de color y de símbolo, desfiles de estandartes y de enseñas, donde se ensalce y premie el trabajo digno, donde se fomente el orgullo del trabajo, fundado en la obra bien hecha. Sea nuestro Caudillo —Prioste de la victoria ideal— quien otorgue ese día premios a los artífices de la obra perfecta, resurjan los bellos oficios de nuestro Imperio, y sea la Patria entera la que rinda pleitesía a esa nueva aristocracia del trabajo que crea el Fuero.

Fiesta que sea luz, homenaje de todos, a quienes hagan del trabajo culto y honor. Un desfile imperial de azules camisas, que presencien desde los luceros aquellos que cayeron, porque su fina espiritualidad repudiaba un primero de Mayo grosero y paralizador, que hacía del trabajo un estigma, más que un don divino.



ESTA REVISTA FVE IMPRESA  
EN PAMPLONA EN LA EDITORIAL  
ARAMBVRV. AÑO DE CRISTO  
MCMXXXVIII. III AÑO TRIVNFAL  
DE ESPAÑA Y DEL NACIONAL-  
SINDICALISMO

LAVS DEO